



DUBLINETA EIRE
ALBA C. SERRANO

Nos cuñadas la mar de saladas



Lectulandia

Aunque está escrita desde el cariño, y sin intención de ofender a nadie, al ser una historia cargada de surrealismo, humor negro y con personajes muy variopintos, en determinadas escenas, sin pretenderlo, podría herir sensibilidades. Por lo que es posible que no sea un libro para todos los públicos.

¿Qué puede pasar cuando dos mujeres un tanto peculiares que se odian a muerte unen sus mentes brillantes por un motivo que puede poner en riesgo al clan familiar?

Virginie Levallois y Carmen Navarrete son dos cuñadas que, a pesar de vivir situaciones al límite poniendo en juego su integridad y su cordura, tendrán que luchar juntas por lograr salir de un apuro sumado a diferentes adversidades en el camino. Una despedida de soltera que cambiará la vida de una de ellas, un concierto que removerá la de la otra, siguiendo por un secuestro, diferentes estafas, nuevos miembros en el clan Navarrete y más, son los ingredientes que dan lugar a una novela con grandes dosis de surrealismo, amor, odio, humor y diferentes formas de ver la vida.

Lectulandia

Dublineta Eire & Alba C. Serrano

Dos cuñadas la mar de saladas

ePub r1.0

Titivillus 30.04.2019

Título original: *Dos cuñadas la mar de saladas*
Dublineta Eire & Alba C. Serrano, 2019
Ilustració de portada: Luis Roca

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*A todas esas personas incomprensidas de la vida.
Al marido de Dubli para no perder la costumbre
y al de Alba para que se vaya acostumbrando.
Y por supuesto, a nuestros hijos.*

Agradecimientos

Queremos darles las gracias a nuestros pacientes lectores cero que han tenido que enfrentarse a esta historia surrealista y aguantarnos en todas nuestras locuras. Gracias a Jose, David, Ana, Dani, Diana y a María José, por haber estado ahí.

A nuestros pobres y desamparados hijos, que el tiempo que ha durado la creación de esta historia los hemos ignorado de vez en cuando, por no hablar de nuestros comprensivos maridos que han aprendido a utilizar el microondas y a calentar comida preparada.

Y a ti, lector que estás aquí, por darle una oportunidad a Virginie y a Carmen, esas dos cuñadas la mar de saladas.

P.D. Dublineta: Y ya que estamos, quiero agradecer infinito a Alba que aceptara en su momento formar parte de esta locura, pues sin ella no habría sido posible.

P.D. Alba: Y yo quiero agradecer a Dubli la inmersión en los pequeños detalles surrealistas de la vida cotidiana, espero arrastrarla a escribir otra novela pronto.

Nota de las autoras

Lo primero que diremos es que esta historia no es una novela al uso, por lo que comenzar sin un prólogo, aunque nos hubiera gustado tener uno, como con el resto de nuestros otros libros, en principio, no tiene por qué ser un problema.

Íbamos a tener uno, de una autora muy molona y a la que queremos mucho, pero como lo nuestro es el orden anárquico, lo hemos dejado tan para el final, que para evitar que se nos pusiera de parto, antes de tiempo, hemos considerado las tres partes, que mejor lo dejábamos para otra ocasión, que esperemos, la haya.

Este libro está escrito a cuatro manos, dos de Alba C. Serrano y las restantes de Dublineta Eire.

A una de las dos se le ocurrió solucionar lo de la carencia del prólogo con esta nota de autoras y así, crear curiosidad por leer esta novela o desecharla, desde ya.

Como habréis comprobado en la solapa del libro, o en alguna parte, somos Alba C. Serrano y Dublineta Eire. Muchos de vosotros ya nos conocéis por las redes sociales, o quizá, porque nos habéis leído, aunque por separado. En esta ocasión, nos hemos juntado con la intención de escribir una historia, con dos protagonistas muy particulares y para saber quién es cada una, tendréis que leerla o investigar por las redes sociales.

Para el que no lo sepa, nos conocimos hace tres años en un grupo de WhatsApp. Sin explicar quién es quién, porque nos hace gracia esto de jugar al despiste, una de nosotras recuerda de la otra, que le llamó la atención quién era esa pobre autora que no acertaba nunca con el nombre de la gente. Y la otra se acuerda, llorando de la risa, que necesitaba conocer en profundidad a esa autora un tanto desgraciada, a la que siempre le sucedía de todo y que una tarde de frío invierno, la Guardia Civil Forestal tuvo que ir a rescatarla a ella y a su familia, en el monte, tras caer una tremenda nevada.

Poco a poco fuimos forjando, sin ser conscientes, una fuerte amistad, que ahora, sobrepasa las letras. Somos amigas, pero de las de verdad, de las que

ríen y lloran juntas y se entienden sin necesidad de dar explicaciones.

¿Queréis saber cómo surgió la idea de escribir *Dos cuñadas la mar de saladas*?

Una noche, en una de esas mil veces que hablamos a lo largo del día, hablando de todo y de nada, surgió un tema de conversación, cuanto menos llamativo, gente que se dedica a ganarse la vida estafando a seguros.

Sin darnos cuenta, nuestra mente comenzó a visualizar situaciones ridículas de cómo planificar un accidente y ejecutarlo para, después, cobrar una indemnización. Seguimos y seguimos, y varias horas más tarde, dijimos: «¿Y si escribimos una novela juntas?»

«Podríamos contar la historia de dos cuñadas que se odian, pero no les queda más remedio que aliarse por un motivo de causa mayor?»

Y así fue cómo se gestó todo...

Al día siguiente, a primera hora, nos pusimos a apuntar todo lo que habíamos hablado, hacía unas horas. Cómo serían los personajes. Sus nombres. Sus vidas. Todo. Y ahora, con la novela finalizada, vemos que solo hemos respetado una tirita de Bob Esponja, unos pelos *estufarreados* oxigenados y una verruga de lo más sensual. Puede que algo más, algún nombre, pero creednos al decir que poco más.

Empezamos los dos primeros capítulos, para Alba era algo nuevo, un género desconocido para ella, algo que no había escrito nunca, para Dublineta, era lo normal, aunque, con la dificultad de escribirlo junto a alguien más. Con esto, ya podéis imaginar que la novela está cargada de surrealismo puro y duro.

Si en algún momento se os ha ocurrido pensar que estamos fatal, lo confirmaréis al saber que nos hemos llegado a mandar mensajes de audio indescifrables, a altas horas de la madrugada. Un intento frustrado de contar algo que habíamos escrito y las carcajadas no nos permitían decir más de una palabra seguida que se entendiera.

En más de una ocasión y de diez, nos hemos llamado por el nombre de nuestras protagonistas, aunque no tenemos nada que ver con ellas, pues nosotras somos mucho más monas y honradas. Ha sido tan fuerte esto de meterse en la piel del personaje, que hablábamos de ellas y de sus parientes, como si de nosotras mismas se tratara.

Y llegó el temido momento: Mostrar al mundo nuestra creación.

Cuando terminas una novela y ves cerca la hora de publicar, te surgen miles de dudas, pero en esta ocasión, se han triplicado. Nosotras veíamos una

historia coherente, con mucho sentido, aunque llorásemos de risa al revisarla, pero... Siempre hay un pero...

Como somos tan indecisas y una más que la otra, no vive si no sufre, nos dio miedo publicar sin un prólogo, y tenemos algo que no lo es, por seguir la línea sin sentido de todo.

P.D.: Una de las autoras no sabía cómo terminaba la historia hasta que se puso el punto y final. Adivinad quién es.

Prologopinión

Una novela tan poco usual como es *Dos cuñadas la mar de saladas*, merece tener un prólogo nada convencional. Tampoco es que los lectores ceros elegidos para la ocasión hayan sido los más habituales. ¿Qué demonios hace un tipo que escribe fantasía urbana, que además muestra una predilección absoluta por los villanos, adentrándose en un género que, *a priori*, nada tiene que ver con sus gustos particulares? La respuesta es muy sencilla: disfrutar de una buena novela de humor surrealista.

No es la primera vez que ejerzo como lector cero y, probablemente, no sea la última. Lo que sí es nuevo para mí es, escribir un prólogo o, mejor dicho, un no prólogo o prologopinión. Siempre hay una primera vez para todo, pero hacerlo para una novela escrita a cuatro manos tiene sus responsabilidades.

A *Dublineta Eire* ya había tenido la oportunidad de leerle este verano. La dichosa *Mari Puri* y los condenados plátanos, no solo inundaron la red, también se hicieron eco en mi casa. Que si *Mari Puri* para aquí, que si la depilación y no sé cuántas cosas más.

El caso de *Alba C. Serrano* es bien distinto. Salvo un par de relatos (ambos fuera de su zona de confort) no había leído nada suyo. Pero como uno es muy malvado y cuenta con sus propios confidentes, me hice una idea del tipo de escritora que era.

Conclusión: dos autoras cuyas concepciones a la hora de escribir son muy diferentes.

Con estos antecedentes me puse con la labor de todo lector cero. ¡Vamos! Ser un toca... Lo peor en estos días ha sido, no poder compartir mi opinión con nadie. Ni siquiera con las autoras, hasta que llegara al final del libro. ¡Qué cruz! Me he tenido que leer algunos capítulos hasta tres veces, porque no me paraba de reír con las andanzas de sus personajes y mi labor como lector cero era la disección del texto. Desde luego, no me lo han puesto fácil, ni *Dublineta Eire* ni *Alba C. Serrano*.

En el apartado anterior, las autoras hablan del carácter, aparentemente, anárquico de su composición. Lo que en otro libro podría considerarse como

un punto negativo, aquí juega a su favor. No os voy a decir quién es quién, eso es algo que vais a tener que descubrir a lo largo de la trama. Lo único que os puedo asegurar, es que vais a disfrutar de una novela que desborda imaginación, con un elenco de personajes cada cual más variopinto. Pensándolo bien, creo que en *Dos cuñadas la mar de saladas* no encontrareis nada normal.

No me enrolló más, que seguro que estáis deseando comenzar con la lectura. ¡Viva el humor! Y a las autoras ¡Viva la madre que os parió!

JL Prieto (el Malvado)



Capítulo 1

Mi nombre es Virginie Levallois y me veo en la obligación de compartir con el mundo entero cómo conocí al gran amor de mi vida.

De eso hace ya algún tiempo, sin embargo, es una historia tan bonita y profunda que me es imposible olvidar ni un solo detalle. Ya, de antemano, aviso de que os puede parecer una historia inventada, de esas de cuento, o no, mejor aún, de película de las que se llevan cien Oscars por lo menos, pues creo que pocas personas habrán tenido la oportunidad de vivir un amor tan grande y puro como el mío. Es todo cierto, lo juro con la mano en el corazón.

Por aquel entonces, corrían los años ochenta, era una muchacha alocada y estaba con Simeón, un compañero que estudiaba en el mismo instituto que yo; ambos vivíamos en Marsella. Me gustaba mucho, físicamente no era nada del otro mundo, digamos que era un chico del montón, pero del montón de los de abajo, de los que te cuesta encontrar de tan ocultos que están. Era muy educado, eso sí, siempre que íbamos al cine cogía mi mano y me acariciaba el dorso con una delicadeza que me creaba ansiedad. La primera vez que me rozó se me levantó la piel, no en plan erizarse, que esa fue mi primera sensación, hablo de que me hizo heridas. De haber sido creyente, lo hubiera achacado a un castigo divino por pecar en la última de las filas. Cuando ya llevábamos ocho días saliendo, descubrí qué era lo que sucedía y era que

Simeon no era perfecto; tenía una pequeña protuberancia en el lateral de la mano, en la parte interna. Pues sin necesidad de entrar en detalles, diré que me daba grima la especie de bultito que tenía en el dedo pulgar, él procuraba no levantarme la piel, pero era imposible. Rascaba mucho. No era un novio radiactivo, yo es que soy de piel atópica y a la mínima, se me irrita, me sucede desde bien pequeña. A miles de curanderos me llevaron, pero ninguno dio con la solución. La de viajes que habré hecho con mis padres a Andorra para que me hicieran imposición de manos en toda mi anatomía, con la esperanza de que el «brujo» de turno me arrancara el mal de ojo y mi piel volviera a ser como la del culito de un bebé. Bueno, sigo con la historia, que me desvió del tema y no me centro.

Algunas veces, desbordada por la pasión contenida —una era humana y hormonada de adolescencia hasta el unicejo—, cogía su mano para ponerla sobre mi pierna. Necesitaba que me tocara un poco más allá de las articulaciones; estaba cansada de mano, muñeca, rodilla, e hiciera la película más amena, pero no había forma. Él no lo hacía, era muy respetuoso conmigo. También refinado, quizás, en exceso.

Tras unos meses juntos, en los que no pasó nada entre nosotros más allá de dos besos en las mejillas al encontrarnos y alguno que otro en la frente durante la despedida, sin contar las llagas que provocaba su callo en mi piel, pues eso no se puede considerar placer, que a mí esos rollitos del dolor nunca me han ido, descubrí qué le pasaba: Simone «solo» quería llegar virgen al matrimonio. Ahí fue donde todo saltó por los aires.

¿La culpable? Amandine, mi mejor amiga de aquel entonces, una chica demasiado moderna para la época. Decidió de la noche a la mañana que iba a casarse con Balthasar, un hombre algo mayor que ella, oscurito de piel y ojos inyectados en sangre.

A mí no me gustaba, olía un poco raro y en vez de frenar la modernidad de mi amiga, daba rienda suelta a su alocada imaginación. De ahí que acabáramos en Gandía celebrando su despedida de soltera.

El viaje nos costó un ojo de la cara y parte del otro, y lo que en un principio iba a ser un viaje de cinco amigas a España por todo lo alto para festejar que una de nosotras iba a pasar por el altar, acabó siendo la experiencia que cambió mi vida.

Para empezar, la única en aparecer al encuentro de Amandine en el aeropuerto, fui yo. Del resto no hubo ni rastro. Nos dejaron más tiradas que una colilla pisoteada en una acera. El avión, en el que viajábamos hacia Valencia, se averió. Una de sus alas se incendió y tuvo que realizar un

aterrizaje de emergencia en Cataluña. Al menos, ya estábamos en España y totalmente ilesas. Las que no tuvieron un final tan feliz fueron nuestras maletas. Justo cuando las azafatas iban a empezar a sacarlas, la bodega se incendió. Menos mal que por desconfiadas, el dinero lo llevábamos metido en las bragas, manía de nuestras abuelas; ellas lo metían en el sujetador, pero nosotras éramos más de sentir el airecillo bajo nuestros pechos desnudos, y de ahí que lo guardáramos en otra prenda íntima. Vamos, que no usábamos sostenes, pero sí bragas.

La compañía aérea nos facilitó transporte, un autobús del ejército de tierra que tenían en el pantalán del aeropuerto. Era eso o esperar un par de días para continuar con nuestro camino. Antes no era como hoy en día, que parece que haya más aviones que chinos.

El autobús, sin exagerar, debía de ser de la Segunda Guerra Mundial, y lo habrían dejado allí para reparar con la única intención de exponerlo en un museo; se caía a trozos, por dentro y por fuera. Amandine y yo tuvimos la suerte de poder sentarnos en unos asientos. Recuerdo que algunos de nuestros compañeros de viaje hicieron el trayecto a pie porque no había dónde sentarse, no por otro motivo. Yo fingí estar embarazada para poder colocarnos ahí. Me aproveché de uno de mis únicos pequeños defectillos, aunque soy de constitución esbelta, siempre me ha sobresalido un pelín la barriguilla, y tan solo tuve que hinchar un poco mi prominente vientre y «voilà».

A mitad de camino mi querida amiga se sintió indispuesta y se convirtió en la Niña del Exorcista. El conductor, que pilotaba de manera magistral, todo sea dicho, se asustó, le pilló de improviso, y la vomitera de mi amiga lo bautizó de coronilla a los pies. Yo no sé qué se pensó el hombre, pero dio un volantazo y luego otro y otro, hasta salirse de la carretera.

Aún conservo una pequeña cicatriz en el cuero cabelludo de un tornillo del tamaño de un *Brontosaurus*, que se desprendió, sin avisar, de la bandeja portaequipajes que teníamos encima de nuestras cabezas, atravesándome el cráneo a modo proyectil.

Comencé a gritar como si no hubiera un mañana, me puse en pie y derribé a varios de los viajeros. No me importaba nada más que el dichoso tornillo, ahí clavado entre el esfenoideas y el cigomático. No es que sepa de anatomía, es que tuvieron que acercarme a un puesto de la Cruz Roja, que, afortunadamente para todos, había a unos setecientos metros, pues por esa carretera secundaria pasaba la vuelta ciclista a España, o el Tour de Francia, no lo sé, Han pasado muchos años, y además, eso no es que sea demasiado importante para la historia. Me bajaron del autobús prehistórico, un señor

belga con pinta de recién jubilado dirigía la operación. Un apuesto joven me portaba por los tobillos y una rechoncha sonrosada alemana de unos doscientos kilos, me llevaba sujeta con sus enormes manazas por mis sobacos, los que debido al estado de nervios en el que me encontraba, emanaban sudor como si de una fuente se tratara. Solo recuerdo que perdí el conocimiento. El resto de historia me la contó Amandine.

Una vez extraído el tornillo, lo metieron en un bote de esos que se utilizan para los análisis de orina, que por cierto, después guardé para poder colgarlo de mi gargantilla, y sigo luciendo casi cuarenta años después, proseguimos con el viaje. Hasta que dejamos de hacerlo.

Nuestro viaje parecía estar gafado. ¡Qué digo parecía! Lo estaba, no había más.

Entre Castellón y Valencia, allá por Sagunto, el depósito de la gasolina se desintegró, empezó a caerse en trozos, haciendo, como es lógico, que se vaciara y nos detuviéramos en seco. Otra vez nos tocaba parar en la cuneta de una carretera, pero esta vez fue entre campos de naranjos, donde solo había naranjas, claro. Había que pensar rápido, necesitábamos un plan alternativo. Nuestro viaje, el que prometía llevarnos a nuestro paradisíaco destino en menos de tres horas, se había convertido en el Éxodo; jamás llegaríamos, y eso sumado a las náuseas de Amandine, que no se le habían ido, todo era un total descontrol.

Tuve un plan genial. Siempre he sido una intrépida, pero era ahora o nunca, la despedida de soltera de mi amiga bien lo valía, así que propuse hacer autostop. La idea era parar a cualquier vehículo que pudiera llevarnos, al menos, hasta la civilización, pero claro, «¿quién pasa por una carretera secundaria de madrugada?». Nadie. Si no hubiera perdido el conocimiento por culpa del tornillo, aquel momento hubiera sido el ideal, el coche escoba nos habría podido acercar al casco urbano, pero siempre te lamentas cuando ya es tarde...

Empezamos a andar y andar y tras unos diez kilómetros y un par de horas después, se hicieron realidad todas nuestras plegarias. Apareció un camión enorme, estaba segura de que en alguna parte nos podría meter.

No hizo falta enseñar mucha carne, de eso se encargó Amandine, pues yo, que de aspecto siempre he lucido más jovial y lustrosa que mi amiga, el viaje había hecho mella en mí. Llevaba media cabeza vendada y repleta de chorretones de Mercromina, por lo que no estaba en mi mayor momento de esplendor. Decidí dejarle el trabajo de seducción a ella. Cuando elevó su dedo, el camión frenó en seco, dejando media rueda en la calzada y las

pastillas de freno al rojo vivo. Temí por nuestra vida, pero al rebasarnos, se detuvo.

El conductor nos gritaba desde el interior. Cuando pudimos verlo, apareció un señor barrigudo y calvo. Muy majo, por cierto. Le pedimos que nos llevara y él, con una amabilidad desconocida para mí, nos explicó que llevaba estiércol para abonar los campos de naranjas, aunque si no nos importaba el olor a mierdecilla de caballo, podíamos acompañarle, ya que le vendría bien hacer el trayecto charlando en tan buena compañía. A mi amiga no le hacía mucha gracia, la pobre tenía el estómago muy revuelto, pero yo me negaba por completo a tener que andar más. En mis pies, a la vista de todos, se podían admirar las llagas plantares de Cristo. «¿Qué clase de fiesta nos íbamos a pegar si llegábamos con los pies llenos de ampollas?». Obviando mi trepanación ocasional.

Subimos al camión con bastante esfuerzo y no exagero cuando digo que en mi vida he olido algo tan desagradable. Era horroroso y eso, sumado a los vómitos que Amandine iba echando en una bolsa de plástico en la que el camionero llevaba su ropa sucia, me provocaba náuseas y sudores fríos. Me costaba creer que el olor trasero pudiera introducirse en la cabina del camión, y no me equivocaba en lo de trasero, pues parecía ser que nuestro benefactor padecía de aerofagia. Fue una de las cosas más surrealistas que he vivido.

Finalmente, el Hombre Pedorretas se compadeció de nosotras y nos acercó hasta Gandía. Ahí empezó el descontrol total.

Nada más llegar, tuvimos que entrar en la primera tienda que vimos, ya que nuestra ropa se había quemado en el incendio y el olor que desprendíamos de nuestros cuerpos era lo nunca visto, más bien, olido. Hacía que la gente se cambiara de acera al llegar a nuestra altura. Éramos la peste personificada. Siempre pensé que lo hacían por el olor inhumano, pero echando la vista atrás, es posible que mi vendaje y mi forma dolorosa de desplazarme, les asustara un poco, o lo sé.

Yo, de haber podido, habría salido huyendo de mí misma, lo reconozco. Amandine estaba emocionada, lloraba sin cesar, y eso que no estábamos en mitad de un campo de cebollas. Recordaba a cada paso a Balthasar y a mí eso me mataba. Si hubiera venido él, no estaríamos tan perjudicadas. Bueno, daño físico solo tenía yo, a ella únicamente le afectó al color de su piel, se estaba volviendo un poco verdosa.

Ya que no nos conocían y nadie se iba a enterar de nada, decidimos que era necesario vestirnos bien sexis. Dos francesas despendoladas tenían que

dejar huella en el que, posiblemente, fuera el gran viaje de sus vidas. De la mía estaba claro que lo iba a ser, lo presentía.

Amandine, que en poco tiempo iba a convertirse en una mujer casada, no quiso arriesgarse en exceso, prefirió algo más recatado y oriundo de la zona veraniega, se hizo con un par de vestidos floreados por encima de la rodilla. En cambio, yo, que era muy consciente de mis posibilidades, decidí que tenía que mostrar algo más de carne. No es que fuera poco agraciada de cara, debido a un lunar caprichoso, en la mitad de arriba del labio, que se disimulaba un tanto por el sutil vello que cubría la carne de debajo de mi nariz aguileña. De haberse visto bien, entiendo que eso sería excitante, sino fuera por los tres pelos negros que lo acompañan desde que tengo uso de razón. Daba igual que me los recortara con las tijeras del pescado, cada noche, ya que aquello crecía de una manera alarmante y sobrehumana y a la hora del desayuno, ya estaban ahí bien tiesos para recibir al alba. Las piernas, esas que Simeon no tocaba ni a la de tres, las tenía bien bonitas, aunque en mi barrio me conocieran por la Patas de Gallina Vieja, pero yo sabía que solo se trataba de envidia cochina de las estrechas vecinas mías, así que, me compré un par de minifaldas coloridas de escay y unas camisetitas ceñidas de estampado animal de media manga acampanada.

Estaba tremenda, de verdad, y mi lunar pasaba totalmente desapercibido todo hay que decirlo.

Cuando llegamos al hotel, el botones se quedó prendado por nuestra belleza gala nada más entrar, pero entiendo que, por orden de un ente superior, no debían de tratar seducir a las clientas.

En cuanto nos dieron la llave, pudimos bañarnos, aunque resultó imposible quitarnos del todo el aroma a caballo. ¡El condenado no se iba ni estando a remojo durante horas! Ya que no íbamos a pagar el recibo de agua, teníamos que aprovechar, por eso llenamos la bañera un par de veces. Dicen que es una mala costumbre española.

La vida nos dio una tregua. Rebuscando encontré en el bolso un pequeño pulverizador de perfume de nuestro país. Nos rociamos de manera estratégica nuestras partes íntimas y nos marchamos.

Teníamos claro que no podíamos irnos sin probar algo que habíamos visto en los carteles publicitarios, Absenta «La Loca»; bebida que en nuestro país estaba totalmente prohibida y que era muy famosa en esa zona en la que nos encontrábamos ya, afortunadamente.

Compramos una botella en una tienda que se llamaba La Taronjeta y trago a trago, nos la terminamos sentadas en el banco de un parque. Aún era

mediodía y no se veía fiesta por ningún lugar. ¡Vaya destino vacacional habíamos elegido! Era una completa mierda y nada podía ir a peor, ¿o sí?

Necesitaba ir a un baño con urgencia y sabiendo que el hotel en el que nos alojábamos no estaba demasiado lejos, o eso creía yo, le dije a Amandine que no se moviera, que iba y volvía, pero no lo hice. De hecho, me perdí y acabé dando tumbos por las calles de Gandía hasta que apareció mi ángel salvador. Joan, el amor de mi vida, ese que he mencionado antes.

—¿*Ande* va una zagala tan guapa? —El alcohol me impedía descifrar aquello que de manera sensual y excitante me decía.

—Busco mi hotel, *monsieur*. —Afortunadamente, el hecho de haber tenido una abuela alicantina, y que solo me hablara en español, me iba a servir para comunicarme con este joven tan apuesto.

—¿*Sa perdío*? —me preguntó pasándose su lengua puntiaguda por el contorno de los labios.

—Así es. Sé que estaba por aquí cerca, pero estoy algo mareadilla y no lo encuentro —respondí tambaleándome a la vez que intentaba mantener el equilibrio para que no se percatara de lo perjudicada que estaba.

—¿Quiere que le demos caza juntos? —Mi príncipe, porque aunque no iba a lomos de un corcel blanco se acababa de convertir en el mío, pretendía ayudarme sin importarle nada. Me miraba de una manera muy descarada, pero sexi.

—Si fuera usted tan amable, le estaría muy agradecida.

—¿Cómo de agradecida? —me preguntó con media sonrisa que dejaba entrever una sombra, ahí, junto a una de sus paletas. Eso, o la absenta me hacía tener alucinaciones, no lo sabía.

—Pues, oiga, voy a estar un par de días por aquí, con Amandine, mi mejor amiga. Estamos celebrando su despedida de soltera. Se va a casar con Balthasar, su novio oscurito, y yo, que no tenía nada mejor que hacer, decidí acompañarla, algo así había que celebrarlo, ¿sabe? Pero el resto del grupo, en el último momento no se presentó, y aquí me encuentro, perdida, sin saber dónde está mi hotel y de un momento a otro voy a explotar, porque me marché del parque para ir al baño y ahora...

—Venga por aquí, le llevaré a su hotel. —Creo que no le importaba lo que le acababa de contar, con lo «interesante» que era mi historia.

—Pero, es que ¿sabe cuál es? —¡Qué hombre tan inteligente y guapo! Mi Simeon a su lado, no era nadie.

—¡Claro, muchacha! No ve que no hay muchos hoteles por aquí.

Me cogió de la mano y el tacto era suave, sus dedos finos y huesudos me hacían cosquillas entre los míos y no levantaban mi piel atópica. Eso era un punto a su favor para ser mi amigo, estaba más que harta de las heridas que me producía mi novio con sus caricias, esas que parecían restregones de papel de lija del catorce.

Llegamos al hotel, y era tal el estado de embriaguez que llevaba encima, que dejé que Joan posara sus labios sobre los míos. Seguro que no estaba bien visto que un hombre subiera a mi habitación, pero tenía que ser agradecida con él por su generosidad. Su aliento, o el mío, no sabía cuál de los dos, dejaba mucho que desear, pero por fin me sentía viva de amor al sentir mariposas en la parte baja de mi vientre.

Me dormí entre besos de pasión y promesas de un futuro juntos sobre su hombro descarnado durante horas. Al despertar, no era él quién estaba a mi lado, sino Amandine sentada en el filo de la cama mirándome fijamente.

Empezó a gritarme que era una desvergonzada y que nos volvíamos a Marsella de inmediato, que ella no iba a ser la causante de que Simeon me dejara por infiel y que eso, sumado a su embarazo, nos iba a convertir en la vergüenza del lugar.

No podía irme sin saber algo más de Joan, necesitaba verle y explicarle que me iba, pero que volvería a luchar por nuestro amor, ese que nos habíamos prometido unas horas antes.

Gracias a Mari, la cocinera del hotel, pude saber que Joan acudía a ese hotel con asiduidad de la mano de varias mujeres diferentes de dudosa honestidad, pero me daba igual, yo cambiaría eso.

Dejé escrita una carta para que Mari se la diera en cuanto lo viera.

«Mi amor, tengo que partir para resolver algún que otro problemilla en mi ciudad, pero te juro que volveré para pasar cada día de mi vida a tu lado, lucharemos por este amor que nos ha unido, nos casaremos, formaremos una familia maravillosa, tendremos unos hijos preciosos y seremos felices para siempre. Espérame con ansias. Virginie».

Había algo que me carcomía por dentro. No le había contado que tenía novio y era algo que me llevaría a la tumba con tal de volver con mi ángel salvador. Marsella no estaba hecha para mí, Gandía sería testigo de mi felicidad.

Las siguientes semanas en mi hogar fueron caóticas, ya que tras varias discusiones con mi familia, no entendían que fuera a dejar a Simeon. Insistían en que era un buen muchacho, de buena reputación, y que me lo dejaba todo por un hombre del que apenas sabía nada.

Simeon, por su parte, no se lo tomó tan mal como pensaba que lo haría, según me dijo, él no sería capaz de hacerme sentir mujer nunca, no le atraía, no le gustaba, de hecho, no le gustaba ninguna mujer, y me agradeció que fuera yo quien tuviera la valentía de romper la relación.

Por fin era libre, podía volver con mi amor y eso hice. Empaqueté todas mis pertenencias en un par de maletas, prometiendo a mis padres que volvería para presentarles a Joan y partí de la ciudad que me había visto nacer.

Tras mi llegada y unos días de búsqueda, pude dar con Joan entrando en el hotel que había sido testigo de nuestras promesas. Sin los efectos de la ausencia, no lo recordaba tan... Feo, ni tan peludo, vestía como un zarrapastroso y los pantalones le quedaban cortos, «¿qué habría visto en ese hombre?». Daba igual, era el amor de mi vida.

—*Mon amour*, ya estoy aquí. Llevo días buscándote. —De su mano iba una mujer que enseñaba demasiadas carnes—. ¿Quién es esta?

—Virginie, mi vida, ¡ya estás aquí! Te he echado de menos, no sabía si volvería a verte.

—Joan, dime quién es esta y déjate de tonterías.

—¿Esto qué significa, Joan? Si no vamos a subir, tienes que pagarme, me has hecho perder mucho tiempo —interrumpió la mujerzuela sin soltar su mano.

—¿Qué está pasando? ¿Qué tienes que pagarle? —Las lágrimas ya corrían por mi rostro.

—No te preocupes, vida mía, es una amiga a la que he estado pagando para que me ayudara a buscarte, pero ya no la necesito. ¡Has vuelto a mi lado!

Desde ese día, no nos hemos separado y ahora, nos encontramos en una situación terrible. Tuvimos dos hijos, Jonathan y Pacorro y todo con lo que yo había soñado, no tuvo nada de parecido con la realidad.



Capítulo 2

Me gustaría presentarme.

Mi nombre es Carmen Navarrete y me veo en la obligación de compartir con el mundo cómo conocí al gran amor de mi vida. No pretendo provocar envidia, tan solo siento la necesidad de hacerlo.

Corrían los años noventa y... unos pocos. Oficialmente, el verano convivía entre nosotros desde hacía apenas unos días. Para ser más exactos, veintidós de junio, tres y media de la madrugada, un calor de la muerte y humedad al setecientos por ciento. Estábamos en plenas Hogueras de San Juan, en Alicante.

Para que me conozcáis un poco más, antes de hablar de mi impresionante historia de amor, os pongo en escuetos antecedentes.

Vengo de una familia pobre adinerada. Mi padre de siempre ha trabajado en no tener empleo, y mi madre se encargaba de llenar las arcas familiares con un poquito de aquí y otro de allá, aunque sin salir de casa, pues la pobre era de sufrir un poco de agorafobia cuando no le venía bien abandonar el domicilio conyugal.

Fui mala estudiante en las aulas, pero era una alumna aventajada y destacada en la escuela de la vida, donde sobresalía entre mis tres hermanos aprendiendo de las artes de nuestros progenitores, ya que lo mamé desde la cuna.

Pues aquella noche, tenía una cita gratis en el multi-concierto de Camela, Azúcar Moreno y unos cuantos grupos más, muy del *chunda-chunda flamenquito pa'l body*. «¿Quién podría haberse resistido a asistir con tal elenco de artistas?».

Llevaba un tiempo preparándome la noche para que fuera un éxito. Había ido al lugar un par de veces, porque si algo tengo es que no dejo nada a la suerte; necesitaba conocer bien el sitio en el que tenía pensado trabajar.

Por la mañana, fui a una peluquería nueva a unos cincuenta kilómetros de mi barrio. A las más cercanas tenía vetada la entrada por cuestiones que no vienen al caso. Pedí un moldeado y unas mechas color oxigenado muy discretas. Precisaba ir mona y a la moda sin llamar en exceso la atención. En aquella época, todavía no se conocía el término *victim fashion* ni *influencer*, pero, sin duda, lo crearían años más tarde inspirándose en mí.

Sabía que era ahora o nunca, así que, cuando la peluquera me empezó a esparcir por los rizos artificiales esa espuma que ponen, que no deja el pelo igual que en casa, para dejarme un efecto mojado muy natural y vi que cogía el peine con la intención de cardarme bien el flequillo, no esperé a que me rociara con la laca, pues en casa tenía varios botes de una muy buena que me había regalado la casa del producto cuando los denuncié por haberme hecho adicta a ella y, después de mi baja por depresión de dieciocho meses, alegando que me sentía vacía como los botes que había esparcidos por mi dormitorio y amenazarles con ir a la televisión y hacerles mala publicidad, me hicieron llegar una caja con seis botes de su laca. Además, no era necesario que me pusiera la peluquera, pues, igualmente, por la noche, antes de irme, tendría que retocarme. Fue ahí cuando lo decidí.

Visualicé a mi cuñada Virginie con su «lunarcillo» como llama ella a su verrugón peludo, comiendo puré sobre el torso desnudo y velludo del segundo de mis hermanos, y en un visto y no visto, gracias a que mi imaginación es portentosa, el estómago se me encogió como si me hubiera bebido en un segundo un metro de tequilas, sin su limón. Soy rápida, pero sería materialmente imposible beberlos y acompañarlos de sus correspondientes rodajas. Ya notaba cómo me subía una arcada seguida de un tremendo eructo y comencé a vomitar a modo géiser; lo hacía de manera intermitente y turbulenta, lo estaba bordando.

La peluquera dejó caer el bote de espuma sobre mi frente. Ahí vi un filón, aunque lo descarté al comprobar que no me había desfigurado el rostro, solo tenía la frente enrojecida, por lo que continué con mi plan *vomitero*. Alargué los brazos tan rápido como pude contra la pequeña repisa que tenía delante

del pecho y me llené entera, lo había puesto todo perdido. Impulsé hacia atrás la silla, que llevaba ruedas, desplacé a la peluquera un par de metros llevándome por delante a una señora que portaba una redcilla con rulos, mientras las otras dos clientas, con cara de pánico contenido, corrían hacia la puerta de la calle. Pensé que huirían de mí, sin embargo, me la dejaron abierta, facilitándome la fuga. Querían que me marchara y así lo hice. Tenía que ser generosa con mi público y darles lo que pedían. Monísima de la muerte con un chichón encima de la ceja, me dirigí a casa. Tuve suerte y no pagué. *Look nuevo by the face*. Una de mis especialidades por aquel entonces era que no pensaba en los demás demasiado.

Llegó la hora del concierto, me coloqué mis pantalones de no cuero negro noche, bien ajustaditos para presumir de mis curvas de infarto, le tomé prestados los zapatos de aguja a mi hermano Alfredo y con mi *top* de lentejuelas y flecos con hombreras, me fui cantando de lo más contenta. Iba a ser mi gran noche, lo veía venir.

Aquello estaba lleno hasta la bandera. A la mayoría los conocía del barrio, a otros de la comisaría, alguno que otro de los juzgados, la cuestión es que me sentía rodeada de desconocidos conocidos, una sensación de lo más curiosa.

Comenzamos a cantar y a bailar, lo estaba dando todo cuando me acerqué a las vallas, pretendía gritarle al Dioni que quería un hijo suyo. Adoraba la genética de este Adonis, su pelazo erizaba al mío y visualizaba a mi futuro hijo clavado a él.

Sabía de buena tinta que la barrera que nos separaba no estaría sujeta. Al ritmo de la música, fui tomando posiciones, grité, lloré, me desabroché el sujetador y lo alcé mientras lo giraba de manera magistral como si fuera un *cowboy* de un rodeo en Texas. Con cada giro, iba enganchando el cierre en los mechones de las *fans*, que como yo, lo estaban dando todo. Había logrado meterme en mi papel. Tanto, que no veía el momento de actuar.

Justo cuando acabó la última estrofa, me apoyé en la valla amarilla, un viejo de protección civil vino lanzado para impedirme alcanzar mi propósito, pero fui más rápida que él —aunque sea bajita y rechoncha, soy ágil—, dejé caer una de mis manos..., y zasca. Carmen contra el suelo.

Permanecí inmóvil unos instantes, para mí fueron días; dolía, cómo dolía. El labio se me había dormido, no sentía la barbilla y la nariz me palpitaba al ritmo del compás de *Escúchame*, que justo sonaba por los altavoces. Las manos no podía moverlas, las tenía atrapadas bajo las vallas. Giré como pude la cara cuando noté algo calentito caerme por el cuello; estaba sangrando. «¡Bien!».

Me atendieron todo lo rápido que pudieron siguiendo las indicaciones del cantante de Camela. El Dioni, por el micro, pedía ayuda, señalaba con su dedo justo donde yo me encontraba. Qué envidia me daba verlo mover con esa agilidad sus dedos, yo me los debía de haber fracturado todos, no los sentía. Sin embargo, el dolor agudo y punzante que percibía por ahí me daba a entender que los tenía rotos; no era la primera vez que me sucedía aquello, ya sabía qué era lo que se sentía y aquello me alegraba y mucho.

En camilla me llevaron a una especie de carpa improvisada, la gente me aplaudía, me daban ánimos, me echaban por encima cubatas, yo sonreía con timidez, sabía que en aquel suelo había dejado parte de mi ADN y algún que otro diente. La Cruz Roja iba a atenderme, para luego enviarme en una ambulancia al Hospital General. Todo estaba saliendo a pedir de boca.

Un sanitario me abofeteaba, escuchaba cómo me pedía que no me durmiera, que mirara a la luz, pero yo tenía sueño y no podía apartarle el brazo, porque los míos habían muerto, así que tuve que soportar sus tortazos. Él hacía su trabajo y yo el mío.

Dejé caer la cabeza para desmayarme cuando vi la luz, y no la del final del túnel que te indica cómo llegar al más allá. Ahí, frente a mi camilla, estaba él.

Fue un flechazo en toda regla, nadie me lo puede negar.

Me deleité con la imagen sudorosa de un hombre de cabellos negros, por los laterales, pues el centro de la cabeza le brillaba cosa mala, debía de ser por ausencia de pelo y las gotitas de sudor que le emanaban a borbotones, pero brillar, brillaba. El color de su piel no le hacía justicia, estaba cianótico, nadie que no fuera un pitufo podría tener ese tono, pero en seguida comprendí que aquello era normal, ya que llevaba enredados en su cuello los cables de sonido, esos gordos y negros que están por el suelo, normalmente, en los conciertos o fiestas populares. Qué arte, «¿cómo había conseguido liárselos de aquella manera y que pareciera accidental?».

Me dejaron de atender para ponerle respiración asistida hasta que llegara un electricista para desconectar los *baffles* que habían tenido que traer junto a él, parecía un bebé al que todavía no habían podido cortar el cordón umbilical, «qué mono...». Despertó en mí una ternura que nunca antes había vivido en mis propias carnes hacia otro ser humano, ni siquiera cuando me coronaron Reina de las Fiestas de mi comunidad de propietarios. Tenía los nervios a flor de piel.

El pobre estaba luchando por quedarse en este mundo. Su mirada de cordero degollado me intentaba seducir. Me incorporé, valiéndome de mis

codos. El dolor me daba fuerzas para llegar hasta él.

—¿Cómo te llamas? —logré preguntar con dificultad, pues mis labios parecían dos calabacines dignos del primer premio en un concurso de las verduras más enormes jamás recolectadas. No quise seguir hablando para evitar que se me escapara el aire por la ausencia de mis incisivos. Y sentía cómo me estaba cayendo la baba.

—A... An... —Le acaricié dejándole caer los dedos muertos sobre su frente. Le pedí que no gastara oxígeno.

—Yo zoy Carmen. He *aplaztado* una valla, *eztoy ezperando* que me lleven al *hozpital* —solo podía hablar con la zeta—, pero creo que tú estás más grave que yo y, salvo que compartamos ambulancia, me quedaré hasta que llegue la siguiente y pueda conseguir el parte de lesiones para denunciarlos —fue decir aquello y «A An» abrió de una manera soberbia sus pequeños ojillos marrones caca.

La llegada del electricista rompió la magia que se podía respirar en aquel recinto, yo más que «A An», pues le faltaba el aire y tenía que respirar por aquella mascarilla. Me negaba a abandonarlo. Necesitaba descubrir qué le había sucedido y el porqué de su apertura ocular a mis palabras. Me pidieron que me apartara y, al no reaccionar, me tumbaron en mi camilla.

Sentada podía bailar al ritmo de Azúcar Moreno, de cintura para abajo; el *bafle* seguía sonando, nadie lo había desconectado al traerlo a la carpa de la Cruz Roja. Sabía que perdería audición, pero no era problema. Así, la indemnización aumentaría.

—Pues habrá que trasladarlos a los dos juntos. —Escuchaba al sanitario, muy preocupado, informar a uno de los de seguridad del concierto, de esos que parecen un armario empotrado de dos por dos que de un golpe te ponen mirando *pa'* Cuenca.

—Por mí no hay problema, necesito que me atiendan ya o me quedaré tullida lo que me reste de vida —les informé muy alterada. Necesitaba marcharme con él, moría por saber su nombre completo y pedirle una cita. Ese hombre era un Dios de los accidentes. Se había convertido en mi nuevo ídolo, incluso más que el Dioni.

En la sala de urgencias del Hospital General, pudimos hablar más calmados. Después de haberme hecho las radiografías, escayolado los brazos y entablillarme los diez dedos, me dejaron sentada en una silla de ruedas esperando a que saliera el médico de guardia para darme mi ansiado parte de lesiones. En los dientes no quisieron hacerme nada, porque no había dentista de guardia.

—¡Hola, Carmen! Gracias por no haberme abandonado. ¿Te duele? —me decía el desconocido casi ahorcado con la voz afónica y entrecortada, todavía le costaba respirar.

—No es nada. En un par de días, con los calmantes y la escayola, ya ni me acordaré —le quité importancia a las innumerables fracturas de mis dedos, con rotura parcial del cúbito y radio. Estar cerca de él esfumaba mi sensibilidad, pues por algún motivo conseguía con esa miradita que todo mi ser sintiera en un único punto, y no era precisamente en las extremidades quebradas. Me había embrujado.

—Me llamo Antonio. ¿Qué te ha pasado?

—Nada, que me apoyé en las vallas y como no han cumplido con el protocolo de seguridad, pues así he terminado —le decía mientras le mostraba mis dedos tiesos por los hierrecillos almohadillados que me habían colocado.

—¿Te dedicas a esto? —Mmm, no sabía si afirmarlo. La primera regla dice que nada de reconocerlo, así te lleve la vida en ello. Puede tratarse de personal de las compañías de seguro, pero no sé qué tenía Antonio que me hacía sincerarme con él.

—Desde los siete años. Y ¿tú?

—El día que nací ya me indemnizaron. —Un ataque de tos le impidió seguir riéndose.

Estaba claro que aquel hombre tenía que ser mío. Juntos... Juntos seríamos invencibles.

—¿Sabes? Mi objetivo es un chalet. —Le guiñé el ojo como pude.

Me explicó cómo había logrado enredarse en los cables y el modo en el que podría reclamarles. Era un genio.

Cuando llegó la asquerosa francesita de mi cuñada Virginie a por mí, le grité mi dirección con la intención de invitarlo a merendar al día siguiente. Le dije que lo estaría esperando en el portal, que no me fallara.

Y desde aquel concierto, no nos hemos separado nunca. Miento, en las intervenciones no nos ha quedado más remedio, pero en los pre y posoperatorios, siempre nos hemos cogido de la mano y nos hemos animado.

Y ahora, después de tanto tiempo trabajando para nosotros solos, por echar un cable a la familia... A ver cómo salimos de esta.



Capítulo 3

Me dejé engatusar con una simple palabra: «Duque».

El día en que me reencontré con Joan, me pidió un favor. No sabía cómo decírmelo, le daba vergüenza, lo notaba en sus ojos, más en el derecho que en el izquierdo, ya que ese, justamente, tenía vida propia, algo así como a la virulé que decía mi abuela la española y era difícil adivinar hacia dónde miraba. No sabía qué podía esperar, mis padres tenían razón en eso de que no lo conocía lo suficiente y las dudas empezaban a aflorar en mi interior. «¿Había hecho bien al dejar Marsella para estar con un hombre tan misterioso?».

Estábamos tumbados en la cama, abrazados y vestidos, evidentemente, yo era una mujer de palabra y no iba a entregarme a nadie antes de pasar por el altar. Ni siquiera, a ese hombre. Me daba igual haberlo dejado todo por él. Eso no era motivo suficiente para regalarle, sin más, la flor que hacía referencia a mi nombre.

Notaba que sudaba como si hubiera estado corriendo en las competiciones de atletismo de las Olimpiadas instantes atrás. Es más, mi ropa estaba húmeda, y no hablo de la interior, sino del resto. Me estaba dando un poco de asquito. «¿Qué iba a ser de mí en los meses de verano a cuarenta grados bajo el sol costero?».

—Joan, ¿qué es eso que te tiene así? —le pregunté acariciando su mejilla sudorosa.

—Verás, es que..., es que... —Su ojo izquierdo parpadeaba sin cesar, debía ser una especie de tic o algo similar, pero aumentaba mi estrés corporal.

—Dime, seguro que no es nada.

—Me da un poco de cosilla decírtelo, Virginie, es una tontería, pero para mí, es algo muy importante.

—Dímelo, anda. Confía en mí. —Por su estado, debía ser algo muy fuerte.

—Verás, es que..., es que... No me gusta que me llames por mi nombre, nadie lo hace y me pone nervioso que tú lo hagas.

—¿Qué? —No estaba entendiendo absolutamente nada.

—Todo el mundo me llama «Duque».

Y me lancé a besar sus labios desesperadamente mientras en mi imaginación pasaban secuencias de nuestro futuro juntos. Él y yo casándonos ante miles de personas. Él y yo viviendo en un palacio. Él y yo teniendo hijos preciosos que se rodearían de los niños ricos del lugar. Yo invitando a mis vecinas a ver mi nueva piscina, nuestros nuevos coches, nuestras nuevas propiedades... Él y yo siendo felices sin privarnos de nada y viajando por todo el mundo.

Ya sabía yo que había tenido un buen ojo. Iba a casarme con un «Duque» y eso no era algo que le pasara a cualquiera, no, no, no. Estaba feliz e ilusionada, tanto que, sin darme cuenta, Duque, mi Duque, me había desnudado, pero me daba igual, quería ser suya, necesitaba demostrarle mi amor. No era nada materialista, sin embargo, saber que iba a vivir rodeada de todo tipo de lujos había hecho que bajara un poco la guardia.

Le entregué mi virginidad en esa cama, la que por cierto, chirriaba y se hundía cada vez que él me embestía, pero no había dolor cuando me clavaba con saña los muelles que sobresalían por el forro. ¡Qué romántico era todo a pesar de su sudor y esos sonidos estridentes! Lo cierto es que no duró mucho. En realidad, no sabía cuánto tiempo se tardaba en consumar el matrimonio, ese que tendríamos más pronto que tarde y que me convertiría en duquesa. Tampoco sabía qué se tenía que sentir al hacer el amor por primera vez, pero yo no percibí absolutamente nada. Siempre me había imaginado que dolería. Al menos, eso había escuchado entre algunas de mis amigas que ya habían probado los placeres carnales, o que gritaría de placer, igual que hacía la vecina que tenía pared con pared en casa de mis padres, en mi antigua ciudad, pero nada. Duque se quedó dormido sobre mí, y a pesar de que me hacía

daño, clavando algunos de sus huesos sobre mi cuerpo, supe que sería la mujer más feliz del mundo a su lado. «¿Cómo no iba a serlo?».

Llevábamos algunas semanas en la habitación del hotel, no salíamos para nada y no había forma de quitármelo de encima, estaba tan enamorado de mí, que hacíamos el amor más de trece veces al día y lo cierto es, que estaba irritada. En lugar de a Valencia, parecía que me había trasladado a Escocia para vivir mi gran historia de amor con un *highlander* de esos empotradores de los que salen en los libros. Ya me extrañaba a mí que no sintiera dolor la primera vez. Quizás, hice algo mal.

Dada mi inexperiencia en las artes amatorias, pensaba que era algo normal demostrarnos tan seguido lo que nos amábamos, a Duque le daba igual que me doliera, decía que con un poco de saliva, él lo solucionaba.

Nos alimentábamos de amor y de la comida que Mari nos subía a la habitación, pero no podíamos seguir mucho más tiempo así. El dinero que yo había traído de Marsella se estaba agotando, teníamos muchos gastos, había que pagar el alojamiento y los servicios de restauración. Teníamos que tomar una decisión.

«¿Por qué no nos íbamos a nuestro palacio para ir organizando la boda?». Sabía que Duque tenía una extensa familia en Alicante, me había contado algunas cosas sobre ellos, así que su lista de asistentes a la boda no se tendrían que desplazar demasiado, pero yo tenía que traer a todos desde Marsella, y dado que éramos ricos, o al menos, iba a serlo cuando fuera una mujer casada, no iba a consentir que nadie se pagara un franco. Yo era la que se casaba, por lo tanto, también debía ser la responsable de encargarme económicamente de sus desplazamientos. No quería causar más quebraderos de cabeza a mis padres.

Mientras mi prometido dormía, yo me levantaba silenciosamente para poder terminar de elaborar mi lista de invitados, me llevó un par de días. La verdad es que tanta muestra de amor por su parte iba a acabar conmigo.

«Ni saliva ni salivo», ya sabía yo por qué gritaba tanto la vecina, ese dolor era insoportable y encima, cada día me encontraba peor y hacía que todas las mañanas vomitara. «¿Le habría cogido alergia a Duque?». Maldije mi suerte, y para no obligarle a abandonarme, porque se le veía muy necesitado de mi amor, acepté vivir mi condenada alergia *Joanera*, en el más absoluto de los silencios mañaneros, cuando salía disparada a echar el alma en aquel váter asqueroso de nuestra habitación del amor y del desenfreno.

—Cielete, ¿te encuentras bien? —¡Qué mono era! Se preocupaba mucho por mi estado de salud.

—Yo no sé qué debió echarle Mari a la comida del otro día, pero oye, no hay manera de que se me pase. A lo mejor había algo caducado, ¿no?

—Deberíamos ir a que te vieran, ¿no crees?

—¿Tú piensas que eso sería buena idea? —No me gustaba nada ir al médico, pero por mi Duque, haría el esfuerzo. Bueno, por eso y porque me encontraba realmente mal, necesitaba algunas pastillas o incluso inyecciones para combatir mi animadversión hacia él.

—Sí. Es un virus muy extraño, ¿no? Solo te encuentras mal por las mañanas.

—Está bien, vayamos.

Después de tres visitas a varios especialistas diferentes, estaba confirmado. Mi virus se llamaba Duque Junior. Digamos que, era lo que viene siendo un embarazo.

Estaba claro que por parte de Duque no era deseado. En el momento en el que nos los comunicaron por primera vez se desplomó todo lo largo que era y tuvieron que darle un par de puntos de sutura cerca de su ojo izquierdo. ¡Pobrecito mío! Esa zona de su cara se quedaría de lo más extraña para siempre, entre el estrabismo, el tic y los puntos, era un cuadro. Perdía algo de *sexapil*, no lo voy a negar.

Iba a ser madre. No me lo podía creer, pensaba que eso era algo que solo pasaba una vez que estuvieras casada. En mi cuerpo se estaba gestando un pequeño ser diminuto, fruto de nuestro amor. Era feliz y consideraba que ya había llegado el momento de irnos a nuestro hogar, una habitación de hotel no era el lugar más indicado para un bebé aristocrático.

—Joan, digo, Duque, ¿no crees que deberíamos irnos ya a nuestro hogar?

—¿Qué hogar?

—Pues a nuestro palacio, ¿adónde va a ser? —El golpe en la cabeza debía de haberle afectado demasiado.

—¿Qué palacio?

—De verdad, a veces, pareces tonto.

—Virginie... Tenemos que hablar. —Eso no sonaba bien, se avecinaba una discusión.

—Estamos hablando, ¿no te das cuenta? Creo que el golpe te ha dejado un poquito atontado, ¿eh?

—Mi amor, mi vida, mi cielo. La familia piensa que estoy haciendo la mili.

—¿Qué dices?

—Que no saben nada de ti, que se piensan que estoy haciendo el servicio militar, que les he mentado. Que tú no existes.

—¿Cómo no voy a existir? ¿No me ves? Estoy aquí, frente a ti. No, espera... ¿No les has hablado de mí? ¿No les has invitado a nuestra boda?

—¿Qué boda? —Me estaba empezando a enfadar.

—Pues la nuestra, ¿cuál va a ser?

—No, Virginie. Se supone que estoy en Alcantarilla, no aquí.

—¿Me has estado engañando todo este tiempo? —Mi corazón se estaba partiendo en dos, al igual que en breve su cara.

—¡Ay, Virginie! Que yo solo quería pasar el rato contigo, no quería casarme y mucho menos, dejarte preñada.

—¡Pues a ver qué hacemos ahora! No pienso volver a Marsella embarazada y sin marido, eso sería una deshonra para mi familia.

—¡Pues bien que has disfrutado! —Se le llenaba la boca de mala manera.

—¿Disfrutado de qué? A ver, no pretendo ponerme nerviosa, así que, te lo diré de manera muy relajada, al bebé tampoco le irá bien que su mamá se altere. Joan, corazón, ¿cuándo nos vamos a nuestro puñetero palacio? —Este no era el hombre del que yo me había enamorado, el golpe en la cabeza empezaba a preocuparme, ya me veía empujando el carrito de Duque Junior y la silla de ruedas del Senior, para subir por la rampa de nuestro palacete, pues en estos instantes de ira, me daba igual que no fuera un palacio.

—¿Qué palacio? Vuelvo a repetirte.

—El nuestro, Joan, el nuestro. —Me sacaba de mis casillas, a cada segundo más.

—Pero si yo no tengo ningún palacio.

—¿Cómo qué no? ¿No se supone que los duques tienen palacios, propiedades, tierras y todo tipo de lujos?

—Virginie, y ahora, ¿por qué me dices que soy duque? El embarazo te tiene un poquillo tocada.

—¿Cómo que tocada? Tú me lo dijiste, no te hagas el tonto ahora.

—No, yo te dije que me llamaban Duque, no que lo fuera. —Me había engañado por completo para arrebatarme mi preciada virginidad.

—Eso no es cierto. Entonces, ¿por qué te llaman así?

—¿Por qué va a ser? Pues porque soy motero, es evidente —me respondía señalándose el cuerpo, yo no entendía nada.

—Pero, ¿qué dices? —Iba a tener que acompañarlo al médico de nuevo, no se acordaba de quién era—. ¿Dónde está tu moto?

—¿Qué moto? —me preguntaba cómo si hubiera dejado de entender su idioma materno.

—¡Ay, Duque! ¿No tenemos palacio? ¿No tienes moto? Pero ¿de quién me he enamorado? ¿Qué clase de hombre he dejado que me robara la honra? ¿Adónde voy a ir? ¡Ay, Duque! ¡Me has mentido!

—Virginie, siéntate, mujer. La explicación es muy sencilla, me llaman Duque porque siempre quise tener una Ducati.

—¿Entonces? Me vas a abandonar a mi suerte, ¿es eso? No tienes corazón. ¿Qué pasará el día que Pequeño Duque toque a tu puerta preguntando por su padre? —Visualizar aquella escena me hacía llorar con espasmos.

—Virginie, soy un hombre hecho y derecho. Nos casaremos en cualquier iglesia de por aquí cerca y te llevaré a mi casa —sentenció con la mano en el lado izquierdo de su pecho.

Y así es como acabé siendo una mujer casada, la señora de Navarrete. Ni bodas por todo lo alto ni lista de invitados, nada. Solo estuvimos Joan, yo enfundada en mi minifalda de escay, un tanto apretada por mi avanzado estado de varias semanas de gestación y mi camiseta de estampado animal, más dos pueblerinos sintecho, como testigos, que encontramos pidiendo limosna, ante un cura siniestro en una iglesia de la periferia dándonos el «Sí, quiero». No hubo oportunidad de que los mendigos de la puerta me echaran arroz, y tampoco tengo una foto como recuerdo de aquel triste día maravilloso. Nada más terminar, Duque pidió hacer una llamada desde la sacristía. Necesitaba darle la noticia a su madre, lo que no se esperaba es que ella nos la diera a nosotros.

Así fue cómo conocí a Carmen, mi «adorada» cuñada, en la que debería haber sido mi gran noche de bodas.

Desde aquel día, estamos viviendo en un cuchitril de sesenta metros cuadrados en Alicante. Ni palacio, ni nada que se le parezca. Un simple piso compartido con una familia un tanto peculiar, en un barrio lleno de personas de dudosa reputación. Y embarazada, bueno, ahora ya no lo estoy, pero lo del piso sigue siendo igual.



Capítulo 4

Si algo tengo claro en esta vida es que el amor mueve montañas, y que por mi Antonio soy capaz de cualquier cosa. Estábamos destinados el uno para el otro. Cuántos años desperdiciados hasta que compartí ambulancia con él.

De haberlo sabido, lo habría buscado y habría ido hasta los confines del espacio a reunirme a su lado si hubiera sido necesario.

Estoy enfadada, indignada, enojada, encabronada, hasta las pelotas. Si pudiera me liaría a tiros con la escopeta de caza del abuelo, lástima que la vendimos en Wallapop, y no puedo echarle la culpa de mi estado a nadie más que a Virginie.

Qué engañado tiene a mi hermano, desde que se conocieron en aquella playa inmunda de Gandía lo tiene totalmente sometido. Ya podría haber muerto en aquel autobús militar cuando el tornillo que luce como un trofeo colgando de su cuello, y que a todo aquel que puede le cuenta el modo en el que le atravesó el cráneo, no la dejó sin vida. Cuántas tonterías nos habríamos ahorrado... Señor.

Nunca entenderé qué pudo ver mi hermano en aquella raspa de rape, que hasta el acento que todavía conserva, casi cuarenta años después de llegar a España, es vomitivo.

No sé cómo vamos a salir de esta, pero está claro que me tiene pillada, y solo me ofrecí a hacerle el favor para que no le confesara a Joan que nuestra madre no estaba disfrutando de unas paradisíacas vacaciones en Marsella

junto al padre de Virginie, viviendo una segunda juventud. Si se llegara a enterar de que mamá es la alfombra tunecina que tenemos enrollada en el trastero..., perdería todos mis privilegios en esta casa y sobre todo y principal, me tocaría comunicar el deceso de nuestra madre.

No me quiero imaginar qué sería de nosotros si perdiéramos la pensión que, por otro lado, nos viene genial para hacer frente a los canales de pago; la cuota anual de los Moros y Cristianos, junto a las mensualidades del iPhone 8 Plus de mi Evaristo. Ya no me da para más, porque la «zorra» de mi cuñada se lleva el cuarenta por ciento de la pensión de mamá, que con tanto esfuerzo y sudor fue cotizando a lo largo de su vida, para que ahora venga una de fuera a pagar sus vicios. No la soporto y si pudiera, la mataría. Total, dicen que en la cárcel se está muy bien.

Nunca olvidaré el día que nos conocimos. Recuerdo que fue la tarde que me aplastó el carrito de los helados en la playa del Postiguet. Era una novedad, y todo el mundo bajaba a la Explanada para tomar el fresco de la brisa del mar y apartar a dos manos las palomas que revoloteaban entre las palmeras.

Necesitaba dinero, se me había metido en la cabeza que tenía que viajar a los Estados Unidos de América, qué gran país. Cómo envidio a sus ciudadanos. Qué bien pagadas están las indemnizaciones allí. Tan solo necesitaba un billete de avión, un microondas y un hámster.

En total, con unas cien mil de las antiguas pesetas, que vendrían a ser unos «ochenta mil» eurillos más o menos, que aún no he aprendido a redondear los euros, pero bueno, para eso está el Google que puedes mirar el cambio de divisas.

Pues resulta que bajé a la Explanada. En aquella época era joven y alocada, no me importaba nada ni nadie, vivía al límite y creía que la muerte me temía; no era para menos con mi gran currículum laboral.

Primero di un paseo por el puerto, necesitaba estudiar los movimientos del señor del carrito de los helados: calcular la velocidad que alcanzaba el vehículo, saber desde qué punto el golpe sería más fuerte, pero menos mortal, por supuesto, no pretendía llenarles los bolsillos a mi familia. La que tenía que cumplir su sueño americano y la que ponía en juego su vida con cada golpe maestro era yo. Cuando lo tuve todo dispuesto, esperé a que fuera la hora de cerrar el chiringuito, fui paciente y controlé mis ansias bulímicas de lamer todos los botes hasta no dejar ni una gota. Mi plan se fue al traste al darme cuenta que el carrito no tenía motor, era uno falso, de mentira, estático, ¡vaya timo! Puse en marcha mis neuronas y tracé un plan menos trágico, pero

también efectivo. De manera desenfadada, me acerqué sigilosamente, esperaba a que bajara la tapa lateral de madera y...

—¡Buenas! ¿Me podría poner un helado de triple bola? —Era imposible que el tendero me viera, le hablaba desde suelo, en cuclillas. Subí los brazos dejándolos sobre la repisa y... zas en las dos manos—. ¡Dios! ¡Ay, Dios mío!

No me mutiló los dedos, porque el canto era romo, de lo contrario, ahora tendría muñones en lugar de *morcidedos*.

—¿Qué ha pasado? —Era capaz de escuchar la voz oculta de alguien que hablaba desde el interior del carro.

—¡Mis dedos! ¡Mis deditos! —gimoteaba, no hacía falta que fingiera, porque dolía y mucho. No me importaba el dolor que sentía, ya que mi mente estaba embarcando en Barajas camino de mi destino.

—Lo siento, disculpe. Espere que abra de nuevo la ventana. ¡Oh! Está sangrando —decía el pobre señor del carrito de los helados mientras iba perdiendo el color de su cara como yo amenazaba la pérdida de mis dedos.

—¿Que disculpe? ¿Es usted tonto? Soy pianista. ¿Sabe qué significa eso? ¿Lo sabe? ¿¡Que si lo sabe!?

Empezó a agolparse gente, cuanta más viniera mejor para mí, más testigos para apoyar mi versión de los hechos.

—No se preocupe, la ayuda está en camino. —Una monja entrada en años intentaba consolarme.

—Me preocupo y mucho. No volveré a tocar el piano. ¿Es que nadie me entiende? —Lo más cerca que había estado de un piano había sido del teclado Casio de segunda mano que le regalaron a mi hermano Alfredo en la comunión, pero tocaba de vicio y quién sabe si algún día me iba a dar por apuntarme al conservatorio para explotar mi don de la música.

De esta, probablemente, me sacaría un buen cacho. En mes y medio estaría totalmente recuperada.

Desde el Hospital General, telefoneé a casa, necesitaba que alguien viniera a por mí.

—Mamá, soy Carmela.

—¿Qué has hecho? Date prisa, nena, estoy con algo importante —me dijo desganada, posiblemente, por la hora que era, le había fastidiado la novela. Estaría viendo el capítulo ochocientos de la Dama de Rosa, creo que ya estaba interesante.

—Me he roto siete dedos, mamá. El carrito de los helados me ha caído encima —le dije llorando, tenía a la señora de recepción en el hospital muy atenta a mi relato, nunca se sabe quién trabaja para las compañías de seguro.

Cuando logré que me prestara atención, me comentó que no me preocupara, que Evelio, uno de mis hermanos, bajaría con el coche. Trabajaba por aquel entonces en el tanatorio y aquella tarde no tenía entierro hasta las siete de la tarde. Colgué y salí a la calle a esperarlo.

No sé qué me pasó, todavía me siento un poco culpable, pero al ver el coche fúnebre, visualicé un nuevo trabajo. Le hice señas a mi pobre hermano, con los dedos escayolados; en la boca llevaba el parte de lesiones. Salí corriendo sin mirar, juro que no fue mi intención que sucediera lo que sucedió. Atravesé la avenida y Evelio giró el volante todo lo rápido que pudo, lo podía ver, veía cómo se aproximaban los faros a mi cara, era como la madre de Bambi, ahí, en mitad del bosque indefensa, sabía que iba a morir. En esta ocasión, la muerte me plantaba cara y no me temía la muy condenada. Salté por los aires, me estampé contra unos setos, y Evelio se empotró contra el muro del hospital. Coma instantáneo. Yo solo quería que me atropellara una moto, no mi propio hermano.

Volví a llamar a mi casa. La de Urgencias no se lo podía creer.

—Mamá, soy Carmela de nuevo. No, no me grites, mamá, si no fuera urgente, no te llamaría de nuevo. —Miraba angustiada a la señora de recepción que me sostenía el auricular, con mala cara, pues no estaba en condiciones de hacerlo yo sola. Parecía de lo más entretenida leyendo un libro de esos guarros que tenía oculto bajo un bloc de notas y mi presencia le estaba incomodando.

—Espero que esta vez tengas una buena excusa.

—Mamá, Evelio está en coma. —Mi madre se quedó muda.

La espera en la sala de Urgencias, que ya era como mi oficina, se nos hizo eterna. Todos mis hermanos estaban acompañándome, casi todo llevábamos algo roto. Tenemos el mismo oficio, pero yo soy la que tengo un cargo más importante. La cuestión es que, tras cinco horas de espera, apareció por la puerta Joan, al que avisó mi madre coincidiendo con una llamada que hizo. Debí de presentirlo, no lo sé, con las prisas se le olvidó despedirse de su compañera de desfogue, pues venía acompañado de una prostituta. Ahí fue cuando conocí a Virginie.

He de decir que Evelio recuperó la conciencia a los cuatro días, que le han quedado pocas secuelas, pero nunca más volvió a trabajar. No cobró indemnización, una pena, la verdad. Yo tampoco viajé a Estados Unidos, y me tocó compartir cuarto con Alfredo, pues mi dormitorio se le adjudicó al nuevo matrimonio Navarrete. Mi vida empezó a ser un drama.



Capítulo 5

Mi vida no podía ir a peor. Todos mis sueños se habían visto truncados, me sentía engañada por Duque. Al menos, era una mujer casada, sin embargo, en el mismo momento en que empecé a serlo, supe que mi vida no iba a ser normal. «¿Qué clase de familia tenía mi marido?».

Vivía en un piso de *merde* y dormía junto a Duque en una cama de noventa, estábamos delgaditos y eso no hubiera sido un problema de no haber sido por mi embarazo. Era matemáticamente imposible meterse ahí dos personas, flacas como raspas de rape, sí, pero con mi barriga del tamaño de una sandía de doce kilos, no. No exagero, eso crecía cada día más.

No descansaba por las noches, me costaba coger la postura y el sueño, y justo cuando empezaba a hacerlo, Duque, con un codazo para espabilarme, no dejaba de insistir en que mantener relaciones sexuales era bueno para cuando llegara el momento del parto, decía que así llegaría bien dilatadita y lo tendría en un pispás. Tampoco veía esa colita tan grande como para tal cosa, pero con tal de no discutir, aceptaba y le dejaba hacer lo suyo, me lo pasaba bien, no voy a negarlo. Todo era empezar, porque mi miedo era que buscara fuera del matrimonio eso que tan enganchado lo tenía. A mí, ni fu ni fa, la verdad, se ve que los cambios hormonales del embarazo no me permitían del todo disfrutar.

Vivíamos en esa choza cochambrosa, mi suegra, mis cuñados Evelio, Alfredo, Antonio, el marido de Carmen, la persona más mala y envidiosa con la que me he topado en mi vida, por cierto, Duque y yo. De mi suegro no había ni rastro, y supe, después de intentar hacer buenas migas con Carmen, ya que se veía que ella me miraba de malas maneras y con resquemorcillo, — no le acababa de caer bien—, que había tenido un trágico desenlace.

El hombre se dedicaba a lo mismo que sus hijos. Más bien, ellos se dedicaban a lo mismo que él, era lo que habían mamado desde bien pequeños, de ahí que el negocio fuera familiar. El único que había salido un poco más normal, mi Duque, y cada día que pasaba, veía que algo le faltaba, un hervor o dos, una primavera y un otoño, e incluso, un par de décadas cerebrales. El caso, que no quiero desviarme del tema, es que en el momento en que le pregunté al saco de huesos rotos que tenía por cuñada, me contó la fatídica historia:

Mi suegro, Ambrosio, Brosito para los amigos, quería retirarse, sentía que había llegado su momento, los años de trabajo le habían pasado factura, también le habían hecho facturar una gran suma de dinero, pero con los cambios climatológicos, le dolía todo el cuerpo debido a las roturas que había sufrido, aunque la peor era la del isquion. Se lo partió un jugador de fútbol en un partido de juveniles. Él había estudiado el plan una y otra vez y todo cuadraba, iba a salir a la perfección, además, había negociado darle un diez por ciento al chaval de lo que cobrara del seguro del club. Estaba todo bajo control y sobornarlo no le había costado demasiados quebraderos de cabeza, pero el chico, debido a la emoción del momento y la rabia de que iban perdiendo el partido, que por lo visto era decisivo para el desenlace de la temporada, no calculó ni la fuerza ni la altura y le partió el isquion por dos sitios diferentes. El plan trazado era que lanzaría algo disimuladamente al terreno de juego, un pañuelo, que volaría fácilmente, pero justo ese día, ni gota de aire, no se movían ni las hojas de los árboles más grandes, el caso es que justo cuando el sobornado fuera a pasar por ahí, él se metería al campo para coger su pañuelo bordado en seda con las iniciales de su abuelo, era un tesoro que iba pasando de generación en generación. Los astros se alinearon a su favor y llegó una fuerte ventolera. Pudo llevar a cabo el plan.

Salió volando un par de metros ante la atenta mirada de los espectadores. Según mi cuñada, la recuperación fue horrorosa, claro, es que esa zona no se puede escayolar y el pobre Brosito, que no se había querido operar porque estaba harto de quirófanos, no podía estar de pie, ni sentado, ni tumbado... Le faltó poco para perder la poca cordura que le quedaba.

El caso es que esa rotura fue la que colmó el vaso y trazó un plan maravilloso, el plan más perfecto de todos los planes. Iría a electrocutarse con los cables del tren. Había escuchado un caso parecido y la víctima, un novato del gremio, se había llevado un buen pellizco y si ese lo había conseguido, él no iba a ser menos, por supuesto. Tenía que retirarse por todo lo alto.

Le llevó un par de meses organizar bien los pasos a seguir, ya que, si algo salía mal, podía perder la vida arrollado por un tren o encerrado en algún hospital de trastornos mentales por la fritura de cerebro. La zona no le pillaba muy cerca y era un desbarajuste tener a Alfredo conduciendo por todo Alicante con sus tacones de aguja, que los puñeteros se enganchaban en el embrague y era todo un peligro al volante. Había que ser valiente para montarse con él en un coche, pero no le quedaba más remedio, ya que por temas de que no le concedían el certificado psicotécnico, no había podido obtener el carnet de conducir. Tenía calculado el punto exacto de la zona en la que tenía que engancharse. También, el tiempo necesario para no morir y, cómo no, un lugar de poca accesibilidad en la que no hubiera testigos. Tenía que ser su palabra contra la de la compañía, sin personas que pudieran entorpecer el proceso, que eso, después, alargaba el momento del cobro.

Llegó el día y todo salió a las mil maravillas, alguna que otra quemadura de segundo grado, pérdida de conocimiento, convulsiones y una pequeña hemorragia cerebral, pero nada más. El problema llegó cuando en el juicio, los abogados contrarios pusieron las imágenes grabadas desde una cámara que había cerca. En ella, se le veía varias veces y diferentes días, unos con una libreta en la mano, otros con un casco de bicicleta y otros pelando los cables con un cuchillo de plástico, por lo que los directores de la empresa de transportes, sospechando que algo tramaba, pusieron un cartel bien grande en el que se decía que era una zona peligrosa y que si se pasaba de la señalización, el viandante era el único responsable de lo que le pudiera suceder. ¡Qué listos fueron!

La multa que le pusieron y las costas del juicio ascendía a una cifra descomunal y se vino abajo, tan abajo se vino, que se dejó por completo. Ya no se preocupaba por no hacer nada, paseaba y paseaba por el campo, se hizo algo así como *hippie*. Un día buscando *llinsones* para la ensalada, se despeñó cayendo a las vías del tren, murió en el acto el pobre hombre, una lástima, pues todos los de la familia hablan maravillas sobre mi suegro «póstumo».

En un principio, no querían darle la indemnización a mi suegra, pensaron que había sido una venganza por la condena que le pusieron anteriormente y a la que no podían hacer frente.

Mi suegro, evidentemente, falleció, pero no arrollado, que pillarlo lo pilló el tren, pero ya sin vida. La familia cobró, aunque no tanto como si se lo hubiera llevado por delante el Talgo todavía con vida, que de haber sido así, yo ahora estaría en el palacete con mi Duque.

La cuestión es que caminando, metió el pie en un agujero que no debería haber estado ahí, parece ser que al ver cómo caía al vacío dirección a las vías del tren, pues le daría un infarto o puede ser que le diera antes de meter el pie, no se sabe. Cuando le arreó el tren, llevaba tieso horas, de ahí que solo le diera a mi suegra, María de la Reencarnación, para pagar la multa anterior y seguir con sus vidas, los que todavía podían.

La pérdida fue muy dura, no por su falta ni por ausencia, sino porque todos querían ocupar el más alto cargo del organigrama familiar. Al final, se lo quedó la mafiosa asquerosa profunda de mi cuñada. Pero era cuestión de tiempo conseguirlo. Soy la más adecuada de la familia. Ya dice el refrán que de fuera vendrán y de tu negocio te echarán.



Capítulo 6

Hoy, por fin, intentaremos resolver el pequeño problema por el que la insoportable de mi cuñada me ha chantajeado. Iremos a casa del susodicho, hemos tardado algo de tiempo en descubrirlo, pero ya sabemos dónde vive. Nos presentaremos en su domicilio para entablar esa conversación pendiente que tenemos desde hace ocho meses y que nunca era buen momento para llevar a cabo.

Que odie a Virginie no quiere decir que no vele por la seguridad de la familia; mis padres me enseñaron que es lo primero y ese tipo de principios tienen que respetarse a pesar de todo.

Como la pobre, aparte de fea, es más tonta que siete tontos mojados, pues no le dio importancia al hecho de recibir una carta certificada hace año y medio. Ella plantó su autógrafo y dejó el sobre sin abrirlo entre toda la mierda que habita en mi cuarto. Todavía confío en que algún día lo recupere y regrese allí, pero que antes ellos se vayan.

Desde que mamá inició su viaje feliz a Nunca Jamás para no volver, Antonio y yo nos hemos instalado en su dormitorio, la de cosas chulis que tenía guardadas en su armario. Está tan lleno de tesoros que lo he tenido que cerrar clavándole algún que otro listón de madera en horizontal, nunca en vertical, que mi esposo ya lo ha intentado, pero así no hay manera de que cierre y parecía más la tabla esa de madera que salvó a Rose, la del Titanic, y dejó morir al otro.

Volvemos a tener intimidad. Era una agonía intentar hacer uso del matrimonio en el salón de una casa ocupada por Alfredo y su novio Lucifer La Bien Dotada. Es un hombre, sí. Y no quiero hacer mucho hincapié en su apodo, que se me revuelve todo y luego tiendo a comparar, y ya se sabe que las comparaciones son odiosas y después mi Antonio entra en crisis y la que paga el pato soy yo, porque el de cabecera no quiere hacerle receta para momentos de obstrucción mental *pichil*.

Que mi hermano es de la otra acera, como comentan las vecinas los días que se agolpan en el rellano para despotricar, no es un secreto. Para nosotros no hay nada malo en ello, hablo del tema de mi hermano, no de las quedadas cotillas de las viejas, porque todos lo sabíamos desde siempre. Él vivía dentro del armario, pero con la puerta de par en par. Muy normal no era que, desde que empezó a andar, lo hiciera con los zapatos de tacón que usaba mi difunta madre para torcerse el tobillo en los mercados, y el hecho de que se pintara los labios con el rotulador rojo permanente que utilizaba mi hermano Evelio para marcar las aceras peligrosas, y así, controlarlas mejor, pues no era muy convencional. Y lo que más llamaba mi atención para esto del sospeche era que siempre me desaparecían los sujetadores de los domingos y los encontraba adornando la anatomía masculina de Alfredo cuando usaba camisas palabra de honor y se le olvidaba ocultar por los sobacos los tirantes. El hecho de que llevara faldas también nos llamaba la atención, pero bueno, sin desviarme, que en casa éramos muchos y mal repartidos.

Si éramos pocos, parió la abuela. Evelio se trajo a casa a una anciana de ochenta y nueve años y la convirtió en su esposa de la noche a la mañana sin consultar al resto. Mis hermanos siempre han ido por libre.

La vieja no parió, bueno, al menos durante el noviazgo y posterior matrimonio con nuestro hermano. Me refería a que éramos ciento y la madre en la misma casa.

Juró que sería un negocio redondo, en breve, porque aunque gozara de una salud de hierro, todos entendimos que a la buena señora, como mucho, le quedarían un par de añitos para abandonar este mundo, pero sobre todo nuestra casa y después, Evelio se trasladaría a su pisito en primera línea de playa en Benidorm. Por fin lograríamos desahogar un poco nuestra vivienda.

La vieja tenía otro propósito. Con tal de joder el *business*, decidió no morir nunca, y ahí la tenemos en una mecedora de madera de la época de la Inquisición que encontró Joan en los contenedores de debajo de la ventana de su dormitorio, y restauró, con la intención de venderla más tarde. Pero nuestra anciana cuñada, Moraima, tenía otros planes, se apoderó de ella y ahí sigue.

Duerme, desayuna, almuerza, come y hace sus cosas en la mecedora, en mitad del salón, pegadita a lo que ha sido mi cama desde el día que la zarrapastrosa de Virginie puso un pie en mi hogar.

Lo que pretendo decir es que, mi cuñada, la francesa fea, recibió una carta de Hacienda, ahí, la citaban a las oficinas territoriales. Al leerla, por fin, se asustó y se comió la carta, tal cual, con sobre y todo, y era de esos que llevan la ventanita de plástico. Nos hizo estar unas cuantas horas en la sala de Urgencias esperando a que se lo sacaran, ya que no veía la luz ni por arriba ni por abajo. Todos cruzábamos los dedos esperando a que el cirujano cometiera algún tipo de negligencia, pero nada. El tío hizo un trabajo de diez. ¡Qué lástima! Esos son los mejores cobros.

Nunca pudimos leer qué ponía, pero yo, que de tonta no tengo ni un pelo, entendí que la habían seleccionado para una inspección de Hacienda. No podíamos arriesgarnos, así que activamos el protocolo de emergencia para estos casos y descubrimos todo sobre Mario Conde Narváez.

Nuestro nuevo objetivo era hacernos con los expedientes que poseían de mi cuñada y de mi pobre hermano Joan en el edificio de Hacienda.

Fui a lo fácil: había que seducirlo. De las dos, la que más posibilidades de éxito tenía, sin duda, era yo, pero el amor que le profeso a Antonio me impedía tan siquiera magrearme en pensamiento con nadie, ya no hablo de obra, por lo que engañé a Virginie y le dije que mediante sorteo le había tocado a ella, y la muy lerda se lo tragó, como el sobre.

Intenté adecentarla, sin éxito. La maquillé con ahínco, pero no había Dios que consiguiera disimular eso que ella llamaba lunarillo y exhibe encima de su labio, y no es otra cosa que casi un planeta adherido a su cuerpo. Siempre le digo que es asqueroso y putrefacto, pero sé con total seguridad que mi angustia se debe por tratarse de ella. Hay muchas vecinas que tienen y no me incomoda hablarles a la cara. Innové pintándole más lunares gigantes negros por el rostro, así, de manera causal, pero parecía un traje de faralaes falso.

Intenté convencerla de que abortáramos misión, e indagamos más en los gustos del inspector. De primeras, descubrimos que le gustaba seducir a jovencitas; le había tocado el pedófilo que velaba por las arcas públicas.

Cada mediodía acudía a un instituto, estacionaba su Audi color oro golfi desgastado en la misma puerta del centro, esperaba a que se abriera, mientras miraba cómo abandonaban el recinto los alumnos y, de manera aleatoria, recogía a una adolescente. Qué asco me dio descubrir sus «hobbies».

Lo teníamos pillado, haciendo de tripas corazón, decidimos chantajearlo, pero antes de hacerle llegar el primer sobre con las amenazas hechas con

recortes del Hola, vimos entrar a una de sus amantes juveniles en su trabajo. Nuestra sorpresa fue cuando escuchamos un: «¡Hola, papá!».

De nuevo, se me encendió la bombilla, mi cerebro parece la puerta de la Feria de Sevilla, siempre con ideas magistrales. Había que seducir a Conchita, que así se llamaba la hija camaleónica, que nos había hecho creer que siempre recogía con su coche a una diferente y comprobamos que siempre era la misma hija.

Estaba claro que ninguna de las dos servíamos para dicho propósito, puesto que en el hipotético caso de que Conchita fuera más de pescado que de carne, no veía yo muy de su estilo a la *desaboría* de mi cuñada, por lo que tampoco podría seducirla. Me volví a iluminar y ahí lo teníamos ante nuestros ojos, con sus piernecitas colgando del cojín del sillón, bebiendo cerveza y comiendo pipas. El Jonhy sería nuestro gancho.

Virginie, que en la vida ha hecho nada bien, en esta ocasión tampoco lo hizo. Mi sobrinito, que también vivía, cómo no, con nosotros en casa, tendría que engatusarla, pero era el vivo retrato de su insoportable mamá, hasta el «lunarcillo» había heredado. Si se la camelaba, estábamos salvadas, pues su suegro no iba a empapelar a sus consuegros; vamos, digo yo...

Jonathan, que también ha salido igual de espabilado que el tonto de mi hermano, no entendió a la primera el plan y mira que es el campeón del barrio del FIFA 15, pero lo sacas de las imágenes 3D y el ruidito de la música de los videojuegos y se nos pierde como la madre de Marco, la que desapareció en un puerto italiano al borde de las montañas; nunca supe qué fue de la señora. Debería de volver a ver la serie para recordar el capítulo final.

Estudiamos todos los movimientos de Conchita. Conocíamos, mejor que su señor inspector padre, sus horarios, todo, hasta el nombre de su mejor amiga. Jonhy solo tenía que coincidir un par de días a la salida del instituto antes de que se subiera en el Audi familiar.

Mi pequeño sobrino, a sus treinta años, no está del todo mal, quitando la cara pasillo que tiene, y viste con mucho gusto, muy a la moda juvenil de esta era que no hay quien la comprenda. Como es corredor de fórmula 1 en la Play, siempre va con chándal y gorra del revés, pero de marca, no lleva cualquier cosa. Ebrahime, el *negro ambulante* de nuestro barrio, le consigue las mejores falsificaciones, hasta el escudo del Madrid lleva el velcro cosido que casi ni se aprecia cuando se lo pega para tapar el del Barça. Son chándales que en la fábrica se han equivocado a la hora de confeccionarlos, llevan los colores de un equipo y el escudo de otro y es evidente que no los pueden sacar a la venta. Esto es información confidencial, si se enterara

Ebrahime que lo he ido largando por el barrio, estoy convencida de que me daría muerte con sus propias y descomunales manos raciales. Si algún día le llega a sus oídos que me he ido de la lengua, lo negaré con mucha elegancia a la par que miedo, pero jamás me delataré. Ese es otro de mis principios. Nunca confesar aunque me lleve la vida en ello.

Pues eso, que Jonhy logró, todavía no me lo explico, seducir a Conchita y empezaron a salir. Todo iba sobre ruedas, pero el niño nunca veía el momento de localizar el maletín de su suegro. Nos juró que no usaba, pero eso no se lo cree nadie, porque nosotras cada vez que lo habíamos perseguido, lo vimos.

Mi cuñada tenía toda la confianza puesta en su gorrioncillo, pero yo, antes de terminar la frase, cuando se lo proponía, supe que no iba a salir según mis planes.



Capítulo 7

¡Qué vergüenza! ¡Qué familia política de trastornados me ha tocado! No consigo entender por qué cuando llegó el momento, no fui capaz de irme con mis padres. De haberlo hecho, ahora sería madre soltera de un hijo y no madre casada de dos, potencialmente involucrados en el negocio este que nos va a enchironar a todos.

Hace ya unos cuantos años, treinta, ni uno más ni uno menos, para ser más exacta, llegó el gran día. Rompí aguas. No sabía qué era eso, pensaba que me estaba orinando encima porque el niño estaba presionando en algún punto de mi vejiga. Intentaba parar, pero no podía, era como un grifo abierto y después de estar tres cuartos de hora sentada sobre la taza del váter, gastar dos rollos y medio de papel, y tener a media familia aporreando la puerta, supe que había llegado el momento de ir al hospital.

Mi Duque no estaba en nuestra pocilga, llevaba unos días en los que entraba poco y salía mucho, supongo que se debía a que los nervios por su inminente paternidad le quitaban el sueño; eso, o que yo llevaba un par de semanas en los que no podía cumplirle en la intimidad de nuestro dormitorio. La cabeza de mi pequeño me presionaba y no tenía ni pizca de ganas de que me tocara. Él insistía en que podía solucionarlo con mis manos y no contento con eso, insinuó que podría aliviarlo con mi boca, me animaba diciendo que

lo «suyo» era bueno para mí, que me daría potencia, pero yo solo de pensarlo hiperventilaba, ¡qué asco! ¿Cómo iba a meterme eso que echaba líquidos en mi cavidad bucal? Cada orificio está hecho para una función, y la de mi boca no iba a ser chupar esa cosa peluda, lo tenía muy claro.

El caso es que mi marido no estaba, con Alfredo no iba a subirme al coche. Le había preparado durante los últimos meses de embarazo para que, si él era el responsable de llevarme al hospital, no lo haría con tacones; se pondría unas zapatillas deportivas sin plataformas, vamos, de las normales de toda la vida y no esas modernidades que hay ahora, pero llegado el momento, fue escuchar que me había puesto de parto y salió corriendo a calzarse sus *Pumps* más altos, decía que su sobrino no podía verle con pintas de andar por casa.

Mi cuñado Evelio no se había quedado muy bien de la cabeza y tenía temporalmente retirado el carnet, no iba a arriesgarme a que cogiera el coche, nos parara la guardia civil y tener que parir en un control, o peor aún, en el calabozo.

Mi suegra estaba en silla de ruedas, el último trabajito, dejarse atropellar por la bicicleta del repartidor de periódicos, no era muy complicado, sin embargo, algo salió mal. Ese día el chico iba subido en una moto de esas grandes y gordas y se la llevó por delante. Le partió los dos tobillos y un par de dientes por culpa de la caída en la que se dio contra el bordillo. Eso sí, la jugada le había salido redonda, ya que unos meses atrás se había partido un colmillo queriendo sacar un dinerillo al bar de tres calles más abajo mordiendo un bocadillo de pan duro, supuestamente, hecho por la hija del dueño, aunque en realidad, fue ella la que metió la mezcla en una barra que llevaba de hacía cuatro semanas. Total, que gracias al atropello, le habían arreglado los tres dientes. Ella no podía llevarme a parir en silla de ruedas. Que poder, podía, estaba loca por tener un nieto igualito a su hijo, pero no era viable.

Finalmente, «¿quién tuvo que llevarme a parir?». . . La zorra de mi cuñada y sí, digo zorra porque lo fue y mucho.

Empezaba a encontrarme mal, cada pocos minutos me entraban unos dolores que me partían en dos, Duque no aparecía y si quería que Carmen me llevara, había que esperar, pues tenía que hacer unos recados; ir al banco a ver si le habían ingresado una de sus últimas indemnizaciones, acercarse a comprar laca de pelo, ya que es adicta a ella y lleva años acumulando los botes vacíos en su habitación. Después ir a su médico a que le diera el alta definitiva de las roturas de sus dos dedos meñiques que se había producido,

intencionadamente, por supuesto, en una peluquería nueva que habían abierto hacía poco, y cómo no, comprobar que a la tumba de Brosito no le hubieran robado los maceteros comprados en el Todo a Cien, que se estilaban por aquella época, y cerciorarse de que las flores mustias continuaban adornando su parcelita. Vamos, recaditos de vida o muerte.

Cuando llegamos al hospital, la espera se hizo eterna, ya que la desgraciada tenía que ir saludando a todos los sanitarios de Urgencias. Es lo que tiene prácticamente vivir allí, que hace amistades y, según ella, hay que llevarse bien con los «compañeros» de trabajo, que nunca se sabe cuándo van a tener que testificar en un juicio.

Los dolores me estaban matando y cuando el doctor que me había atendido durante todo el embarazo, a regañadientes de mi marido, pues decía que mi zona íntima no tenía que verla uno cualquiera, me levantó la falda de escay, la cabeza de Jonathan ya asomaba.

Fue todo muy rápido, y en nada mi pequeño estaba entre mis brazos, ahí, con un lunarcito monísimo, igualito que el mío. Era precioso. El que sí tardó en llegar fue Joan. Como en aquella época todavía no había teléfonos móviles, no podía avisarle para anunciarle la llegada de nuestro retoño. Tres días tardó en aparecer y cuando se acercó a mí para preguntarme cuándo podríamos volver a mantener relaciones, lo supe. Olía a colonia barata. Había estado con otra mujer.

No sé qué me pasó, pero me volví loca y empecé a correr tras él por los pasillos del hospital con la zapatilla en la mano para atizarle. Me estaba engañando, me había sido infiel. Mis gritos, de sucio, guarro, y deshonorado, se escuchaban hasta en el depósito donde guardaban los cadáveres. No conseguí darle porque mi suegra se interpuso con su silla de ruedas con un enorme frasco de perfume que Joan había dejado olvidado con las prisas en casa.

«¡Qué amor de marido! ¡Qué detallista!». Ya no me olía a colonia barata de mujer, sino a perfume del caro, el aroma cambió en el interior de mis fosas nasales al averiguar que ese lo había elegido expresamente para mí. De los nervios no dejaba de rascarse sus partes nobles, pobrecito mío.

Volviendo al presente, la culpa de cómo nos encontramos ahora, la tiene mi cuñada. Tiene ideas que no hay por dónde cogerlas y lo peor de todo, es que se cree con más luces que la puerta de la Feria de Sevilla, eso es lo que dice a diario y ya me lo sé de memoria, aunque tiene menos que una bombilla *led* de bajo consumo del chino de enfrente de casa. No sé yo cómo vamos a salir de este lío.



Capítulo 8

Todo ha salido mal y cuando digo mal, posiblemente, me quede corta. Ya sabía yo que se iba a complicar la cosa.

Si ya lo decía mi señor padre: «No se pueden dejar en manos ajenas ciertas responsabilidades». Tantos años en el negocio, y ahora, el tonto a las tres de mi sobrino la ha pifiado, pero bien.

Nunca entenderé qué vio mi hermano en Virginie. Entiendo que se casara con ella porque lo engañó. Se quedó preñada de él y como este hombre nunca ha sido de los que filtrara, pues la llevó al altar. Y ahora el resto estamos pagando las consecuencias del ADN de mi sobrino. Siento ser repetitiva, pero si no lo digo, reviento como el lagarto Jaén.

He esperado años, la verdad, no sé por qué no lo dije antes, igual, pues para que mi amada, adorada e idolatrada madre no descubriera que Joan era un inútil, bastante tenía la pobreta con la pena de que Alfredo no le diera nietos, pero traía dinero a casa, que, al fin y al cabo, es de lo que se trataba. Igual no lo dije porque mi corazón albergaba la esperanza de que se terminaran separando.

Ella jura y perjura que lo ama, que es el hombre de su vida. Yo sé la verdad, la pobre no podía aspirar a nada en su país. Allí los hombres siempre han tenido fama de Adonis, de ahí que siempre creyera que mi Antonio fuese de ascendencia gala, pero salvo que hubiera sido adoptado por mis suegros, asegura que su linaje no llega más arriba de Denia.

Todo esto viene de que Joan y Virginie no están legalmente casados, ellos creen que sí, pero no es así.

El día de su enlace matrimonial con los dos pueblerinos como testigos, fue el día que Evelio atravesó la valla del Hospital General quedando en coma y el mismo día en el que el carrito de los helados... Bueno, que se vinieron todo lo rápido que les fue posible en un seiscientos amarillo que le dejó una prostituta que frecuentaba Joan, cuando al llamar a mamá para comunicarle que había desposado a Virginie esta le dijo lo malito que estaba Evelio. Nunca devolvieron el vehículo y hasta hace unos meses fue el coche oficial de la familia Navarrete y acoplados. Siempre me planteé llamar a los del Guinness, pero luego me enteré de que no pagaban nada y lo dejé estar.

La cuestión es que, a las semanas de haberse instalado como la mujer de mi hermano, la nuera de mi madre y mi asquerosa cuñada, llegó una carta de la parroquia del Niño Jesús Dormido. Necesitaban la firma de mi hermano, tenían que llevar los papeles al juzgado para que les formalizaran el libro de familia. Bueno, aquella carta la recogí yo. Ese día fue la primera vez que me convertí en Virginie, luego cada vez que lo he necesitado lo he hecho. Lo hago de tal manera que me meto de lleno en la mente de mi cuñada la fresca, que estoy convencida, que hasta sería capaz de engañar a Joan y no sabría que no se trata de su mujer, sino de su hermana mayor.

Como ninguno de los dos sabía cómo iba esto del matrimonio, hice mis tejemanejes. Solo necesitaba un libro de familia en el que dijera que estaban casados, y en el que, posteriormente, inscribieran al niño que venía en camino; de eso también me ocupé yo. Para ellos me convertí en la hermana abnegada que solucionaba todo lo relativo a la burocracia. Nadie puede vivir sin mí, soy la más culta y despierta de la familia, de eso no hay ninguna duda.

Confieso que ellos no están casados, ni mi sobrino inscrito en el registro —entono el *mea culpa*—, y que la paga por minusvalía que reciben mes a mes es del hijo de la vecina, que, curiosamente, se llama Juan Navarrete. Vive en el segundo izquierda.

Os pongo en antecedentes.

La pobre vecina, cuando dio a luz a su pequeño en la más de las estrictas soledades, con tan solo veinte años, a la matrona se le cayó al suelo, —me refiero al bebé, no a la chica—, dejándolo lisiado de una de sus piernas.

Como era madre joven e inexperta, me ofrecí a acercarme a los juzgados. Incluso, me tomé la libertad de elegirle el nombre. Ella me comentó que quería ponerle Cary Grant Mirete, es evidente, que por el actor, sin embargo, no iba a consentirlo, me había convertido en su Hada Madrina y no aceptaría

de ninguna de las maneras que en el colegio fuera el blanco de todos los matones, y también porque de haberse llamado de otra forma mi plan no habría funcionado. La gran inteligencia es una de mis mayores virtudes. Así que, por mi cuenta y riesgo, lo bauticé con el nombre de pila de mi hermano. Algo en mi interior me gritaba en silencio que aquel niño tullido era mi medio hermano de sangre; mucho subía mi padre a arreglarle el termo.

Cuando me entregaron el libro de familia, le conté una milonga, le dije que había puesto en la casilla de padre el del mío propio, para limpiarle un poquito la reputación. Ella, de primeras, se sorprendió, pero mi velocidad mental, otra de mis virtudes, enseguida, le explicó el motivo. Lo recuerdo como si fuera hoy.

«Purita, hija, qué iba a pensar tu chiquitín cuando fuera mayor y en el colegio lo señalaran con el dedito para burlarse de él por tener un papá desconocido».

Y así fue como el niño cojito se convirtió en Juan Navarrete Mirete. No tuve nada que ver en lo poético que quedaba la combinación de apellidos, pero me resultaba melódico.

La cuestión es que hablé con papá, por aquel entonces todavía no se había enganchado el pie en el agujero cayendo sin vida a las vías del tren. Qué pena más grande cuando me acuerdo, nos lo entregaron a trocitos, en realidad no lo vimos, pero siempre que cuento la historia digo esto y ya es la costumbre. Continué con lo de mi medio hermano, que el tema de papá aún lo tengo muy reciente después de treinta y dos años.

Le expliqué mi plan. Si se hacía cargo del niño, no tenía que pasarle pensión, pues para Purita había sido todo para salvaguardar su reputación, y jamás le reclamaría nada legalmente. Papá sonreía mientras muy atento me escuchaba; siempre fui su ojito derecho.

Después le revelé que aquel hijo «suyo», que lo era biológicamente y que solo yo había averiguado el secreto, cobraría una paga del Estado, pues siempre necesitaría una muleta para caminar, y si nunca llegara a hacerlo, el caminar, pues iría en silla de ruedas y podríamos reclamar un piso con ascensor, pero no tuvimos tanta suerte. Purita nos salió madre coraje y se desvivía por ese crío. Tanto empeño le puso, que hasta consiguió que Juanito jugara al fútbol en un equipo de tercera división regional.

Eso tampoco fue un problema, lo único es que no nos concedieron la casa. Me refiero a que, como ella nunca supo que le tramité la minusvalía, pues no veía nada raro. Puse el número de cuenta de mi hermano Joan para que le ingresaran el importe y luego cada día cinco, iba con su cartilla y hacía una

retirada en efectivo; me disfrazaba de fea para hacerme pasar por Virginie. Sin entrar en muchos detalles, que no son necesarios para comprender por qué motivo mi sobrino no ha necesitado ser minusválido para cobrar la paga. A mi hermano le decía que su Jonhy era minusválido para empezar a aportar algo al clan familiar. Y eso para él era toda una honra. Su hijo dejaría el listón bien alto, —aun siendo el enano de la familia, no por edad, pero sí por centímetros, que no llega al uno treinta y ocho—, sin mover el culo del sillón. Digamos que, el chiquillo se había desentendido del negocio, pero lo teníamos en nómina. Siempre les dije que se tenía que llamar Juan por el sentimiento patriótico, que mi cuñada no tiene el mismo que nosotros. En casa le dije que ella lo llamara como quisiera, pero que oficialmente el niño venía inscrito en español.

Yo me valía del verdadero Juan para hacerlo pasar por mi sobrino, es un lío, pero mi mente empresarial siempre lo tuvo todo muy claro.

En casa teníamos el libro de familia falso que me hizo Rogelio, un timador del barrio, ese lo tenía guardado en la mesilla de noche mi cuñada, y cuando hubo que matricular en el colegio a mi sobrino, pues me encargué yo. Como en aquella época no usaban los ordenadores, lo inscribí en un colegio tres barrios más alejado de casa, y los dos niños, con tres años de diferencia, eran la misma persona. El lío vino cuando tuve que sacarle el DNI a mis dos sobrinos, porque Joan volvió a tropezar con la misma piedra y dejó de nuevo embarazada a la rancia frígida de mi cuñada. Tampoco fue problema, porque a Juanito lo fichó un equipo de fútbol de la Toscana y ya no vivía cerca de nosotros y usamos su DNI, aunque el cómo lo logré es otra historia que por el momento no revelaré.

Y todo esto viene a que no están casados, y como continuó indignada con mi cuñada, se lo pienso decir a mi hermano. Y será libre para darle la patada. Total, nadie la iba a echar en falta en casa. No aporta nada, solo hace gasto para comer, beber y mear.

Quiero que mi hermano la mande de vuelta a Marsella, de donde jamás debió partir. Y ya veré yo cómo soluciono lo de la hija del inspector de Hacienda.



Capítulo 9

Resulta que la tiparraca de Carmen, esa odiosa mujer de mechas oxigenadas y pelo cardado, se ha emperrado en que mi Pacorro tiene que seducir a la Jessy, la cajera del supermercado de la esquina de atrás de casa. Quiere hacerse con sus datos porque, por culpa de ella, perdieron un negocio redondo. Necesita su DNI para urdir un plan de ataque.

Yo sé que es porque tienen una pequeña contienda con los del súper por un tema laboral del que no quedaron satisfechos mis cuñados, y esto no es más que una venganza.

No comprende que mi Pacorro no tiene demasiado tiempo libre. Es un chico adorable y es tan querido por la gente del barrio que constantemente está recibiendo visitas en casa. No me gustan nada las amistades que lo frecuentan, todos llevan los ojos muy enrojecidos y no estudian, tampoco trabajan. No hacen nada que no sea venir todos los días a darle dinero a mi hijo, «¡qué amistades más raras se hacen aquí en España!».

Vienen, llaman al timbre, suben, ven a Pacorro, le chocan la mano, le dan dinero y se van por donde han venido. En Marsella los amigos se toman algo contigo, te cuentan sus vidas, te invitan a los cumpleaños, pero aquí no. Luego dicen que la rara soy yo.

Rara no lo sé, pero inteligente, mucho más que la Carmenchuela de las narices. He tenido un plan brillante, más todavía que el arroz ese que no se pasa y que en realidad está duro como una piedra. Es un secreto entre él y yo, a veces no hay que desvelar los ases que tenemos bajo la manga y mi hijo pequeño, es mi As de Corazones, Pacorro Melenas, el terror de las nenas. Sé que es capaz de engatusarla y enamorarla para que ella le cuente qué sucedió de verdad, sin necesidad de robarle el DNI.

La historia de su pelazo no viene de ahora, ni de hace un mes, ni un año, ni diez, sino de hace veinticinco. Ya en las ecografías apuntaba maneras y eso es algo que siempre le ha consumido a mi cuñada, que a mi niño desde las ecografías se le viera que iba a tener un pelazo, rizado y negro como el azabache, bueno, lo del negro lo suponía yo, ya que las imágenes que nos entregaba la matrona eran en tonos blancos, negros y grises, era algo con lo que ella no podía vivir.

Siempre ha querido tener hijos con el pelo del Dioni de Camela, pero se ve que mi cuñado Antonio, muy fértil que digamos, no era. Yo le decía el Nenuco, y no por su calva, sino porque sus espermatozoides eran vagos. Nunca me extrañó, el tío se agenciaba los trabajos en los que la recuperación era en cama y de los más duraderos, no se levantaba ni para mear, mi cuñada robó una botella de esas de plástico en el hospital. Ahí, ahí, en vez de achucharlo para que se moviera un poco más, se lo daba todo hecho.

Supongo que estuvieron varios años en tratamiento de fertilidad, en los que fracasaron en su objetivo. Ellos dicen que no, pero yo creo que mi sobrino Evaristo no es hijo de Antonio, si hasta denunciaron a la Seguridad Social alegando que era estéril, y les pagaron una pasta por haber certificado en un papel que lo era y meses después, vino ella con el bombo. Siempre pensé que la raza humana era demasiado inteligente como para darles un hijo a ese par de estafadores, porque eso es lo que son, estafadores, pero me equivoqué, de nuevo, la hermana de mi Duque burló a las leyes de la naturaleza. Y Antonio es mucho peor que Carmen, que conste, ese es capaz de vender hasta los órganos de su madre en el mercado negro por una buena cantidad de dinero.

La naturaleza fue muy sabia con él, que no es por meterme con nadie, bueno, con ellos sí, que viven haciéndome la vida imposible y creo que Carmen, a veces, se hace pasar por mí. He visto en su mesilla de noche, la que tiene en la habitación de mi suegra, no en la del comedor, una cajita con bolitas negras, encima hay escrito «verrugas postizas», que no entiendo por qué, pues yo de eso no tengo, la cuestión es criticar mi lunar seductor a lo

Cindy Crawford. Si ya lo sé yo, se muere por parecerse a mí y ya no sabe ni qué hacer.

El caso, que siempre me desvió, es que mi niño tiene un pelazo precioso. Por si hay dudas de por qué lo tiene así, os diré que soy yo la que se lo cuida, porque si tuviera que ser por él que solo se ducha una vez a la semana, lo tendría hecho un estropicio. Hace un par de meses empecé a preocuparme porque le vi dos canas mientras lo bañaba; sí, tiene veinticinco años, pero lo baño yo, que así me aseguro de que se dé bien con la esponja y se ponga correctamente la mascarilla capilar para que haga su efecto.

Lo dejé ahí, con un poco de miedo por si se escurría y se daba un golpe en la nuca, que luego todos los ansias de mis cuñados querrían idear algo para sacar tajada con los de Roca, la marca de nuestra bañera, o con los de Aguas Potables, alegando que el agua era muy escurridiza. Fui corriendo al chino de enfrente:

—¡Buenas tardes, Chin Lu! —Era asidua a comprar ahí y ya me sabía su nombre a la perfección.

—¡Buenas *taldes*, *Vilginie*! ¿Cómo está usted?

—¡Qué *salao* eres! Pues mira, un poco preocupada.

—¿Y eso? ¿En qué te puedo *ayudal*? —Siempre tan servicial este chino.

—Un rotulador permanente capilar.

—¿Un qué?

—Un rotulador para pintarle dos canas que le han salido a mi niño, el pequeño.

—Eso no existe, *mujel*.

—¿Cómo qué no? Que sí, que en los chinos tenéis de todo.

—Que no, que de eso no hay. No *quelá* un tinte. De eso sí *tenel*.

—¿Qué dices? Eso le estropeará el pelo, seguro que estás compinchado con mi cuñada. Ni hablar, quiero un rotulador permanente.

—*Los tiene tú en pasillo de papelelía*, aunque eso no va a *selvil* de nada.

—Perfecto, voy para allá.

Había demasiados rotuladores negros para elegir y estaba muy dubitativa, ya que no sabía por cuál decantarme y entonces lo vi, entre los fluorescentes y los portaminas, «rotulador negro lavable de punta fina de cero coma cuatro». Por lo tanto, solo se iría si le lavaba el pelo, ¿no? Las dos canas estaban muy bien situadas para mantenerlas a salvo del agua, él podría sujetarlas con la mano mientras yo me encargaba del resto. Lo que no me quedaba muy claro

es si podría echar sérum sobre la tinta, ese producto no necesitaba enjuague y así los dos pelillos rebeldes brillarían al igual que el resto de su preciosa cabellera. ¡Qué inteligente soy! ¡Qué gran pérdida de mujer para Marsella!

Pagué el rotulador, muy barato, por cierto, y me fui de inmediato a casa, preocupada por si el niño se me resfriaba de estar metido en el agua. Al llegar, Pacorro había sido muy listo, estaba en la bañera, con su móvil metido en una bolsa hermética para que no se le mojara y hablando con la Jessy, en una mano y con un cigarro de esos que huelen raro en la otra.

—Hijo mío, este tabaco huele fatal.

—*Maa*, ya sabes que me lo traen de Holanda y no es como el de aquí del barrio, este es especial.

—Ya claro, con lo que nos cuesta, qué menos que ser especial. —Ya me había puesto manos a la obra y las dos canas se habían cubierto muy bien.

—*Maa*, entonces, ¿tengo que tirarme a la Jessy? Dicen en el barrio que se abre rápido de piernas.

—¡Ay, hijo! No hables así, eres un maleducado. —Cada vez pesaba más y sacarlo del agua me estaba haciendo polvo los riñones—. Al final tendré que lavarte la boca con un estropajo y lavavajillas concentrado.

—Pero si ese era el plan, enamorar a la pava.

—Enamorar, tú lo has dicho, no tirártela. ¡Qué bajeza de palabrerío!

—*Maa*, a mí la tiritita esa del Bob Esponja que lleva en la ceja para tapar el *piercing* no me gusta.

—Es muy guapa.

—¿Guapa? Pero si es más fea que los pies de otro por debajo.

—Tienes que conquistarla, ya lo sabes.

—Pero si con esa cara tendría que conquistarme ella a mí, viene de Mordor. *Maa*, ¡qué sabe de batallas!

—Deja de decir tonterías y estate quietecito, que no puedo cortarte las uñas y al final, vamos a tener un disgusto.

—Entonces, ¿me la follo o no?

Y así fue cómo mi precioso Pacorro consiguió los datos, bueno, así, no sé si haciendo el amor o no con Jessy, y con unos pendientes de esos de *golfi*. Que la niña nos había salido materialista y decía que le comprábamos unos aros de oro del bueno del tamaño de un columpio de canario o le contaba a Carmen que era la novia del niño. Y se hubiera considerado alta traición familiar con pena capital. Nunca lo hubiera entendido, pues él solo tenía que conseguir sus

datos y desaparecer para siempre de su vida y no ponerla sobre aviso de lo que pretendía hacer la asquerosa de la hermana de mi querido Duque.

No esperaba que mi niño fuera a ser tan tonto, teníamos un plan secreto, aunque la Jessy nos la había jugado.

En cuanto la niña tuvo los columpios y pudo comprobar que la habíamos engañado, pues mi Pacorro es buen niño, pero si algo le pierde es la boca, parece ser que le dijo algo así como: «Ay, y la *maa* pensaba que no me ibas a dejar coger tu DNI», le faltó tiempo para ir con el cuento a Carmen.

«¿Cómo iba a saber yo que esta iba a llevar los aros a un Compro Oro?». Tanto pendiente, tanto entusiasmo y su única intención era jugárnosla. Lo peor de todo no es que mi Pacorro tiene roto el corazón, que siente que la vida no tiene sentido y he tenido que esconder todas las cuchillas de afeitar, sino la vergüenza que me hizo pasar la estúpida de mi cuñada.

—¡Oye, fresca! —Estábamos esperando a que llegara nuestro turno de comida, ya que éramos muchos en casa y no teníamos suficientes sillas.

—Me llamo Virginie, no fresca, ¿cuándo te vas a enterar?

—Virginie, fresca, ¿qué más da? Al tema, que me quieres hacer el lío.

—¿Qué quieres, pesada?

—Que empieces a respetar un poquito el honor de la familia.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Sabes lo de la Jessy?

—¿De qué estás hablando? —Tenía que hacerme la disimulada, aunque lo mismo era otra cosa lo que me quería comentar.

—Pues que tu hijo la ha preñado.

—¿Mi Pacorro? —Sentí una puñalada en todo el centro de mi corazón.

—Pues claro, no va a ser el otro.

—Eso es imposible. Mi niño no va por ahí dejando embarazadas a las mujeres.

—Mira —me dijo mostrándome una fotografía en su móvil—. ¿Lo ves? Ahí está la prueba.

—Pero si eso es una prueba de embarazo.

—Sí. Es de la Jessy. Así que come rápido, que nos vamos a hacerle una visita. Te advierto que nuestro objetivo principal es acceder al cuarto y hacernos con las grabaciones de aquel día, y después, aclarar este pequeño malentendido que crece cada día más.

De verdad, mi hijo parecía tonto. Le había dado los pasos a seguir anotados en un *ticket* de la compra, no tenía que tocarle ni un pelo y si lo hacía, después de nuestra pequeña conversación en el baño, debería de ser con protección.

Evidentemente, nos presentamos en el supermercado en hora punta, ya que es cuando Carmen puede tener más probabilidad de accidentes. Habíamos planeado tener un altercado en la caja con ella, con la de los aros, para que apareciera el encargado y nos llevara al cuarto ese que está siempre cerrado con llave, a saber qué cosas esconden ahí.

A punta de palo de una escoba, en el pasillo de la droguería, entre los detergentes y la lejía, pudimos acorralarla, estaba reponiendo. En sus ojos se veía la mentira y el engaño, era una bruja. Ella empezó a gritar desesperadamente llamando la atención de todo el mundo con una única intención, hacer que el encargado diera la voz de alarma. Menos mal que el hombre, un señor de piel blanquecina pecosa y pelo del color de las zanahorias caras de la frutería, puso paz. Nos llevó a las tres al tan ansiado cuarto secreto y tras comprobar que allí no había nada más que una mesa desordenada, un *pack* de yogures caducados, una caja fuerte inmensa y el cuadrante de horarios de los trabajadores, y ver que no era la sala en la que estarían las cámaras de seguridad, pudimos sacarle a la Jessy la verdad, entre lágrimas y haciendo un papel digno de Oscar a la mejor actriz.

La muy listilla solo quería los oros de mi Pacorro y sacarle dinero para una moto de color rosa chicle con altavoces. Se rumoreaba por el barrio que el niño percibía ingresos de dudoso origen, pero si mi hijo es un trocito de pan incapaz de cometer delitos, lo que había que escuchar... No había embarazo por ninguna parte, era todo mentira y la prueba la había comprado por Wallapop, al igual que el lote de barrigas falsas de mujer embarazada, a muy buen precio, por cierto. La vendedora le había dicho que era imposible que la pillaran, pero claro, colárnosla a nosotras era muy complicado.

Yo estaba de los nervios, enfadada, histérica y con instintos homicidas, esa muchacha quería aprovecharse de mi hijo, y por supuesto, no iba a consentirlo. En cambio, mi cuñada estaba feliz y pletórica, con los ojos haciéndole chiribitas, el símbolo del euro se veía en ellos, decía que la Jessy era perfecta para el negocio, que era muy inteligente y que quitándole esa tiritita horrorosa de Bob Esponja de la ceja, parecería «normal».

Siempre igual, llevándome la contra en todo. «¿Se podía ser más cruel?».

Discutiendo, nos volvimos a casa y tras ver que iba a ser imposible hacer cambiar de opinión a la oxigenada de Carmen, me senté en el sofá que Evaristo había subido de un contenedor. Quitando lo de los agujeros del

tamaño de naranjas y lo de la pata que le faltaba, estaba en muy buenas condiciones. Mi cuñada decía haberlo restaurado, pero tapar los agujeros con trozos de una cortina amarillenta comida por las polillas y sustituir la pata por un par de tomos de una enciclopedia con más años que yo casi, no se podía considerar restauración.

Había llegado justo en la sección de sucesos de Ana Rosa, mi preferida y con una bolsa de patatas fritas, me tumbé en nuestro nuevo sofá.



Capítulo 10

Fui consciente de la realidad y decidí pillar al toro por los cuernos, no me quedaba otra. Después del acalorado encuentro con la cajera del súper, fui consciente de que no podía dejar los asuntos de familia en manos inexpertas; los principiantes siempre la fastidian. Sin andarme por las ramas, le pedí a mi cuñada que teníamos que acudir a casa de Mario Conde Narváez. Y así es cómo comenzó toda esta pesadilla.

—¡Eh! Tenemos que hablar —le dije a mi cuñada que estaba tirada en el sofá viendo a Ana Rosa.

—Sí, sí, luego —la muy perra me respondió sin mirarme.

—¡Ahora! Tu hijo la ha liado parda y hay que solucionarlo.

—¿Pacorro? Pero, ¿no acabamos de arreglarlo? —preguntó con la boca llena de patatas fritas.

—Hablo del Jonhy, hija, del Jonhy.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Yo no puedo con vosotros. Ya sabía que iba a ser muy mala idea mandarlo a por el maletín. Si es que no sé por qué me involucro en vuestras cosas. Con lo sencillo que hubiera sido que os abrieran una inspección y que os mandaran a Fontcalent. Total, seguirías sin mover un dedo, pero no nos costarías nada y ganaríamos un dormitorio.

—Deja ya de mentir. Sabes que no lo hiciste por nosotros, sino por la alfombra de Túnez. Nunca haces nada si no obtienes un beneficio a cambio.

Carmelucha, que ya son muchos años compartiendo cuchitril.

—A mí no me llames así, Virginucha de los huevos. Mueve tu culo, tenemos que hablar con Mario. Te he dicho que el Jonhy la ha liado y esta vez es para toda la vida. ¡¡Reacciona, perra del Demonio!!

Conseguí despertar su curiosidad. Se incorporó y mientras se colocaba una bata de guata de nuestra cuñada centenaria, que observaba muy entretenida nuestra charla dándole vueltas con la lengua a su dentadura postiza como el que juega con un yoyó. Una vez que la tenía anudada a su desproporcionada, abultada y deforme cintura, con respecto al resto de su cuerpo de gallina vieja, se chupó las palmas de sus manos, para, acto seguido, pasárselas por los cuatro pelos mal puestos que su genética defectuosa le había regalado. Lo agrupó en un manojito y se hizo un pirri con una cucharilla del café que encontró entre los cojines del sofá.

—Lista —le iba a contestar, pero entendí que se refería, no a mi coeficiente intelectual, si no a que estaba preparada para acompañarme.

Como bien dice ella, «ya son muchos años compartiendo cuchitril», sabía que no tendría reparo en salir a la calle, así, tan «mona».

Robé las llaves del Vespino que mi hermano Evelio tenía aparcado en el recibidor de casa, —desde hacía un mes, trabajaba como repartidor en una empresa *online* de pintañas a domicilio— y sin perder tiempo para encontrar el casco, nos marchamos.

—Tú, no abras la boca. Déjame que me aclare con el hombre —le decía melena al viento, pilotando el ciclomotor a diez por hora, surcando las calles del barrio.

—Pero ¿me vas a decir ya de una vez qué ha hecho el niño? —me gritaba bien pegada a mi espalda, clavándome el nudo del cinturón de la bata y echándome el aliento a patata frita, que olía a cloaca, en toda mi oreja. Daba igual que el aire abofeteara mi dulce rostro, su olor se impregnaba en mi epidermis sin poder yo evitarlo.

No le respondí, no quería saltarme la salida de la rotonda, pues según las indicaciones de mi cuñada, estábamos a un paso de llegar a nuestro destino. Paré el Vespino, bajamos y nos fue sencillo dar con el lugar. Decidida, pulsé el botón del timbre de la puerta del chalet adosado del inspector, esperamos pacientes a que nos abriera alguien.

—¡Buenos días! Necesitaría hablar con el señor de la casa —informé muy educada con el tono solemne que pongo en los juicios a los que asisto cuando me han acusado de estafa.

—Ahora mismo no se encuentra, pero dígame, ¿qué sucede? —Una señora de unos... más joven que la mujer de Evelio, nos hablaba a través de la verja. Le podíamos ver la cara desde la valla.

—Será un segundo. Prometo no robarle mucho tiempo. Abra.

Parecía que la puerta se había atascado y era imposible abrirla. Salté con las manos sobre Virginie. Me subí a sus hombros presionándolos con mis botas. No me importaron sus alaridos e impropiedades hacia mi persona, pasé los codos por la parte superior de la puerta de hierro forjado, creo que de la época Victoriana, y obviando los gritos de la propietaria de la vivienda, que amenazaba con avisar a la policía mientras se encerraba en el interior de su casa, dejé vencer todo el peso de mi cuerpo hacia la parte del jardín, cayendo a tierra en un golpe seco.

Me di un buen batacazo y bien sabía que no iba a recibir euro alguno, porque no podía alegar nada en contra de los dueños de la casa. Sin embargo, me decía a mí misma que me comportara igual que cuando sé que voy a cobrar, así, al menos, mitigaría mi dolor.

—Señora, pero no nos cierre —le gritaba desde el suelo mirando al marco de la puerta que ya no estaba entornada. Ahora, podía verla a través del cristal que había junto a su puerta, en el porche. Asomaba un ojo y veía cómo se acercaba a la oreja el teléfono móvil y también escuchaba sus berridos; los suyos y los de Virginie.

—Déjame entrar, Carmen. Si vas a hablar de mi hijo, creo que me corresponde estar presente —gritaba la «francesita».

—No te metas, cuanto menos sepan de ti, mejor. Hazme caso. Corre, ve a casa. Si no he llegado a la hora de comer, avisa a los chicos —le decía entre quejíos—. Dile a Antonio que lo quiero.

Nada, parecía no entenderme, siempre presumiendo de bilingüismo, y ahora su comprensión española se había volatilizado en cero coma. Me incorporé y con cara de terror, mientras comprobaba que no estaba sangrando, pude percatarme de que había chafado a una rata en forma de perrito faldero, «con lo limpio que parecía el vecindario».

Alcancé las escaleras del porche, subí reptando, la señora propietaria seguía controlándome por el hueco que dejaba su cortinita floreada de alto *standing*. Podía masticarse el silencio que nos envolvía en aquellos eternos segundos.

—Sé que me está espiando. Solo quiero hablarle de su hija. Ella... Ella y mi sobrino van a ser padres. Solo venía a presentarme, entendí que hoy sería

un buen día. ¡Señora, que vamos a ser familia! No se niegue a las evidencias. Qué mejor que empezar a ser amigas ya.

—He avisado a la policía. Están de camino. —Ella empecinada en no aceptar la alianza que yo le ofrecía.

—Al menos, podría decirme cómo se llama. —Intentaba tener una actitud amigable. Sabía que no estábamos en igualdad de condiciones. Mi aspecto físico se había visto afectado y no me sentía con fuerzas para aporrearle la puerta—. ¡Yo me llamo Carmen, señora! Tan solo, dígame con quién tengo el gusto de hablar, es sencillo.

Comencé a llorar, y nada. Me acurruqué convirtiéndome en un ovillo, con la intención de girar de un lado a otro a modo peonza llorica. Estaba claro, la forma en la que le había entrado no fue muy de su agrado, así que tenía que pensar cómo darle pena. Esa mujer se mostraba, en apariencia, insensible a las desgracias. Al menos, a las mías. Parecía tener el corazón, en el caso de que tuviera uno, de titanio. Si no se había apiadado de mí al caer desplomada desde lo más alto de su puerta de hierro forjada, iba a ser un hueso duro de roer. «¿Sería de esas que no empatizan con el prójimo?».

A mi cuñada hacía un buen rato había dejado de oírsele. Barajaba dos posibilidades, que se hubiera muerto del aburrimiento, y hubiese quedado frita junto al Vespino; ella es de sueño profundo e inmediato. Aunque lo mejor para el mundo, habría sido que fuera de verdad, de muerte natural, de cuando se deja de respirar para los restos, pero no iba a tener tanta suerte o que, por el contrario, por una vez en su puñetera vida, me hubiera obedecido marchándose a casa para avisar al resto del clan.

—Perdone, no creo que haya llamado a la policía. Sé que esto está en el culo del mundo, pero aun así, deberían de estar aquí ya. Le pido que me atienda, si no quiere salir a recibirme como Dios manda, qué menos que lo haga desde la ventana. Verá, yo le cuento y usted me escucha, querida desconocida sin nombre.

Me vi en la obligación de ser todo lo sincera que mi plan me lo permitía. Comencé diciéndole que mi sobrino y su hija eran pareja, que se amaban y que tanto amor desprendieron, que un Navarrete se gestaba en el vientre de su adinerada vástaga.

Ahí fue cuando la señora, hasta el momento tímida y comedida, envuelta de furia y embargada por la ira, descorrió la hoja de la ventana hasta el otro lado y, gritándome todo lo malo e insultante que le venía a la mente, me lanzó cosas, pidiéndome que me marchara. «Ni que hubiese sido yo la que le había hecho el bombo a Conchita». Entendí su dolor y su drama, por ello no

reaccioné actuando en su contra. Entendí que tenía que soportar su reacción, pues hasta que ella fuera capaz de procesar mi revelación, yo debía de aceptar su cólera convertida en objetos que chocaban contra mi cuerpo.

Nunca comprenderé a los padres que se piensan que sus hijos son unos santos y luego son lo peor de lo peor. «¡La golfería no entiende de clases! ¿Cuándo lo aceptarán?».

—¡Fuera de mi casa! Dígale a su sobrino que se olvide de volver a ver a mi hija. En cuanto su padre se entere, la va a matar y si sobrevive, la enviará a un internado a Suiza y a ese mal nacido que la ha dejado embarazada más le vale salir del país si no quiere que lo asesinen. Como sea mayor de edad, a la cárcel que va de cabeza. ¡Ay, mi niña!

«Mayor de edad dice...».

Aunque en el DNI falso que lleva en su cartera dice que tiene treinta y dos años y biológicamente, el Jonhy se calce sus treinta, muy mal llevados, por cierto, en tamaño bien podría pasar por un niño de doce, pero de baja estatura. No sabía si eso le serviría para salvarse de las amenazas de la señora esposa del inspector.

—Señora Conde —decidí llamarla por el nombre de casada, así, sería más ceremonioso mi discurso—. Pero ¿qué cuántos tiene su niña? Si no le dejara vestirse de esa manera, aparentando que tiene veinte años, luego no vendrían los lamentos, que la señorita bien que tenía una potente delantera.

—Pero... ¿Usted a quién busca? —¿Cómo? ¿De qué está hablando? Me puse en pie aturullada por lo que acababa de escuchar.

—Yo, al señor Conde, a su Ilustrísimo Inspector Señor Conde Narváez — fue decir esto y comencé a oír unas sonoras carcajadas, la puerta se abrió de par en par y sentí cómo el suelo del porche retumbaba en mis oídos. Puso la punta desnuda de su dedo gordo del pie, pegadita a mi nariz, con una impecable pedicura francesa, todo sea dicho de paso; es posible que fuera cliente de la empresa donde trabajaba Evelio. Quiero recordar que yo seguía en tendido prono para darle más pena a la suegra del Jonhy y por eso podía admirar sus extremidades inferiores.

—¡Madre mía! Por un momento temí que a sus trece años, Almudena me fuera a hacer abuela. Qué susto más grande. Pero levántese, mujer. Le acompaño en el sentimiento por lo del embarazo no deseado, o no, que lo desconozco y tampoco me importa, de su sobrino. Siento comunicarle que se ha equivocado de casa —me decía a la vez que me ayudaba a ponerme en pie.

Todo me daba vueltas. Saber que mi salto mortal no había servido para nada hizo que toda la adrenalina que suelo sentir en los momentos más

culminantes de mis trabajos, se me esfumara mostrándome débil y obligándome a llorar a lágrima viva.

—¿Aquí no vive Mario Conde? —pregunté muy apenada.

—No, mujer. Vivo en la Calle Mario Conde. —¡Maldita Virginie!

—Entonces, ¿usted no tiene ninguna hija que se llame Conchita?

«Madre mía del Señor de las Confusiones. ¿A quién hemos estado espiando? Y sobre todo, ¿a quién se ha beneficiado mi sobrino?».

Seguí llorando, sin cesar, lo que duró el camino de vuelta. No era capaz de parar, no encontraba consuelo alguno.

Hice el recorrido en el Vespino, tiritando de la pena y lanzando a la calzada mis fluidos corporales, lágrimas y babas a partes iguales; no me deshidraté porque el destino no tendría tiempo para enviarme ese castigo, ya se había burlado bastante de mí.

Me veía metiendo en casa a dos más. Si Conchita era de una familia humilde, terminaría viviendo con su bebé en casa. Otros dos más que alimentar.



Capítulo 11

Estaba cansada de esperar. Para ir de misiones secretas con mi cuñada hay que tener mucho estómago. Siempre quiere tener ella el protagonismo y cuando no le interesa, te aparta, te deja fuera, como ha hecho hoy conmigo.

He empezado a andar, por la acera, eso sí, que yo no suelo ir buscando situaciones con las que beneficiarme de algún seguro, y he llegado hasta una zona muy concurrida en la que había un pequeño comercio que me ha hecho ponerme nostálgica.

He visto en el escaparate varias bandejas de *macarons*, una especie de galletas dulces francesas hechas con almendras, claras de huevo, azúcar glas y de la normal. Había de todos los colores. Por alguna causa de fuerza mayor, me había olvidado cuál era la misión que me había encomendado la Carmelucha y he entrado en la pastelería.

Así, a ojo, la dependienta debía rondar la misma edad que yo y con atrevimiento, la he saludado en francés. Ella me ha mirado y ha sonreído, y eso me ha hecho darme cuenta de que me entendía. ¡Por fin había encontrado a alguien con quien poder practicar mi idioma de origen!

Con confianza, me he servido varios *macarons* del escaparate en un trozo de servilleta que he visto sobre una de las mesitas. Se trataba de una pequeña cafetería y no de una tienda de dulces franceses. Me he sentado a su lado,

junto al mostrador y he empezado a contarle mi vida desde que llegué a España, algunas cosas las he obviado, por supuesto, no quería involucrar a la familia con sus fechorías. Le he hablado de cómo conocí a la familia Navarrete, de mis hijos y de que eran un ejemplo a seguir en la vida. De mi boda y de que vivía en pecado y por supuesto, de mi cuñada y de lo que me ha complicado la vida su existencia.

Ella no me respondía, solo hacía un gesto de afirmación con la cabeza invitándome a proseguir con la gran historia de mi vida. Siempre he sabido que mi existencia daría para muchos capítulos de una serie en Telecinco.

Con más confianza todavía que la vez anterior, me he servido más dulces, incluso, un chocolate bien calentito. El ser originarias del mismo país, unía mucho.

Sabía que pasaría a ser mi nueva mejor amiga, el paso de los años había hecho que Amandine y yo estuviéramos más distanciadas, y no por los kilómetros que nos separaban, sino porque apenas hablábamos por teléfono.

Se me saltaron las lágrimas y disculpándome, fui al baño para limpiármelas.

—Bueno, pues yo ya me voy a ir yendo —le he dicho en un perfecto español.

—¡Ah! Pero, ¿sabe hablar usted español? —me ha preguntado sorprendida.

—¡Uy! Pues claro. ¿No te pensarás que después de tantos años no he aprendido? Además, ya te he dicho que empecé a aprenderlo en el colegio y mi abuela solo me hablaba en castellano.

—Espere un segundo que le saco la cuenta. —Se giró hacia la máquina registradora y empezó a darle a todos los botones como una loca—. Pues todo sería treinta y ocho euros.

—¡¿Treinta y ocho qué?! —grité.

—Euros.

—¿Euros de qué?

—De los *macarons* y del chocolate que se ha servido usted misma y se ha tragado en un santiamén.

—Eso ya lo sé —repliqué enfadada.

—Pues entonces, ¿para qué pregunta?

—¿A tu nueva mejor amiga pretendes cobrarle? Y encima, ¿ese dinerito?

—Estaba sorprendida, a la par que preocupada.

—Yo no soy su amiga, señora.

—¡Acabo de contarte toda mi vida! ¿Cómo no vamos a serlo? Y puedes tutearme, que hay confianza, mujer. —Con menuda tipeja más rara me había topado, encima, interesada.

—Mire, yo solo le digo que usted tiene que pagarme.

—¡Y una mierda! Te he preguntado que si me invitabas a tomar algo y me has dicho que sí.

—¿Cómo le iba a decir que sí? No he entendido ni una sola palabra de lo que ha dicho, más que nada, porque solo hablo español.

—Ahora no pretendas mentir. Has afirmado con la cabeza.

—Por educación, no por entendimiento —se ha disculpado conmigo.

—No pienso pagarte. Es tu palabra contra la mía. Saca una hoja de reclamaciones.

—¿Por qué?

—No vayas de lista conmigo. Quieres estafarme. ¿Treinta y ocho euros por cuatro galletas? Estamos en España, no en Francia.

—Mire, no son cuatro galletas —me ha dicho mostrándome un bloc de notas en el que había muchos palitos—. Esto son los *macarons* que usted se ha comido.

—Yo no me he comido tantos. ¿De verdad crees que todo eso cabe en mi estómago? Mírame, en este cuerpecito mío no entra tal cantidad.

—Señora, está molestando a la clientela, págume y márchese a su casa.

—No puedo pagarte —he confesado.

—¿Cómo que no puede? —ha preguntado sorprendida.

—Por culpa de Carmen, de la que te he hablado antes. He salido de casa deprisa y corriendo y no he cogido el bolso.

—No sé quién es Carmen. Pero, ¿está usted diciendo que se ha hinchado a galletas y no lleva dinero?

—Eso mismo.

—Mire, mejor voy a llamar a la policía y que sean ellos los que solucionen esto.

—¿A la policía? ¡Así va España! Por cuatro idiotas como tú.

—¿Me está usted insultando?

—No, por supuesto que no. Mientras llamas, voy al cuarto de baño. El chocolate que he tomado no era de buena calidad y me están entrando retortijones. —En realidad era por los nervios, pero no pensaba confesárselo a esa falsa amiga.

—El chocolate lo traen de Francia, es de excelente calidad. Quizá lo que le haya sentado mal sean las treinta y seis galletas que se ha metido entre

pecho y espalda.

Seguía hablando, pero yo no la escuchaba, necesitaba encontrar una salida y fue, cuando al entrar al cuarto de baño, me topé con aquella pequeña ventana. Aquel hueco me concedería mi libertad.

Siempre he sido de hueso fino, pero salir por una ventana tan estrecha no ha sido una tarea fácil. Me he hecho rozaduras en las rodillas y en los codos y con la sangre chorreando, he vuelto a la casa de Mario Conde, después de conseguir salir del patio de luces, al que daba la parte trasera de la pastelería. Estaba todo muy sucio y lleno de colillas, pinzas de la ropa y telarañas. Había algunas pinzas que estaban bien, así que me he llenado los bolsillos. En casa siempre andamos algo escasos.

La moto ya no estaba, por lo que entendí que mi cuñada ya se había ido. Sin mí, claro. ¡Para colmo me tocaba volver a pata toda desollada!

Nada más entrar por la puerta, supe que Carmen no había llegado, no olía a la mierda esa que ella llamaba perfume del bueno y que no era más que una imitación barata. Me he curado como he podido las rozaduras con alcohol, que era lo único que había en el botiquín y me he puesto un camisón. La ropa estaba llena de sangre y de telarañas que se me habían pegado al salir. He dejado las pinzas en el cesto carcomido por el sol que tenemos y me he sentado en el sofá mugriento a ver la tele y a comer patatas, la ansiedad me da hambre.



Capítulo 12

Ya no sé qué hacer, estoy más que desesperada. La vida es una mierda y sube a categoría de mierdón cuando la compartes con tu cuñada esperpéntica.

Si pudiera retroceder un año y medio atrás, juro que no me involucraría en los asuntos de mi hermano Joan y de la fulana que yace con él en mi excama.

—Tú, la fea flaca y repulsiva que está haciendo el perro en el sofá, en MÍ sofá, porque te recuerdo que es mío, pues Evaristo me lo regaló por el día de la madre. Fue él quien lo subió del Punto Limpio y YO y solo yo la que lo restauró.

Entré en casa enfurecida y hecha unos zorros, pero no iba a dejar pasar esta oportunidad de echarle en cara todo a Virginie. Además, en breve, la casa se llenaría de personal y no buscaba un enfrentamiento familiar, pues sabía de sobra que todos se posicionarían de mi lado y expulsar a mi cuñada de casa, en estos momentos, nos traería más desgracias que beneficios.

—¿Conseguiste hablar con el inspector? —fue lo único que me preguntó, es que ni me miró.

—No, no pude y ¿sabes por qué? Zorra asquerosa. —Giró las bolas de sus ojos hacia dónde provenía el sonido de mi voz sin dejar de masticar patatas fritas—. Porque una inútil se equivocó de casa, y de hombre. ¡Inútil! ¡Qué eres una pedazo de inepta! Hasta Moraimita me hubiera servido de más ayuda.

Sí, sé que había exagerado un tanto. Mi cuñada Moraima me era útil para otras cosas, pero en esta ocasión, de poca ayuda hubiera servido, pero nombrándola quería reflejar lo negada que me resultaba Virginie.

—Eso es imposible —respondió, y me dejó con la duda de si se refería a que no se había equivocado de hombre o que Moraimita sería más válida que ella.

—¿Qué estás diciendo?

—Tú me diste el nombre, yo lo busqué. Google Maps no miente, lo sabe hasta Sergio Torres. —Señalaba con su dedo a nuestro perro; sí, lo sé, no nos privamos de nada, pero tener un semental en casa nos ayuda para las pagas extras.

—¿Cómo? Si es que soy tonta. Esto me pasa por idiota —le decía dando vueltas por el salón con las manos en la cabeza—. ¿Dónde buscaste?

—¡Ay, Carmelucha! Ya cansas. Déjame terminar el capítulo de Pepa.

Me alteraba por segundos, estaba a punto de reventar. Pues no me dice que el Google Maps no miente... Esta debió de poner en la casilla de «¿qué estás buscando?», el nombre del inspector y casualidades de la vida, teníamos cerca una calle que se llamaba igual, entiendo que la culpa es del famoso Mario de verdad.

Decidí actuar por mi cuenta, que eso era lo que debía de haber hecho desde el principio, como siempre, y así no tener que rendir, ni pedir, cuentas a nadie. Dejé a la mujer de Evelio mirando por la ventana que daba al descampado, al acecho por si alguien bajaba algo interesante al contenedor, como cada tarde, y me retiré a mis aposentos.

Sabía que esto no se lo podía contar a Antonio. Desde hace más de veinte años lo compartimos todo, pero revelarles que temía que mi hermano y la acoplada guarrona estaban a punto de dejarnos con el culo al aire no era plato de buen gusto para nadie, y menos, para mí.

Reconozco que no soy la mejor persona del mundo y casi me atrevería a decir que tampoco de mi ciudad, sin embargo, el cariño de los de mi barrio me lo he ganado a pulso. Cuando el tren trituró a mi padre, la casa pasó a ser en su totalidad de mi madre. Y os preguntaréis por qué no fuimos herederos del buen hombre, porque es la típica pregunta que cualquiera se haría; yo me la hice.

Mi madre, que fue la fundadora del negocio familiar, y conocía los escarceos amorosos del Gran Navarrete, decidió comprarle su parte por un eurillo, aún en vida, es evidente, de lo contrario, no habría podido hacerlo y

hubiéramos pasado a ser los dueños de todas sus mitades, en cuanto a lo que se refiere a propiedades, es de primero de Infantil.

Bien, mi amada y recientemente desaparecida madre convirtió en insolvente a su esposo, así se aseguraría de que no compartiríamos fortuna con nadie. Alguien le había ido con el rollo de que los mellizos que regentan el Club de Petanca del Albañil Jubilado eran sangre de su sangre, por lo que esos dos son hermanos nuestros, Navarretes espurios, pero al fin y al cabo, por sus venas corre parte de nuestro ADN.

Juan, el del segundo izquierda, también es uno de los bastardos de papá y si la memoria no me falla, Asunción la de los cerdos, tuvo un escarceo amoroso con mi padre y engendraron a Avelino Aberrationman, que como no tuvo la suerte de criarse bajo el mismo techo que él, ahora trabaja en el semáforo de la plaza del barrio limpiado las lunas de los coches que paran unos segundos allí; no nos aportaría nada a la familia, salvo gasto.

Y me centro, que suelo dispersarme y no llego a ninguna parte.

La casa es de mi madre, y ella, como os conté, está enrollada en la alfombra de Túnez, que se cayó de un camión en la aduana del puerto de Alicante, cuando por casualidades de la vida paseaba Alfredo después de salir de un After, —porque que yo sepa, ninguno de nosotros ha salido de España, solo Virginie, que no es que saliera, es que entró, pero eso ya lo sabéis— y cuando dejó de respirar, me vi obligada a darle sepultura sobre la alfombra y ya se me ocurrió liarla con ella con los bolsillos a rebosar de bolitas de naftalina y un cacharrito absorbe olores del Chino, para evitar el olor a putrefacción típico de los muertos. Digamos que todo vino rodado. Ya luego fue cuando hice el curso exprés de embalsamamiento y la dejé perfecta. No podíamos renunciar a su paga de viudedad, todavía no.

Pensaréis que soy una persona desalmada y horrible, pero al igual que papá se lanzó al tren para que cobráramos el seguro, aunque en la autopsia pone que lo arrollaron una vez sin vida, estoy convencida de que fue premeditado, la *mamma* siempre me dijo que el día que ella faltara procediera de dicha forma. Solo cumplía órdenes.

A lo que voy. Si el inspector indaga y descubre que, después de morir, y los únicos que lo sabemos somos Antonio y yo, pusimos la casa a nombre de Joan para que nosotros no tuviéramos que declararla, nos la quitarán, pues mi hermano no sabe que es el propietario y de ahí que jamás la haya incluido en la casilla de patrimonio. Si se destapa el pastel, se la embargarán. Y los demás pagaremos las consecuencias. Lo que más me preocupa es que se descubra que mamá está muerta y me acusarán, muy probablemente, de asesina,

cuando no tuve nada que ver. Cumplí sus últimas voluntades y los ayudo porque estoy siendo chantajeada por Virginie, si no, de qué me iba a meter en este lío.

Busqué a mi cuñada, ya no estaba en el sofá comiendo patatas fritas y re Coloqué a Moraima mirando hacia la tele. Se había hecho de noche y el descampado ya no tenía iluminación, por lo que el entretenimiento se había terminado.

—¡Virginie! —grité en mitad del pasillo.

—¡Aquí, en la *toilettes*!

Di un par de golpes en la puerta para avisarle que estaba al otro lado, no tenía intención de pasar, pues sabía que estaría bañando a mi sobrino Pacorro.

—Tenemos que hablar, que lo sepas. Cuando termines, me avisas.

Me marché sin esperar respuesta, es muy maleducada y tiende a no contestar cuando se le pregunta.

Encendí el ordenador de mi hijo Evaristo, uno que «sobraba» en el colegio y se trajo a casa. Tenía que buscar al inspector.

Hasta la fecha, habíamos descubierto el nombre de su hija y a qué instituto iba, en eso no había lugar a duda, pues me había encargado yo. Y Virginie, lo único que tenía que hacer era localizar el domicilio, cosa que no consiguió.

En Internet no encontré nada, este hombre era un fantasma, ni rastro de él, al único que no dejaba de ver era al banquero. Qué mala suerte habían tenido con la adjudicación de funcionario, tenía que llamarse así.

Desesperada, y al borde del ataque por la impotencia, decidí que lo mejor sería esperarle en su trabajo. Él no nos conocía y le llevábamos ventaja, cuando se dirigiera a casa, iríamos detrás.

—Dime —me preguntó Virginie.

—Mira, mañana no hagas planes, tenemos que seguir a Mario. No hay forma de localizarlo por el ciberespacio.

—Pero ¿lo crees necesario? Yo creo que se olvidarán de mí.

—Ojalá pudiera borrarte yo de mi mente, y ahí sigues... Este es tu problema y ahora de todos, pues tu Jonhy ha metido la picha donde no debía. Pero ¿qué clase de neuronas tiene el niño?

—Le dijimos que tenía que acercarse a Conchita, ya sabes que mi niño es literal, qué le vamos a hacer.

—¿Él qué dice? O es tan tonto que no se pronuncia —le pregunté mostrando mi enfado.

—No dice nada, sabes que es muy suyo. Además, siempre está con los maleducados de sus amigos, esos que tocan al timbre, entran, le chocan los cinco y se van. No hay forma de estar a solas con él.

—Sí, ya entiendo, «sus amigos». Pues te informo de que en breve, tu querido Jonhy, os va a hacer abuelos. —Virginie se sujetó al pomo de la puerta—. No me mires así, este debe de ser como mi hermano, donde mete el capullo, florece el campo.

—¿Tú eso cómo lo sabes? ¿Ahora espías a mis hijos? —No sé qué ocultaba, pero la cara se le alargó dos palmos más de lo que ya la tenía, implantándosele una expresión de pánico difícil de disimular.

—Sí, lo espío y he descubierto cositas... —Me marqué un farol por toda la escuadra, no sé si está bien dicha esta expresión, pero con mi cuñada todo vale.

—Pues te informo que el pobre Pacorro fue timado —«¿qué habría querido insinuar con aquello?».

—El tema de Pacorro lo trataremos más tarde, porque ya le vale —quise darle a entender que lo sabía, me aproveché de su «deficiencia» para sonsacarle sin que ella se enterara—. Ahora, el que nos ocupa es el de Jonhy. Le escuché la otra noche cómo se las daba de «empotrador» con mi Evaristo.

—Es que lo es. Qué le vamos a hacer. Asume la realidad, mis hijos no son como el tuyo.

—Y doy gracias al cielo cada mañana que me levanto, cuando salgo al salón y los veo con la gorra del revés jugando a la Play con el cigarro ese asqueroso que se lían, pegado en los labios como si formara parte de su anatomía.

—Sigo sin comprender por qué acusas a mi hijo de haberla liado. Si él es muy bueno.

—Te intentaba explicar que presumía de amante de diez con Evaristo y a continuación, le dijo que la chica no quería acostarse más con él, pues le daba ganas de vomitar. No me interrumpas, deja que continúe. De buenas a primera la entendí, lo de que no quisiera tener más relaciones con Jonhy porque le provocaba náuseas, pero enseguida, me iluminé. Si lo habían hecho ya dos veces, qué les impedía una tercera, el aspecto de tu hijo no había cambiado, sigue igual de repugnante que la primera vez que se «amaron», por lo que he llegado a la conclusión de que está embarazada.

—¿Mi Jonhy va a ser papá? Pero eso es una bendición.

—No, guapa, no, eso es un milagro. Hay que hablar con el inspector. De ahí que tengamos que reunirnos con él.



Capítulo 13

Y de nuevo nos encontramos metidas en otro lío. Yo ya no sé si hemos sido víctimas de un maleficio o algo, porque no lo comprendo.

Por fin accedí a las súplicas de la pesada de Carmen. En el fondo, sabía que tenía razón, había que poner al día a mi consuegro, no podíamos dejar que siguiera viviendo en la inopia.

A la mañana siguiente, decidí ponerme guapa. Iba a conocer a mi futuro consuegro, porque claro, a los niños había que casarlos.

Le cogí una bata de seda y encaje a mi cuñada Moraima, le había pillado gustillo a tomar su ropa prestada y no devolvérsela. Total, como se bañaba y se cambiaba solo una vez a la semana, le sobraba vestuario. El otro día leí en el *Hola* que se llevaban este tipo de prendas, y yo, que últimamente quiero ser *influencer*, me descargué una aplicación, 21Buttons. Me calcé unas zapatillas deportivas de cuatro euros del mercadillo, por si teníamos que correr, me hice un moño desenfadado en lo alto de la coronilla, y ya estaba lista para la persecución.

Como el puesto de trabajo del inspector nos pillaba un poco lejos y Carmen es tan quejica, cogí la tarjeta de recarga de las bicicletas públicas. En esa ocasión no pensaba pedalear yo, que luego de las agujetas de tirar de la entrada en carnes de mi cuñada, no me podía mover en tres días.

Lo primero que comprobamos fueron los puntos de estacionamiento de las bicis, dato muy importante, ya que si la atábamos a un árbol con un trozo del cinturón de mi bata y la corporación municipal nos pillaba, serían por lo menos doscientos euros de multa. Por si acaso se nos olvidaba después, le hicimos una fotografía con el móvil, que yo con la emoción de que mi Jonhy me iba a hacer abuela joven y mi cuñada con la poca memoria a corto plazo que tiene, posiblemente a la vuelta de la esquina lo hubiéramos olvidado.

Hicimos los tres kilómetros que nos separaban de nuestro objetivo con Carmen hablando y quejándose de que tantas roturas de huesos le estaban pasando factura, que no solo facturación. Yo no la escuchaba, me había puesto unos taponos de esos de la obra para que el aire no se me metiera en los oídos, que luego con las otitis lo paso fatal y me sube la fiebre a treinta y siete y medio.

—Guapa, ahora que ya ha quedado claro el plan, pedalea tú un poco que ya no puedo más. —Veía cómo los labios de Carmen se movían, pero no entendía nada.

—Sí, sí —esa era mi respuesta clave para todo cuando no me entero de lo que me dicen.

—Venga, que paro ahí delante que hay una bifurcación en el carril bici.

—Sí, sí —volví a repetirle.

—Queda poco para llegar y hay que darse prisa, mira qué hora es. —Mi cuñada se señalaba el reloj que le había regalado en el chino el mes pasado cuando amenazó con poner una denuncia porque los brillos de labios le habían provocado una erupción.

—Sí, sí. —Esperaba que no se refiriera a nada importante.

—Venga, baja de la bici.

—Sí, sí. —No entendía el motivo por el que se bajaba si no habíamos llegado todavía.

—¡Que te bajes! —Yo la miraba y solo la veía gesticular—. ¿Eres sorda o qué te pasa? Las patatas fritas te están fundiendo la neurona que te baila en el cerebro.

—¿Qué quieres, pesada? —le pregunté después de quitarme uno de los taponos.

—Esto es el colmo, ¿no has escuchado nada de lo que te he dicho? —Por su tono se notaba que empezaba a impacientarse.

—No. —Tampoco quería aumentar su enfado con respuestas más largas de lo necesario.

—Tú eres tonta de fábrica, ¿no? Ahora vamos a tener que improvisar.

Me puse el tapón de nuevo, y empecé a pedalear como una loca, no había perdido la forma física después de las clases de *spinning* en las que me había colado gracias a un carnet que había encontrado y no había devuelto. Era de una socia en un gimnasio del barrio de al lado y la foto se veía borrosa, por lo que no me habían pillado colándome nunca. Gimnasio gratis por mi cara bonita.

Notaba cómo mi cuñada clavaba sus uñas largas y asquerosas, completamente de luto por la roña acumulada, en mi cintura, seguro que iba a coger una infección por culpa de sus mugrientas manos.

Y, ¡pum! Golpe seco contra algo, o alguien...

Mi conocimiento voló por los aires, así como nosotras, y con tan mala suerte de que habíamos olvidado ponernos los cascos y los utensilios protectores, en casos así era cuando más se echaban de menos las rodilleras, las coderas, la férula dental y los guantes.

Al abrir los ojos, tras los puñetazos que Carmen me daba en la cara, entre gritos de: «no te mueras ahora, perra del infierno», —ya sabía yo que algo de cariño me tenía—, vi que estábamos en un descampado totalmente desierto, se había hecho de noche y, sin quererlo, el plan había salido a la perfección. Mario atropellado, no sabía si vivo o muerto, ya que de su oído brotaba un pequeño hilillo de sangre, bueno, hilillo no era, que alrededor de su cabeza había un inmenso charco de sangre que no dejaba de crecer.

Yo no estaba para pensar demasiado. Además, en el rato en el que había estado inconsciente, unas horas, dada la oscuridad que nos envolvía, había visualizado mi futuro. Eso me tenía más preocupada que el inspector tirado en el suelo. Había tenido una revelación, un cambio en mi vida, un hecho que me convertiría en otra persona, un alma en pena vagando por las calles de alguna ciudad que no conseguía visualizar. Joan, mi Duque, se iba a marchar con otra mujer, una rumana más delgada que yo, más bien raspa de boquerón en vez de rape, una cualquiera que vivía debajo de un puente y se dedicaba a robar las pertenencias de valor a los hombres con los que se acostaba. Iba a intentar engatusar a mi hombre con promesas de una vida mejor en Rumanía, un puente más ancho y sin goteras.

No podía reaccionar, no quería volver a Marsella, allí no estaba bien visto comer tortilla española, y menos aun sabiendo que iba a ser abuela, no podía separar a mi hijo del suyo, no podía truncar los sueños de Conchita por casarse con mi niño. Mi Duque no podía abandonarnos, yo era la mujer de su vida, lo supe en cuanto nos conocimos y fruto de nuestro amor nació Jonhatan. Nos casamos, él me amaba.

Empezaba a faltarme el aire, había dejado de sentir el brazo derecho, no sabía si se debía a que iba a darme un infarto o porque me había raspado al atropellar al señor Conde, el caso es que intentaba decirle a mi cuñada que me iba a dar algo y no me salían las palabras, mi cerebro funcionaba, pero mis cuerdas vocales se habían quedado paralizadas. Con la mirada intentaba decírselo, pero ella no me miraba. De hecho, ya no estaba a mi lado, se había marchado después de llevarse al señor atropellado con ella.

Ahora estoy aquí tirada, no puedo moverme y me estoy ahogando con mis propios mocos porque mi cuñada se ha ido. Me ha dejado tirada en el momento más crucial de mi vida, en el que mi amor va a dejarme para irse a otro país con la fulana que lo va a engañar.

«¿Carmen? ¿Carmen dónde estás?».



Capítulo 14

Por fin logré que me hiciera caso y reaccionara a mis plegarias.

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó a las dos de la tarde, quejándose de que ella no estaba acostumbrada a madrugar y no había nacido para ello, después de hacerse durante más de veinte minutos la remolona, conseguí que se preparara. Teníamos que conocer a su consuegro.

Se lavó los sobacos con el agua del fregadero, apartó los platos sucios de..., bueno, creo que la última en fregar fue mi cuñada centenaria, allá por el noventa, la cuestión es que los arrinconó como pudo y a continuación, se colocó la bata de raso de Moraimita, —ahora le había dado por usar su ropa—, salimos disparadas a por nuestro objetivo. Serían cerca de las dos y media de la tarde. No teníamos apenas tiempo.

Me paseó por toda la ciudad, quería ir a un sitio concreto para que pudiéramos seguir al consuegro, sin necesidad de correr detrás de su coche.

No entendía muy bien yo, esto de presentarnos en Hacienda a lomos de una bicicleta del Ayuntamiento, aunque no iba a discutir. Había conseguido una y gratis, quién era yo para negarme. De haber tenido el Vespino a mano, otro gallo hubiera cantado.

Me dolía todo el cuerpo de tanto pedalear, mis piernas no me respondían y no dejaba de quejarme, pero era normal, pues el hecho de llevar las rodillas de titanio, cuatro clavos atravesados por mis caderas y así poder sentarme casi como una persona normal, y no precisamente en una bicicleta, pues hacían

mella en mi organismo. Virginie no paraba de ponerme su culo en la cara, ella había elegido sillín y a mí no me quedó otra que ir sobre la protección esa que se ponen encima de las ruedas traseras; iba incomodísima.

Decidí contarle el plan. Sabía que era nuestra última oportunidad.

—*Niiiña*, en cuanto lo localicemos, bajo de la bici y me presento. No hay que decirle quiénes somos, solo que su hija es la novia de Jonhy. —Sin dejar de pedalear, le contaba todo.

—Sí, sí —era lo único que me respondía.

Continué diciéndole que lo mejor sería no atosigarlo hasta que llegara a su casa. Sabía de sobra que los viernes no recogía a su dulce Conchita, pues era el día que mi sobrino aprovechaba para sus encuentros clandestinos.

Tuvimos suerte y llegamos antes de que se marchara de su puesto de trabajo, esperamos a que saliera del *parking* con su coche y continuamos con la marcha, mientras yo desarrollaba en voz alta mi plan. Ella, según me escuchaba, asentía a todo. Podía oír sin problemas su respuesta: «Sí, sí».

Así todo el trayecto, hasta que me harté y detuve la bici. No se había enterado de nada, se había metido unos tampones sin aplicador en los oídos, «luego se queja de las otitis...». Es que no puedo con sus tonterías de *retarder*.

—Venga, improvisaremos —fue lo último que le dije antes de saltar por los aires.

De buenas a primeras, no sabía dónde nos encontrábamos ni qué había sucedido. Sin embargo, me dolía todo el cuerpo.

Al levantarme, tropecé con un cuerpo muerto. Bueno, esperaba que no lo estuviera, claro. Se trataba de Mario. Sí, mi cuñada acababa de embestir a Mario Conde Narváez, el inspector de Hacienda que investigaba su expediente, su futuro consuegro y abuelo de mi próximo sobrino nieto.

Me asusté muy mucho, no me avergüenza reconocerlo, y eso que estoy más que acostumbrada a este tipo de situaciones, siempre rodeada de desgracias accidentadas calculadas, sangre, huesos rotos y heridos. Sin embargo, ver ahí tendido a ese pobre hombre que no había hecho otra cosa que seleccionar aleatoriamente el nombre de la insoportable de la mujer de mi hermano, hacía que se me encogiera el corazón.

Nunca me ha importado mentir, fingir, romperme algo si sabía que después de todo mi dolor y rehabilitación, la recompensa bien lo valía, pero jamás en la vida había atentado contra la vida de un ser vivo; las cucarachas no cuentan.

Me acerqué con miedo al principio del camino, hacia Virginie, olvidando al otro herido, que quiera o no, ella forma parte de la familia y al señor Conde, pues no tenía el gusto o el disgusto todavía de conocerlo. Con mi cuñada me unía un hermano y dos sobrinos, insoportables y vagos, pero eran mi familia. Tenía que hacerla reaccionar, Joan no me perdonaría en la vida que la hubiera abandonado a su suerte en aquel descampado, y a ver cómo explicaba que yo había salido ilesa.

—No te mueras ahora, perra del infierno, ahora, no. Abre los ojos. Es una orden —le pedía a lágrima viva mientras le abofeteaba con el puño su cara de galgo raquíptico.

Dicho y hecho, traje del mundo de los muertos a mi cuñada. La dejé ahí tirada, pero tenía la certeza de que respiraba y, aunque desorientada, muy habitual en ella, me había reconocido y también sabía quién era ella, pues no dejaba de decir el nombre de mi hermano. Me despistó que nombrara a una tal Viorica, sin embargo, no tenía tiempo para interrogarla, pues era el turno del inspector.

—Señor Conde. —Me arrodillé junto a su cabeza que, al parecer, no dejaba de sangrar. La cosa pintaba muy mal.

Arrimé con miedo mis manos a su cuello, enseguida, comprobé que se estaba desangrando, no sabía cuántos minutos de vida le quedarían. Mientras, mi cuñada no dejaba de gritar mi nombre y el de mi hermano. Me estaba poniendo de los nervios.

—Carmeeela, Carmelita, no me abandones, ahora, nooo. Duque, ¡ay, mi Duque! Viorica, allá donde vayas, acabaré contigo. Carmeelaaa... —Se puso en pie sin dificultad, Virginie no podía verme, pero yo a ella sí.

Elevó su puño al cielo y muy despacio, lo abrió para recitar algo así como: «A Dios pongo por testigo, que nadie se trincaré a mi Duque». No comprendía qué le ocurría, pero la dejé con su actuación. Tenía cosas más importantes que solucionar, necesitaba resucitar a Mario.

Sentí cómo se me mojaban las manos; no había mucha luz, pero pude ver que se trataba de sangre. Lo puse de lado, intentaba colocarlo hacia la luna. Al haber luna llena, pensé que al dirigirlo hacia ella conseguiría iluminar a la víctima, y de este modo, ver si era capaz de localizar el punto exacto de la herida. Había que detener la hemorragia.

—Virginie, llama a Antonio, dile que venga a por nosotras, que coja el furgón del panadero. No podemos permitir que Mario muera. Hasta que no consigamos el expediente, no.

—¿Está muerto? ¿Lo he matado? Yo no quiero ir a la cárcel, y menos ahora que voy a ser abuela. Carmen, prométeme que si me llevan presa, te encargarás de mi nieta. Dame tu palabra —me gritaba desde el otro lado del descampado sin bajar en ningún momento el brazo.

—Llama a Antonio.

—Lo llamo, pero júrame que te harás cargo de la niña. Y por favor, que no la llamen Viorica, no lo soportaría. —No entendía nada de lo que decía, el golpe la había dejado más trastornada si cabe, me estaba dando mucha pena.

—Mario, hombre, despierte. —Cuando me iluminé.

Supe que no podía salvarle la vida, no tenía los medios, además, siempre había escuchado que no se deben mover a los heridos, es lo primero que digo cuando me atropella alguien. Por lo que lo dejé boca arriba, mirando al cielo con los ojos hinchados y cerrados. Virginie me decía que mi marido no le atendía el teléfono, imaginé que pasaba de contestarle. Nunca le descolgamos cuando estamos juntos, es que no la soportamos. Le pedí que lo intentara desde el mío, igual, pensando que era yo le respondería a la llamada. No hubo suerte tampoco, así que, le pedí que telefonara a Alfredo, por la hora que era aún no se habría marchado de casa; hasta las doce no actúa, ahora trabaja en una sala en Benidorm como transformista; la ilusión de su vida.

Alfredo le pidió nuestra ubicación, mientras yo me puse a registrar el maletín. Sabía que era ahora o nunca. ¡Bingo! Di con el expediente de Virginie.

—Nena, lo tenemos, lo tenemos. —Me levanté y fui corriendo hacia ella y ella hacia mí.

Fue extraño sentirla tan pegada a mí y por voluntad propia. Nos abrazamos, pero cuando fue a darme un beso, reaccioné. Estaba al borde del ataque, pero no hasta esos extremos.

—Alfredo está en camino. ¿Y si llamamos a la ambulancia y nos marchamos? —me dijo decidida.

—Deja que piense. Me da pena que le suceda algo a Mario, ya le he cogido cariño, pero igual no es tan mala idea. —Le sonreí—. No nos ha visto en su vida, si avisamos al 112 y nos escondemos detrás de esos cubos de basura, hasta que comprobemos que se lo llevan, no creo yo que pase nada. Tu expediente lo tengo aquí, bajo mi camiseta.

Así hicimos, no sin antes, ocultar su número de teléfono.

Después de hora y media más tarde, apareció Alfredo. Conducía el furgón del panadero. Como Antonio no había respondido, Virginie le pidió a mi hermano que se trajera la furgoneta.

Las dos le hacíamos señas para que nos viera, los faros nos cegaron, pero intuíamos que venía directo hacia nosotras. Una nube de polvo del descampado acompañaba todo el tiempo al coche del panadero, cuando noté algo en mi hombro.

—¿Qué ha pasado? —«Escuché» cómo una mano me hablaba.

—¡Ay! ¡Ay! —gritaba Virginie.

—¡Estás vivo! ¡Ay! —berreé yo.

—¿Qué hago aquí?

Su vuelta a la vida nos pilló tan de sorpresa, que provocó que nos apartáramos de su lado. Lo hicimos todo lo rápido que pudimos, aquello fue un visto y no visto. Nada premeditado, pero Alfredo lo embistió con la furgoneta. Acababa de atropellar a Mario. Cayó al suelo en un golpe seco, provocando que se golpeará la cabeza contra una lata de mejillones que algún cerdo había abandonado allí, y antes de poder volver a gritar, mi hermano detuvo el vehículo en seco, dejando oculto, en los bajos del furgón, el cuerpo; al pobre inspector solo se le veía el flequillo.

Virginie se desmayó, yo grité, lloré y Alfredo no podía caminar, los tacones de aguja se le clavaban en el firme del camino. Empecé a escuchar las sirenas de la ambulancia, me asusté de nuevo, si es que en algún momento había dejado de estarlo.

—Alfredito, corazón, sube que tienes que hacer marcha atrás, tenemos que llevárnoslo.

Le ayudé a meterlo en el maletero, Mario pesaba lo suyo y, encima, no se movía. No hacía nada de nada, pero ya no sangraba. Miré acongojada a mi hermano.

—Se ha vaciado. No le queda ni una gota, Alfredito. Está más seco que la mojama.

Cerramos el portón y tuve que obligarle a que se marchara con el cuerpo del inspector. Le pedí que nos esperara en el descampado de casa, junto a nuestro trastero. Una vez allí, veríamos qué podíamos hacer.

Mi teléfono no paraba de sonar, era Antonio; habría visto la llamada de Virginie y luego, las ochenta mías.

Fui incapaz de descolgar, pues la ambulancia estaba aparcando a mi lado. Sonreí, fue lo único que se me ocurrió.

—¡Buenas noches, señora! ¿Dónde se encuentra el herido? —Continué con mi sonrisa.

—A ver, ¿está herida? ¿Alguien le ha hecho algo? Nos llamaron diciendo que habían encontrado a un hombre —me preguntaba uno de los sanitarios.

Yo todavía sonreía, cuando empecé a reírme a carcajadas, y no porque la escena me resultara cómica, pues la cosa pintaba muy mal, Virginie estaba a puntito de atravesar el túnel ese luminoso y así, alcanzar la ansiada luz, pero había leído tanto sobre locura, que me venía al pelo la situación, por si luego tuviera que alegar enajenación mental transitoria en el hipotético caso de que nos pillaran y se celebrara un juicio.

—Mi cuñada, mi cuñada —decía partiéndome de risa—. La confusión me hizo creer que era un hombre cuando telefoneé pidiendo ayuda.

—¿La han forzado? O por el contrario, pretendían abusar de ella con usted presente y no lo han logrado. —Madre mía qué clase de mente enferma tenía el buen hombre.

—No se preocupe, ya estamos aquí —me decía el otro.

—Calle, nadie ha intentado abusar de ninguna de las dos, ¡faltaría más! ¿Ustedes se han fijado en nosotras? Lo que ha pasado es que la mierda de bicicleta del Ayuntamiento, tenía un fallo en los frenos, y nos ha traído de cabeza al descampado. El manillar no giraba. «Nooo», no podíamos doblar. Que conste en acta que hemos acabado tiradas aquí por culpa del Ayuntamiento. Maldigo los días sin coches, me cago en el Día Mundial sin humos. Si lo hacen, que lo hagan bien. Mirad cómo hemos terminado. Si no tienen las bicicletas en condiciones, ¿por qué narices las alquilan? ¡Que las pongan gratis!

Después de mi discurso, que hasta yo me creí, nos atendieron. Rescataron a Virginie, que permanecía tirada en el suelo. Luego nos subieron en la ambulancia. Les pedí que nos dejaran en el Hospital General; al fin y al cabo, este día no había sido tan terrible. Haciendo un cálculo por encima, con total seguridad, me atrevería a confirmar que cobraríamos cerca de mil euros por barba.

Avisé a Alfredo para decirle que no podríamos encontrarnos en el descampado. Le pedí que no devolviera la furgoneta al panadero y le rogué que la ocultara en alguna parte, no sin antes atrancar la parte trasera. Así evitaríamos tener a un inspector de Hacienda fugitivo vagando por las calles de nuestro barrio. En cuanto nos dieran el alta en Urgencias y consiguiéramos el parte de lesiones, nos reuniríamos con él allí. Faltaba que le hicieran un escáner cerebral a la tonta de mi cuñada, pues seguía sin conciencia. Como nunca antes había sido paciente, si tenía algo extraño en el cerebro, cosa que podría aclararme muchas dudas de las situaciones vividas con ella, pues en su caso, cobraría mucho más.

Me moría por llegar a casa, necesitaba saber qué había sucedido con Mario. A Alfredo le pedí que no contara a nadie lo sucedido, y cuando decía a nadie, incluía también a la familia. Primero se resistió, pero nada más regalarle unos zapatos de tacón, que «encontré» en un box de Urgencias, me prometió que sería nuestro secreto.

Y ahora, estamos Virginie y yo tiradas en el sofá, junto a Moraimita, que no nos quita ojo, esperando a que Evelio nos sirva la cena, pues hemos dicho que tenemos que guardar reposo tres meses.



Capítulo 15

Siempre he pensado que mi cuñada era la persona más vaga sobre la faz de la tierra, pero no sabía hasta qué punto llegaba.

La muy zorra había mentido y me había involucrado en su nuevo plan; estafar al Ayuntamiento por el tema del otro día. Se cree que va a dominar el mundo y que todos le van a temer y, por su culpa, estamos más o menos encarceladas en nuestra propia casa. Para echarle cuento al rollo de los frenos, alegó que estábamos bajo presión y que nos daba miedo salir a la calle por temor a ver una bicicleta.

Hemos tenido a la momia de Moraima al acecho, en la ventana. Su misión era comprobar si nos habían puesto un detective, que estos del Gobierno son muy listos.

Respuesta afirmativa. Y no uno, sino dos. Se ve que tienen fichada a la cuatro pelos mal puestos de Carmen.

Lo de estar tres meses en reposo fingido, no supondría un problema si hubiera tenido tiempo de comprar provisiones de rotulador permanente negro para las canas del niño, que cada día que pasaba, amanecía con más y la tinta no es eterna. Además, en los días de encierro que llevábamos, Joan no había aparecido por casa. Mis temores iban en aumento y me moría de ganas por

que viniera. Tenía que activar el localizador de su móvil para poder saber dónde estaba en cada momento y si frecuentaba los puentes de la ciudad.

A eso se sumaba que el estado de nervios de Alfredo iba de mal en peor. Se sentía culpable, ya no por haber atropellado a Mario, sino por tenerlo todavía dentro de la furgoneta del panadero aparcada en el garaje comunitario. El propietario empezaba a sospechar que pasaba algo raro y cada vez de las catorce que venía a casa, en las que Alfredo se refugiaba dentro del armario, dejaba de creerse la versión de que mi cuñado se había llevado la furgoneta para ponerle unos vinilos e irse a los Carnavales de las Palmas de Gran Canaria. Yo entendía al hombre, se dedicaba a repartir pan por los pueblos de la sierra y esa es una zona muy cotizada, igual que las esquinas de los polígonos para las muchachas liberales, amigas de Viorica. A la mínima que no aparecías, te la levantaban.

Carmen también estaba histérica, y no por los horarios de programación de la televisión, que habíamos apuntado; que por cierto, ella tenía más el mando que yo. Ya podía aprovechar para limpiar la porquería de su cuarto, que el día que lo hiciera le pondrían una festividad en su honor, ¡qué marrana! Su tic en el ojo, en el izquierdo, al igual que mi Joan, llegó después de haberle propuesto que le pusiéramos una bolsa de papel con un agujerito en la zona nasal al inspector y lo metiéramos en el trastero, en el que guarda la alfombra esa fea que por fin he conseguido que no extienda en el comedor, pues he averiguado cuál es su función y de ahí que me esté echando un cable con este tema de Hacienda. Decía que era imposible, que me dejara de tonterías, era un habitáculo muy pequeño, sin ventilación y ahí el hombre podía coger una infección o algo, como si eso a ella le importase.

El caso es que habíamos ideado un nuevo plan en nuestras horas de encierro. Bajar por las noches a través del patio de luces que da a una ventana que tiene el trastero. Parecía sencillo, sin embargo, no había que olvidar que vivíamos en un bajo con altura de un primer piso y aunque la distancia fuera corta, teníamos que descender con la radial conectada a un alargador para serrar los barrotes de la verja.

Había un problema. Los vecinos. Porque vale que la mitad están para que los encierren, pero la otra no, y no se nos ocurría nada para no levantar sospechas entre los más cuerdos del edificio. Mi idea era un escape de gas en la finca, pero Carmen decía que si se nos iba de las manos, volaríamos todos por los aires y que ella no podía irse todavía de este mundo, que tenía muchas indemnizaciones que cobrar.

El caso es que el señor inspector llevaba tiempo sin agua y sin comida y lo peor de todo no era eso, sino que seguía con la ropa manchada de sangre. Posiblemente, muy reseca ya, eso no iba a salir de ninguna de las maneras, ni agua oxigenada ni ningún tipo de truco casero de esos que aparecen en Internet, y seguro que era un traje de los caros. Me daba pena que se le hubiera estropeado por culpa de los chalados de mis cuñados y ya no podría tomárselo prestado para el día de la pedida de mi Jonhy.

Si algo tenía claro es que yo no tenía culpa de nada y en una pequeña libreta iba anotando diferentes versiones de las cosas por si nos pillaba la policía; era francesa, pero no tonta.

Todo iba de mal en peor. Cuando Carmen le decía que lo escuchó regodearse delante de Evelio de lo buen amante que era, mi Jonhy nos juraba y perjuraba que él no le había tocado ni un pelo a Conchita, que solo fue para dárselas de *machoman* y chincar a su primo. Pero la cara de Pacorro cambiaba de color cada vez que hablábamos sobre el asunto del embarazo. Pobrecito mío, estaba muy dolido con la Jessy por su próxima falsa paternidad.

No quería pensar mucho en todos esos temas, sin embargo, no podía evitarlo, y he tenido que recurrir a un tarotista de esas que aparecen en la televisión para ver si me soluciona algo, pero nada. Llevo media hora al teléfono, el de Carmen, por cierto, que a mí no me quedaba saldo suficiente ni para el establecimiento de llamada y mucho menos para el euro con setenta y cinco que vale el minuto y aquí nadie me atiende. Empieza a dolerme la cabeza de la musiquita repetitiva y está Carmen buscando su teléfono para llamar a su marido para que le traiga bridas.



Capítulo 16

Llevamos mes y medio de retiro espiritual en el sofá de casa. Atrás quedaron las tardes de partidas múltiples *online* con el FIFA no sé qué, organizadas por mis sobrinos, aunque sus amiguitos siguen con esas visitas extrañas que solo consisten en «saludarlos», eso no decae. Incluso, ahora, de vez en cuando, tocan al cristal de la ventana que da a los cubos de basura, parece que no tienen tiempo de entrar y los saludan por ahí.

Bueno, lo primero que diré es que Mario sigue con vida. No encontró la muerte en aquel descampado. Virginie no se ha convertido en una asesina y tampoco mi hermano, menos mal, pues compartimos todo juntas y de haberla detenido, me comería sola los mocos en el salón de casa junto a Moraimita. La francesa me continúa cayendo mal, la odio a muerte, y nunca dejará de ser mi rival, pero la pobre vive un infierno por culpa de mi hermano. Ahora, Alfredo está muy raro, todos lo están, pero él se pasa el día entero dentro del armario. Se siente culpable por haber chafado al inspector, aunque él no sabe de quién se trata. Lo tuvimos oculto en la furgó del panadero hasta que vino a por ella sin avisar y mi hermano tuvo que sacarlo de la parte trasera.

Antonio está muy raro conmigo, él, que siempre ha besado por donde yo pisaba y que nunca me ha desatendido, lo noto como enfadado y no encuentro el motivo.

De entrada, el día que nos dejaron sobre el sofá, la primera noche, después del atropello, solo se acercó para preguntarme si podía gastarse diez euros de

la indemnización que habíamos cobrado por comer yogures caducados. No de los que están próximos a la fecha de caducidad, de esos que siempre que podemos, Evelio oculta en las estanterías de los productos de limpieza, luego mientras hago la compra semanal, meto la mano y los oculto en mi carro. Hacemos cola como si nada, y una vez me los han pasado por la cinta y ya cobrado, digo: «Qué hambre tengo, anda, amor, pásame un yogurt», y es cuando lo abro y al estar hinchado por llevar tanto tiempo fuera del frigo, me explota en la cara. El olor putrefacto se extiende por toda la fila de cajas y comienzo a gritar. Siempre así y en diferentes supermercados, claro. También solemos buscar las cosas caducadas y luego vamos a reclamar que no estaban bien y que casi nos envenenan porque nos dimos cuenta más tarde. En fin... que Antonio quería gastarse esos diez euros que quedaban de lo que nos pagaron por mantener la boca callada.

Yo pensé y me ilusioné con la idea de que me haría algún regalo, pero sigo a la espera. Ni rastro de presente.

Ahora mismo estoy harta de la vida, tengo que reconvertirme, está claro, que con lo joven que soy y la vida que emano, estoy echando a perder un filón.

Por las noches, cuando todos duermen, nos escapamos Virginie y yo.

Los primeros días todo iba a la perfección. En cuanto la luz del pasillo se apagaba, nosotras nos quitábamos las tobilleras que, en principio, debíamos llevar tres meses, y sin muletas, bajábamos al trastero para llevarle cena al inspector. La primera noche, después de haberlo tenido oculto varios días sin visitarlo, temiendo por su vida, intentamos saltar por el patio de luces, pero al ser una planta baja de diseño, la cocina es como si fuera un «cuarto» piso, y descender hasta la ventana de nuestro trastero se hacía complicado.

Sabemos que el pobre ha perdido la memoria y hasta que no se nos ocurra nada brillante, continuará encerrado ahí. Le hemos contado que es el amante de Virginie, que ha viajado desde muy lejos y como su marido, mi hermano Joan, es un animal que no atiende a razones, se ha negado a separarse y hasta que no reúnan el dinero necesario, no podrán huir juntos.

Asumo que es un plan ridículo y que hace aguas por todas partes, pero los relajantes musculares que me inyectaron en Urgencias hicieron que mi imaginación no pudiera volar como de costumbre y fue lo que se me ocurrió cuando ya lo teníamos en el trastero.

La primera semana se negaba a creer nada. Mi cuñada no quería colaborar, y me vi obligada a chantajearla, no me quedaba otra. Yo no podía

seducirlo, ya lo dije la vez anterior, adoro a Antonio y sería incapaz de imaginarme dando cariño a otro que no fuera él.

—Virginie, te ha tocado. Tú serás la amante del inspector. A partir de hoy, se llamará Renato Da Silva, representante de piña caliente, y ha venido desde Las Azores para reunirse contigo. Os conocisteis en una página de contactos hace seis años, y ya por fin, este mes, distéis el paso —intentaba hacerle ver qué era lo mejor.

—Cuando algo no te gusta, siempre me lo das a mí. Pues no, me niego a hacerme pasar por su amante, novia o lo que quiera que sea que se haya gestado en tu mente enferma. Yo quiero a Joan y sabes lo mal que lo estoy pasando por culpa de Viorica. Me niego. —Se cruzó de brazos y se sentó delante de la puerta del trastero.

—No te puedes negar. Todo esto es por tu culpa, así que, acepta tu destino.

Seguimos con un tira y afloja estúpido e innecesario, pues bien sabía que aceptaría en el segundo uno cuando la amenazara. De buenas, puedo ser la mejor, pero a las malas no hay Dios que me gane.

—Virginie, entra y dale un beso a tu novio, no te lo voy a repetir. Es tarde y el tiempo apremia —le dije mientras sujetaba el pomo de la puerta.

—Entra tú. Yo me lavo las manos, tengo asuntos que resolver con Pacorro —respondió al darse la vuelta, con la intención de marcharse.

—¡Quieta ahí! Vas a hacerlo. Si no, me veré en la obligación de notificar a las autoridades que no estás casada con mi hermano y que tu niño, picha floja, fecunda hijas de inspectores de Hacienda, no existe —comencé a carcajearme, como cuando llegaron los de la ambulancia a nuestro rescate. Tanto hice la cabeza atrás, que me golpeé la coronilla contra la pared y me detuve en seco.

—¿De qué hablas?

Le conté la odisea de su boda, parto y tramitación del DNI de Jonhy. Lo que no le confesé es que Pacorro sigue estando indocumentado, ya que había pensado solicitar a una ONG el pasaporte de algún inmigrante que hubiera llegado en patera, pues como es tan morenito pasaría perfectamente por alguien de otro continente, menos chino, pero eso es lo de menos.

—Eres mala, muy mala. Nunca pensé que serías capaz de hacer algo así. Ya de ti me espero cualquier cosa. Yo quiero a Joan, que conste en acta señores. —Se me había trastornado la cuñada, era evidente.

—Vale, lo asumo, pero entra. —Abrí la puerta y ella pasó.

Alfredo lo había dejado sobre una manta de esas de propaganda que regalan cuando compras dos sacos de pienso de veinte kilos. Sergio Torres no las usa para dormir, piensa que son empapadores y se dedica a mearlas, por lo que han terminado en el trastero; todo lo que no usamos y más tarde pretendemos vender, acaba ahí.

El plan iba sobre ruedas. Mario no estaba muy convencido de qué era real y qué ficción, pero jamás dijo nada. Comía todo aquello que le ofrecíamos y aunque no quiso besar a Virginie, cosa que comprendí, sí que le hacía muchas preguntas y ella improvisaba a la vez que le respondía. Los observaba muy atenta, escondida junto a mamá.

Cuando ya teníamos encarrilado el tema de Renato Da Silva, antiguo Mario Conde Narváez, la cosa se volvió a complicar.

Recuerdo que era sábado, los niños habían salido a una manifestación, les hice creer que era buen sitio para trabajar, solo tenían que enredarse con una de las cintas que suele colocar Protección Civil, y que bajo ningún concepto dejaran que los atendieran allí, que se marcharan a Urgencias y no se fueran hasta que tuvieran el parte de lesiones. Mandé a mi Evaristo con ellos, aunque él es el contable de la familia, es el único que tiene estudios; qué alegría nos dio a todos cuando trajo su título de Primaria. Hicimos una fiesta en el barrio.

Aquella noche, cuando salíamos de dejarle la cena al antiguo Mario, nos encontramos ante nosotras a Moraimita. Sí, ahí, encima de su silla de ruedas supersónica, que le regaló Evelio en su noventa y cinco aniversario. Era la de la prima de uno del barrio que ya no iba a necesitar nunca más porque parece ser que la secuestró una banda albanokosovar y la silla no les entraría en la furgoneta verde donde la subieron.

La cuestión es que mi cuñada centenaria, la que jamás se había inmiscuido en nuestros asuntos laborales, estaba ahí, con las palmas de las manos hacia arriba y mareando su dentadura. Después de habernos escrito en un papel que teníamos a cuatro detectives pisándonos los talones, entendí que venía a alertarnos.

—Moraima, ¿te has perdido? —fue lo primero que se me ocurrió preguntarle.

—*Money, money, money, here.* —No entendía nada de lo que decía. Nunca le habíamos escuchado hablar y mira que llevábamos décadas conviviendo juntos.

—¿Qué dice la vieja? —le pregunté a mi cuñada que estaba igual de sorprendida que yo, pero igual era francés eso que hablaba o algún dialecto extraño de un país cercano a Francia.

—¿Cómo quieres que la entienda? No tenía ni idea de que hablara, estoy flipando.

—*Money, money, money, here.* So Putas. —Eso último sí que lo entendimos las dos y el gesto que hacía a la velocidad del rayo, frotando su dedo gordo contra las yemas del resto de los otros dedos de la misma mano.

«Hija de su madre». Moraima nos estaba chantajeando. Por lo visto, su afición de mirar por la ventana hacia el descampado, después de quince años, le había traído sus frutos, y tenía que haber sido con nosotras. No sabía quién era, pero había descubierto que ocultábamos a alguien en el trastero y amenazó con chivarse si no le dábamos dinero para ir al bingo y, como no podía ser de otro modo, teníamos que llevarla nosotras. A ella sola no la dejaba salir Evelio. «¡Qué engañados nos tenía a todos!».

No nos quedó otra que aceptarlo. Virginie actuaba chantajeada por mí y las dos por ella. Ahora entiendo el refrán de «más sabe el Diablo por viejo que por Diablo».

Y todas las tardes me tocaba salir disfrazada, para que ninguno de los detectives me reconociera, a pasear a la vieja chantajista. La peinaba con dos coletas para fastidiarla, le echaba colonia hecha con las flores silvestres que recolectaba del descampado, una de mis mayores ilusiones era convertirme en una famosa *perfumera* o como narices se dijera. Olía a rayos, pero la culpa era del material que escogía, no por mí.

Joan, parece ser que engañaba a Virginie, ni salía ni entraba, simplemente. Salió un día, y tardó diez en volver. Mi cuñada estaba enloquecida, siempre con el móvil en la mano localizando puentes. Todas las veces cogía el mío, me dijo que el suyo lo había perdido en el baño al intentar subirse los *leggings*. Siempre iba con su teléfono a todas partes, pero como había que fingir invalidez, no podía echarse a las calles a localizarlo y por no oírla se lo dejaba.

Antonio también salía mucho y entraba poco. Nunca me hubiera podido imaginar que intentara engañarme. Mi Antonio, no.

Contraté a Evaristo, mi niño, para que espicara a su padre. Le expliqué que en la familia paterna tienen un gen defectuoso y en ocasiones se activa y pierden la memoria, y si eso sucediera lejos del hogar, tendría consecuencias fatales para todos. Como mi niño me idolatra, no me cuestionó y salía cada tarde a perseguir a su padre, mostrándome su móvil.

—Mamá, he descubierto algo —me intentaba confesar a moco tendido mi chiquitín.

—Tranquilo, Eva. ¿Qué sucede? —le decía acariciándole con el codo la mejilla, pues llevaba las manos con escayolas.

—Cada tarde, papá, junto al tío Joan, van a esta casa. —No podía ser cierto lo que estaban viendo mis ojos—. Están sentados en esta piedra y cuando se hace de noche, y las luces de esta casa se apagan, se marchan. También he visto salir de ahí al primo.

Me volví loca. Me puse en pie, sin acordarme que llevaba puesta la tobillera, sentí un tirón, di un traspie y, sin querer, —juro que no tuvo nada que ver que me obligara a darle dinero y llevarla al bingo cada tarde—, pues sin poder evitarlo, lancé por la venta abierta de par en par a Moraimita.

Sentí un escalofrío, un dolor intenso en el pie, debido a la fascitis plantar que venía sufriendo meses, por culpa de la imagen, que insisto, impactaba que daba gusto. Además, eran las cuatro de la tarde y en breve empezaría el paseillo de los amigos de los niños bajo el ventanal.

—¡¡Emergencia familiar!! Moraima se ha suicidado.

No fue necesario volver a repetirlo. La familia al completo estaba reunida contra el hueco del ventanal.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alfredo.

—¿Me he quedado viudo? —preguntó Evelio.

—Calla, aquí nadie se queda viudo si la paga es inferior a su pensión. —Logré dar sentido a la conversación.

—Que no cunda el pánico —Virginie estaba participativa, parecía que la depresión le había menguado.

—¿Qué propones, *mamasita*? —preguntaron mis dos sobrinos arrodillados junto a nosotras, también en el ventanal.

—Por favor, que alguien vaya a por ella, no podemos dejarla ahí abajo hasta que decidamos qué hacer. Mejor, no la mováis, dejadla tal cual, habrá que cubrirla con una manta. Así, al menos, si lo mejor es comunicar su suicidio, tendrán que encontrarla de esa forma. De lo contrario, la retiraremos del descampado.

—Lo tengo, podemos guardarla en el trastero. —Casi me estalla el cerebro al escuchar la propuesta de la inconsciente de Virginie.

Yo no podía apenas respirar, pensé que estaba sufriendo un infarto, y no exagero cuando digo que comencé a vomitarlos a todos, no dejé limpio ni uno de todos los presentes. Vomitaba en escopeta, y girando la cabeza.

Lo primero que pensé fue tirarla por la ventana, que muriera junto a la difunta Moraimita. Después, comprendí que su muerte solo nos costaría un

entierro y están bien caros. Además, nunca supe si había pedido la repatriación en caso de fallecimiento.

—¡Mejor que la tapemos con la manta! —Después de haberme vaciado por completo y no quedarme ni bilis que echar, les dije a todos que mi idea era la que se haría, para algo era la cima de la pirámide del organigrama.

—Vamos. —Escuché a mi hermano como les decía a los niños y a su novia-novio que le acompañaran al descampado.

—¿Tú estás imbécil? ¿Cómo se te ocurre decir que la lleven al trastero? —le reñí entre susurros, dándole un *calbot*.

—Estaba al teléfono, la musiquita esa que te ponen te hipnotiza. Sí, sí, continúo al aparato. —Se giró dejándome con la palabra en la boca.



Capítulo 17

Después del varapalo por la repentina e inesperada muerte de Moraimita, cuando salió volando cual paloma y no de la paz, por el ventanal maldito, y mientras mi cuñada, la viva, intenta encontrar una solución para ocultar su cuerpecito sin vida, debo continuar con mi drama particular, ese que tan preocupada me tiene.

Siento que no puedo con mi vida. Estoy totalmente hundida. La partida de mi Joan está demasiado próxima, la presiento. Creo que el día del atropello desarrollé, a raíz del golpe, un poder, como los de los superhéroes, que siempre se convierten en eso por algún motivo, ya sea por una picadura de araña, o por una exposición a la radiación gamma. En mi caso, no puedo lanzar telarañas, tampoco volar de un edificio a otro, ni mucho menos, y he notado una fuerza sobrenatural para ser capaz de abrir los botes de mermelada a la primera, sin embargo, puedo predecir el futuro. Mi Duque se va a ir más pronto que tarde.

Cada vez que pienso en el tema, me falta el aire al respirar y se me adormece la mano izquierda, menos mal que soy diestra. Empiezo a sentir un cosquilleo que comienza en los dedos y termina en el codo, también creo que voy a morir. Eso no es debido a mi superpoder, sino a que mi médica de cabecera, una tarde en la que vino a vernos, por eso de que no podemos salir

de casa, me ha detectado ansiedad y me ha recetado unas pastillas que no me tomo. No me fío, seguro que me atontarían y luego no podría pensar con claridad. O mucho peor, mi familia política iría a pedir mi incapacidad.

Ahora más que nunca necesito tener todos los sentidos puestos en lo que hago. Miré un día en Internet cómo calmarme cuando el ataque estaba cerca y, aunque no funciona, tengo mucha fe puesta en que eso cambie; es solo cuestión de tiempo.

Mi cuñada sigue encabezonada en que el inspector ha de creer que somos amantes o algo por el estilo. Se supone que ella es muy fiel al imbécil de Antonio. ¡Ni que mi cuerpo hubiera conocido a otro hombre que no fuera Joan! Es que, encima, Mario es feo. No hay por dónde cogerlo, se le mire por donde se le mire. Me da grima solo pensar en besar sus asquerosos labios. Tiene una dentadura perfecta, no como la de mi marido, al que, por cierto, de un tiempo para acá, le huele el aliento a limón que echa para atrás.

Como no estoy casada con él y toda esa fidelidad que nos prometimos al convertirnos en un matrimonio no es necesaria, y lo peor no es eso, sino que mi cuñada me chantajeó, no pude negarme, no me quedó más remedio y eso ha desencadenado en mi ansiedad.

Hoy, presiento, gracias a mi superpoder, que algo va a pasar; algo malo.

Y como no estoy centrada, me van y me vienen viejos sucesos, que veo pasar como pequeños fotogramas, afortunadamente, en color, ante mis ojillos deprimidos y carentes de mi característico brillo de mujer jovial. No me quito de la cabeza que acusé a mi hijo de acostarse con la hija del inspector, a la que solo tenía que camelarse para conseguir mi expediente. Él me lloraba diciendo que era imposible, pues aquí confieso que mi Jonhy estaba en lo cierto, no le había tocado ni un pelo a Conchita. En cambio, parece ser que mi Pacorro, sí.

Nos enteramos cuando Carmen sacó del altillo una máquina de esas que utilizan en el Sálvame Deluxe, un polígrafo, para averiguar otras cosas que ahora no vienen al caso, pero que ya que lo teníamos, pensé que sería buena idea probarlo con los niños, por lo que nos marcamos un Deluxe en el salón de casa.

Evidentemente, había que hacer una gran puesta en escena y, aprovechando que Conchita había venido a recoger a uno de mis hijos, me hice la suegra simpática. Con la excusa de invitarla a merendar, en un descanso de la pega de carteles por la desaparición de su padre, saqué la maquineta y haciéndome un poco la tonta, le pedí que me ayudara a desenredar los cables.

Sentamos a los niños en el sofá, muy pegaditos a mi cuñada, ya que ella se había puesto en medio para pegarles los cables por la frente y situarlos sobre la alfombrilla, esa que tiene unos sensores mágicos y aseguran que si mientes, se te contrae algo por el culo, que la curva que sale en el gráfico demuestra que mientes. La cuestión es que Carmen se colocó estratégicamente ahí para que les llegaran bien y que todos estuvieran todo el tiempo pegados a su piel. El problema era que el sofá es de dos plazas y el culo de mi cuñada ocupaba una y media.

Ahí, ellos bien apretaditos, Conchita con cámara en mano para grabarlo todo, y yo sentada frente a ellos, con una libreta en la que había anotado los temas a tratar, dimos comienzo al descubrimiento de la verdad.

—Estamos aquí esta tarde para someter a la prueba del polígrafo a estos dos jóvenes que tienen mucho que contar. Sin más preámbulos, damos paso a las preguntas: Jonhy, ¿es cierto que no le has tocado ni un pelo a Conchita? —Yo era la que hacía las preguntas y Carmen la que observaba las marcas que hacía el polígrafo en el papel.

—Sí —respondió mi pobre niño lleno de cables conectados a su cuerpo.

—El polígrafo dice que... —Carmen tardaba mucho en darme la respuesta por lo bajo para que yo la dijera en alto y me ponía nerviosa—. Miente.

—Pero, mamá. De verdad, que no he hecho nada con ella, te lo juro. —Jonhy estaba al borde de las lágrimas y la cara de Conchita no revelaba nada.

—Técnicamente, el trasto este dudo que entienda a qué se refiere la pregunta. Seguro que el pelo se lo ha tocado, ¿no?

—¡Ah!, claro. —Qué rabia me daba que mi cuñada tuviera razón y hubiera sido ella la que había caído en eso—. Jonhy, ¿has penetrado a Conchita?

—Suegri, eres muy bestia —dijo la presunta embarazada.

—Niña, tú cállate, que todo esto es por tu culpa y tú, niño, venga, contesta a lo que se te pregunta. —Mi cuñada tenía prisa, era la hora de bajar al padre de la experta en cámaras su merienda.

—No —respondió él de manera clara y concisa, bajo la atenta mirada de todos los presentes.

—El polígrafo dice... Que dice la verdad. ¿Veis? Mi niño es muy sincero. Pacorro, te toca. ¿Has mantenido relaciones sexuales, últimamente?

—*Maa*, no eres clara. Así es imposible. —Era muy sospechoso ver la manera en la que sudaba.

—Contesta, coño, que me tengo que ir —le chilló Carmen para dar velocidad. Así, le quitaba toda la emoción.

—Sí. —El sudor iba a provocar un cortocircuito en el aparato.

—El polígrafo dice, que dice la verdad.

—¿Con quién? Responde ahora mismo. Mira que tener secretos con tu madre... Ten hijos para esto.

—Virginie —me interrumpió mi cuñada—, este cacharro solo capta los síes y los noes. Tienes que hacer la pregunta concreta. Déjate de dramas que siempre estás igual.

—Está bien, a ver, un segundo, por favor. Me dicen por el pinganillo que volvemos en seis minutos.

—Pero, ¿qué haces, inútil? —Mi cuñada no estaba metida de lleno en su papel y así era imposible realizar un polígrafo Deluxe de gran audiencia.

—Tengo que ir al baño y eso no puedo decirlo delante de todos los espectadores —respondí muy metida en el mío.

Tras esos seis minutos, que se hicieron interminables, y la desesperación de todos los allí presentes, mientras esperábamos la respuesta crucial de: «Pacorro, ¿has mantenido relaciones sexuales con Conchita, la novia de tu hermano?», evidentemente, la que seguía preguntando era yo, con la mismita entonación que el presentador original; ya podía añadirlo a mi currículum. El niño respondió: «No» y el polígrafo sentenció que mentía. Apareció la Jessy, justo en ese momento y sin avisar.

Lo que ocurrió es que la señorita, sin ningún tipo de modales, se coló en nuestra vivienda. Sabía que teníamos rota la puerta de entrada; solo lo conocen los más allegados. Un día, Sergio Torres se dedicó a pegarse cabezazos contra ella, cuando la vecina del tercero tenía a su perra en celo, y el nuestro que es de libido alta y suelta, se encendió, y bueno, que no hemos tenido tiempo ni dinero para repararla. Jessy entró y se lio. «¿Cómo no iba a liarse una buena?».

El caso es que ahora tengo que ir al supermercado a hablar con ella y hacer que entre en razón para que no vaya a la policía a dar parte de lo que allí sucedió después del polígrafo. Nadie entendió nada, ni mi cuñada Carmen que siempre presume de ser la más inteligente de la familia.

A la joven no se le ocurrió otra cosa que hacerlo trozos. Lo cogió, arrancando todos los cables; estaba poseída. Lo alzó en alto y lo estrelló contra el suelo. Mi cuñada, que cuando quiere es muy rápida, lo metió en una bolsa de basura y se lo bajó al trastero, aprovechando que era la hora de la merienda del inspector. Después de que este se alimentara, fue a la comisaría

a poner una denuncia, alegando que nos habían entrado a robar en casa para que la empresa de alquiler de polígrafos no nos reclamara el importe del destrozo y que nos apareciera una reseña negativa en el perfil de Wallapop.

Jessy, que está muy enfadada y seguimos sin saber el porqué, pretende coaccionarnos, y yo soy la responsable de evitarlo. Por eso voy de camino a su trabajo. Me he pegado, con precinto al cuerpo, siete bolsa de patatas fritas con sabor a huevo frito. Creo que están caducadas, son las que ella vende en el supermercado y no quiero imaginar el olor que desprenderán. Pretendo inmolarme, delante de todos los que compran allí, en hora punta, si ella no me hace caso.

—Vengo en son de paz —he dicho, nada más entrar por la puerta, sacudiendo un pañuelo verdoso usado, que he encontrado en mi bolsillo, clavado en un bolígrafo a modo de bandera, claro—. Exijo de inmediato ser atendida por Jessy, la cajera de la tiritita de Bob Esponja, o haré estallar todas estas bolsas. Aviso, están caducadas, muy caducadas.

—¿Qué clase de locura es esta, Virginie? Estáis todos como un cencerro. Vete.

—No me voy. A la de una, a la de dos, y a la de... —Iba a morir ahogada por la peste, pero merecía la pena.

—Vale, vale. Estate quieta, que lo vas a poner todo perdido y hoy soy la responsable de la limpieza de la línea de cajas. Vamos, anda.

Así ha sido cómo he conseguido hablar con ella, pero estoy preocupada. Gracias a mi superpoder he podido ver que le voy a coger gustillo a esto de vivir situaciones al límite entre la vida y la muerte.



Capítulo 18

Seguíamos de encierro obligado. Por lo visto, nos espiaban y no podíamos hacer vida normal.

Los seguros ya nos tienen fichadas y no escatiman en gastos con la vigilancia. La única que puso un pie en la calle fue Virginie, cuando se escapó a convencer a Jessy de una minucia, pero esto lo dejaré para más adelante, más que nada porque considero de mayor importancia lo que sucedió al día siguiente de la pérdida de la impedida mujer de Evelio, aunque, como siempre, antes tuve que encargarme del asunto de Conchita.

Que estuviera preñadísima nunca fue ningún secreto, desde que lo descubrimos, por supuesto; en su vientre crece a pasos agigantados un Navarrete, pero no de Jonhy, si no de Pacorro.

Jonhy será todo lo que sea, pero noble es un rato. En el momento que juró que no se la había beneficiado, supe que algo había sucedido. Si hubiéramos sido una familia adinerada, habría pensado que la niña lo único que quería era unirse a nuestro clan por motivos económicos, y es obvio que por ahí no iban los tiros, no. Así que, después de que mi cuñada Virginie me diera el coñazo con que había que averiguar lo que en realidad había sucedido, no me quedó otra que dejarla indagar, y fue cuando me acordé de que todavía conservaba el polígrafo que le pedí a uno que se dedicaba al alquiler de ellos, en Wallapop. Y tras destaparse el embrollo y desvelar al verdadero padre de la criatura, fue

cuando comenzó la cruzada contra la Jessy y ya no pude exponer qué haríamos con los futuros padres.

Seguíamos sin decidir qué hacíamos con el cuerpo de Moraima, mi cuñada tristemente desaparecida, que ya podía haber sido la otra, porque con el rollo de que era una superheroína, no dejaba de llorar aclamando a su Duque, alegando que tenía, y sigue insistiendo en que tiene, poderes mentales. Estaba claro que se trataba de una llamada de atención, aunque ella juraba que no. Hacía hincapié en que sabía que Joan estaba a punto de emprender una nueva vida lejos de casa, hasta incluso, lo ubicaba debajo de un puente. El diagnóstico de su psicóloga no fue otro que ansiedad. Yo dije que era tontería. Ella alegó que era vidente.

Y la realidad no era otra que ya no podíamos movernos libremente por el piso, no.

Tras fallecer la mujer de Evelio, mi propuesta fue esconderla. Sí, lo reconozco, soy lo peor de lo peor y una desalmada. Encima, reincidente. Como sabía que lo suyo no tenía remedio, pues jamás escuché que alguien que se hubiera muerto, por primera vez en su vida, lo hubieran traído de vuelta, consideré que eso sería lo más adecuado. Además, Moraimita hubiera querido lo mejor para todos nosotros. Es cierto que para unos más que para otros, y fingiendo que continúa con vida nos sigue ayudando desde allá *ande* quiera que se haya marchado su plácida y alocada alma aventurera.

La familia sigue sin saber que mamá «vive», descansa o lo que sea que haga, en el interior del trastero. También desconocen que el señor inspector es nuestro inquilino de honor, por lo que no podía enviar a la nueva difunta con ellos; demasiada gente junta.

Por un segundo me iluminé, podría decirse que tuve una revelación Mariana. Vi el ventanal sin cristal, y la única forma de protegernos de las inclemencias del tiempo era bajar la persiana, porque yo no sé el motivo, pero siempre que hay un muerto, un funeral o algo de postín en las películas, llueve a cántaros. Pues aquí, sucedió lo mismo. Fue cascarla Moraimita y caer el diluvio universal, haciendo también que desaparecieran todas las pruebas, cosa que fue de agradecer. Vi la luz cuando Alfredo bajó la persiana.

—Niño, hay que desmontarla —dije mientras señalaba al tambor que había arriba de la ventana.

—Se nos inundará el salón —apuntó, muy acertado, mi hermano.

—Es la persiana más larga que tenemos, nos servirá para darle sepultura a nuestra querida y adorable cuñada. Dios la tenga en su Gloria, para siempre. Amén. —Puse carita de pena, haciendo pucheros y santiguándome.

Nadie la quería, pero la soportábamos todos, ya que aportaba mucho a la economía familiar, y siempre pensamos que no se enteraba de nada. La de cosas que le habremos confesado cada uno de nosotros para liberar la culpa interna, creyendo que hablábamos con una muñeca repollo inerte, y qué equivocados estábamos, pero todos. Así que me vi en la obligación, y porque soy muy miedosa, de fingir un aprecio incierto e impreciso hacia su persona, que permanecía aún en el salón de casa. Me negaba a que una vez en el otro mundo, lugar al que debería haber llegado hacía décadas, volviera de madrugada a perturbarme el sueño o para llevarme con ella porque me echaba de menos y se sentía solita allá en la eternidad.

Le expliqué a mi hermano cómo había que proceder. Una vez sacaron la persiana, les dije que la extendieran en el suelo; hubo que apartar un par de muebles. Después, mandé a Pacorro a por unas toalla de esas de propaganda que nos hace las veces de colcha en el sofá, porque Sergio Torres lo llena siempre de pelos —está en plena época de muda, como mi Antonio—. Entre Alfredo y Lucifer La Bien Dotada, la desencajaron de su silla de ruedas y la dejaron caer en el centro.

—Hay que estirarle las piernas. No veis que así es materialmente imposible enrollarla. ¡Que parecéis tontos! —Nada, ahí estaba la vieja en posición fetal o, más bien, en posición *sillal*.

—Pero es que tiene las rodillas muy duras. Está, nunca mejor dicho, «tiesa» —se quejaba Lucifer.

—¡Claro! El *rigor mortis* ese. Si la hubiéramos subido cuando salió despedida, ahora no tendríamos este problema.

—Carmen, es que me da grima —me decía llorando Alfredo.

—Que lo haga su esposo —apuntó mi cuñado-cuñada, en este caso, sin dejar de gimotear.

—Tendréis que romperle las piernas. Que se os tiene que explicar todo.

Nada más ponerme en pie, comprobé que, a lo lejos, en el otro lado del descampado, oculto entre matorrales, teníamos un objetivo apuntando a nuestra vivienda, ahora desprotegida y a la vista de todos. Tras la cámara, había un *voyeur*.

No tuve tiempo de reacción. Fingí no haberlo visto, pero sabía que me tenía a tiro. Si se hubiera tratado de un francotirador contratado para darme matarile, ahora estaría más muerta que Moraima. No podía permitir que me retrataran de aquella forma, en pie y muy entera, que fuera en camisón no me importaba. Necesitaba el pago del seguro, queríamos irnos a la Warner en Navidades y ese dinerillo nos venía al pelo.

El susto que sintió mi ser al visualizarme, en Nochebuena, chupando todos la misma cabeza de gamba sin poder llevar a cabo mis planes vacacionales, colaboró en mi derrumbe magistral, pues logré hacerlo más real y doloroso.

Me torcí el pie en el que llevaba la tobillera falsa; grité como un cochino el día de su matanza y al buscar un apoyo físico con el que encontrar estabilidad —veía que me iba de bruces contra el televisor de cincuenta y tantas pulgadas, que hacía apenas un mes «ganó» mi sobrino cuando en un rasca rasca de una bolsa de patatas fritas de esas que engulle su madre, porque eso no es comer, le salió el premio—, pues mi instinto de supervivencia se agarró al hombro de Lucifer. Sin embargo, la mala suerte se cebó de nuevo con mi feliz familia, hasta hacía un par de horas, ya que íbamos perdiendo miembro a miembro de forma repentina de nuestro extenso clan y, ahora, ya no éramos tan felices.

El pobre Bien Dotada caía por el hueco que había atravesado la silla de ruedas de Moraimita, precipitándose al vacío, de una manera tan repentina, que nadie supo cómo actuar y ninguno reaccionó a tiempo para salvarlo.

—¡Dios mío! ¿Ha caído? —pregunta típica de la lerdia de mi cuñada.

—No, ha volado cual palomo, no te fastidia. Por favor, que alguien mire, yo no puedo moverme de aquí, me están haciendo fotos —les susurré mientras reptaba por el suelo, hacia el pasillo. Sabía que, desde esa posición, nadie me vería.

—¿Fotos? Pero ¿quién te crees que eres? ¿Belén Esteban en Benidorm?

—No, hija, soy una estafadora a la que las compañías de seguro piden su cabeza. Se supone que estamos inválidas. Tírate al suelo, loca —le seguía susurrando mientras señalaba las baldosas llenas de pelusas y bolas de pelo de Sergio Torres.

—¡Alfredito! Corazón, tenemos algo que contarte —grité desde mi nuevo emplazamiento—. Siéntate, anda.

—¿Dónde está Luci? —preguntó con la voz temblorosa. Estoy segura de que presentía que no volvería a verlo.

—En la calle. Cayó al descampado.

Fue decírselo y perder el juicio. Se quitó los tacones, los lanzó por el hueco, que se empeñaba en dar paso a mejor vida a nuestros familiares, y se encaramó en el borde. Gritaba, lloraba, y en lugar de arañarse la cara a sí mismo, lo hacía con la de Pacorro. Mi sobrino, como es normal, en un caso de agresión, también se volvió loco, mientras intentaba quitárselo de encima, sin

éxito. Mi hermano, con una mano, se sujetaba al marco y con la otra, a modo zarpa, se cebaba con el niño.

Alfredo, trastornado, sin dejar de hacer el molinillo con su mano derecha, enganchó su anillo de la buena suerte, —una cabeza de res—, en los bucles de Pacorro. Este giraba la cabeza de izquierda a derecha, echando dentelladas. Mi hermano, asustado, levantó con fuerza la mano y le arrancó de cuajo un mechón de pelo, por lo que mi cuñada, la que seguía con vida, se lanzó como una flecha contra Alfredo, que desapareció de mi campo de visión, cuando lo dejó caer.

En realidad, cayeron los dos abrazados, dejando petrificado al pobre niño.

Tranquilos, no hubo ninguna muerte más que celebrar. Aunque sí lesionados.

Pasados aquellos días de angustia y encierro, ya puedo salir a la calle. Ahora lo hago en la silla de ruedas de mi cuñada. Ya no debo temer a los detectives que me han puesto los del seguro, pues soy una minusválida en toda regla, eso sí, sin carnet para aparcar en la zona de la playa, pero no me preocupa, pues no tenemos coche.

Suelo salir cada cuatro horas, como el paracetamol. Bajo a visitar a Renato Da Silva, que sigue sin recordar quién es de verdad. Le he hecho ver que su relación con Virginie no va a ninguna parte. Lo ha entendido a la primera y me ha confesado que nunca ha estado enamorado de ella, que lo siente, que no comprende por qué tuvo que dejar una vida en Las Azores para acabar en el trastero de casa. Jura, y yo me tengo que aguantar la risa, que mi cuñada jamás antes le confesó que estuviera felizmente casada y, además, que hubiera sido madre, pues de haberlo sabido no hubiese interferido.

Le expliqué que él vivía en la calle, era lo que viene siendo un sintecho, y solo buscaba instalarse en España para ganar calidad de vida, pero que lo entendía.

—Si no tenía para una casa, ¿cómo nos conocimos? ¿No se suponía que era representante de piña caliente?

—Pues está muy claro. —Pensé todo lo rápido que mi estado mental me lo permitía, este hombre era muy avisado—. Acudías a comedores sociales. Todo el mundo sabe que tienen una sala de chat, desde allí hablabais. Terminaste en la calle tras tu despido procedente, por agredir al embajador de China cuando fue a firmar un contrato millonario para abastecer de piña caliente su país. Tú querías hacerte un *selfie* con él y el hombre se negó. Te cegaste, Renato, eras muy impulsivo en aquella gloriosa época. Bueno, corazón, no te preocupes, mi cuñada lo superará, pero ahora debes marcharte.

Todos necesitamos comenzar de cero, sobre todo, Virginie. Y sin ánimo de asustarte, deberías escribir una carta de despedida. —Abrió tanto sus ojos que pude ver a través de ellos el chichón que se hizo el día del atropello. A pesar del tiempo transcurrido, allí seguía el desgraciado—. No te asustes, hombre, hablo de despedirte del mundo en general, por si una vez en Rusia, por lo que fuera, alguien te buscara.

—¿Crees que sería conveniente que me despidiera de Virginie?, lo mismo se le ocurre venir a buscarme. ¿Hablas de eso?

—No, buen hombre, de ella no, es más, no pongas adónde te marchas. Verás, en tu ciudad te buscan por asesinato. Sí, no me mires de esa forma. Eras una especie de asesino en serie, después de lo del Embajador, le pillaste el gusto a esto de las agresiones y fuiste más allá, dándoles muerte a tus víctimas. Lo mejor sería que pusieras que has decidido partir a un destino desconocido con la única intención de borrar tu pasado y alinear tus *chakras*. Mira, tú empieza, hazme caso, que de esto sé un rato.

—¿Y por qué escribo en español? Si soy de allí, entiendo que debería hacerlo en portugués, al igual que al dirigirme a ti, no comprendo por qué lo hacemos en español. —Es increíble que después del tremendo golpe que se dio, todavía tuviera esa capacidad de raciocinio.

—¿Pero por qué piensas que hablamos en español?, hombre de Dios. Mi lengua materna es el portugués y la de la fea e insulsa de tu novia, es el francés. —Me miraba con cara de no creerme, pero tenía tantas ansias de marcharse, como yo de perderlo de vista, así que no comentó más sobre el tema.

Cuando tenía su carta de despedida, la guardé en mi refajo, ya tenía una prueba de que nadie lo había secuestrado. La haría llegar a Hacienda, así su familia dejaría de buscarlo, que cada dos por tres sale en las noticias y es muy desagradable ver a su mujer a lágrima viva pedir su liberación y a la pobre Conchita, en su estado de buena esperanza, empapelando media ciudad con el rostro de Mario Conde Narváez.

He decidido que lo voy a enviar a una aldea de Kazajistán, en Rusia, que se dedique a la cría del hámster. Mañana le sacaré los billetes. El traslado y la despedida se la encomendaré a mi Evaristo.

Hoy, por primera vez en veintitantos años, acudiré sola a un juicio por estafa. Antonio está muy extraño, y pisa poco por casa. Dice que se ha pedido una excedencia en el trabajo, ya no tiene esas ansias por romperse huesos para cobrar indemnizaciones. Eso que me enamoró de él está desapareciendo y se me parte el alma al comprobarlo.

Me han citado para decidir si el Ayuntamiento debe pagarme por el accidente del descampado, en el que convertimos a Mario en Renato.

Estoy nerviosa, para qué decir lo contrario, siempre he sentido el apoyo de mi familia, pero cada vez vamos quedando menos.

Alfredo está en cama, le toca guardar reposo. Le han dicho que tiene para un par de meses y por la cara, pues al caerse por el ventanal de casa, no le cubre el seguro. Con Lucifer, que tampoco murió al precipitarse al vacío, habría sido distinto. Le hubieran dado una pasta de no haber metido las narices el detective *voyeur* que nos puso la compañía del Ayuntamiento. Fotografió todo, no se dejó nada. Tenemos unas fotos impresionantes, tanto que he solicitado una ampliación para colocarla en una de las paredes de nuestro piso.

La cuestión es que tengo a los dos encamados, y a Virginie *ensofada*, pues se rompió la tibia y el peroné al caer abrazada a Alfredo.

Resumiendo, que voy camino de los juzgados más sola que la una, porque al llevar una silla de ruedas de esas con motorcito, de los familiares que quedan en pie, nadie se ha dignado a acompañarme.

Evaristo lo único que tiene que hacer es llevar a Renato al autobús, setenta y siete horas le separan de su destino.

Pacorro acompañará a Conchita a la matrona del centro de salud de nuestro barrio. La niña tiene que empezar a cuidarse y, presa del pánico, abandonó su domicilio, por lo que nos tocará empadronarla con nosotros. Su madre le ha jurado que acabará con ella cuando aparezca su padre, el señor inspector, al que busca desesperada.

Moraima continua enrollada en la persiana dentro de un congelador industrial, en el centro Cívico, que está a dos manzanas de nuestro edificio. Tenemos un contacto allí y nos hizo el favor de guardárnosla hasta que decidamos qué es mejor hacer con ella, a cambio de algún favor más adelante.

Y aquí sigo esperando en los pasillos del juzgado. Como soy reincidente, todos me conocen y saludan. Qué harta estoy de tener que fingir, con una amplia sonrisa, que me caen bien, y la única razón es que nunca se sabe si en un futuro necesitaré un favorcillo de alguno.

Me encantaría saber qué narices hacen Antonio y Joan en casa de Conchita, por consiguiente, en el domicilio de Mario Conde Narváez, porque aunque ahora sea Renato, allí lo conocen por el otro nombre.

Bueno, la cuestión es que las fotos que me enseñó mi Evaristo, solo muestran que en esa casa se está cocinando algo y aunque me haga la tonta y no le pregunte a Antonio dónde se mete durante todo el día, una no lo es y me

duele la incertidumbre. Tengo ahí grabada a fuego la imagen de mi marido abrazando a la fresca esa, que recuerdo a la perfección cómo iba vestida.

A Virginie no puedo decirle nada, pues conforme está de trastornada con esto de la videncia, la veo capaz de deslizarse por la autovía cual víbora hasta llegar allí y pedirles explicaciones, ya que con la pierna partida en cuatro, difícil tiene el caminar y me niego a cederle la silla de Moraima.

Así que he decidido marcharme y no entrar a la vista del juicio. Sí lo sé, sería la primera vez en mi vida que renuncio a algo como esto, pero me puede más la vena esposa y hermana, que el hecho de esclarecer quién manipuló los frenos de las bicicletas del Ayuntamiento, que sé que nadie, porque eso nos lo inventamos. Ya veré de dónde repongo el ingreso este tan jugosito.

He regresado de nuevo al sofá de casa.

Lloro, lo hago sin parar, no entiendo qué nos ha sucedido, si éramos felices. En serio que lo éramos, la vida no tenía sentido si ninguno no formaba parte de la del otro.

Adónde voy a ir yo con casi sesenta años, separada o viuda, porque yo al sinvergüenza del infiel de mi marido, pienso matarlo. Aunque esté de muy buen ver y en la actualidad, en el caso de que quisiera encontrar pareja, no creo que tuviera ningún problema, no concibo la vida sin mi Antonio.

Él es la luz de mi día a día. Desde el concierto de Camela, ha sido el que ha iluminado mi camino. Tengo que reconocer que sin su presencia, me pierdo; me declaro inútil total. No sé hacer nada sin él. Aunque jamás le haya pedido opinión y siempre haya dirigido su vida, y bueno, la de todos, porque tengo espíritu de líder, y eso sale aunque yo pretenda impedirlo, que no lo he intentado, porque soy de las que me gusta mandar, ordenar y tenerlo todo controlado, más con la familia que me ha tocado en gracia, yo lo echo de menos.

—A ti, ¿qué te pasa? ¿Has perdido el juicio? —me ha preguntado Virginie, con cara de asombro.

—*Naaada* —le he respondido, mientras hipaba, por culpa de la pena interior contenida que fluía al exterior por todos los poros de mi ser.

—¿Los has visto juntos? Dime, ¿has conocido a Viorica? ¿Es eso? —me ha aturullado a preguntas dándome cojinazos en toda la cabeza.

—*Nooo*. No se trata de eso. ¿Viorica? A mí qué narices me importa esa. Es Antonio. Que todo lo quieres saber.

—¿Antonio está liado con Viorica?

—¿Qué estás diciendo?

—Yo nada, has empezado tú.

—¿Yo? Si la que ha nombrado a Viorica has sido tú. Virginie, no es día de tocarme la seta.

—Pues explícate. Respira hondo. Necesito saberlo, por muy doloroso que sea. Aunque te niegues a reconocerlo, en el fondo, sabes que me aprecias. Estás mal porque has visto a Antonio con Viorica o... ¡Ay, madre de las mujeres cornudas! ¿Has encontrado a mi Duque y a tu Antonio en la cama con Viorica? ¿Dónde vive? ¡Vamos! Nosotras podemos. Me pido arrancarle los testículos a mi marido. Tú tienes suerte de que esté *vasectomizado*. —Se ha puesto en pie, a la pata coja, para después coger el cenicero que nos trajo mamá en uno de sus viajes a la Virgen de Lourdes.

—Deja eso, anda. No es mi hermano. Bueno... Que estoy mal porque noto muy distante a Antonio. ¿Vale? Si no pisan la casa para nada. Y tú que estás inmersa en tu locura, convertida en Aramís Fuster y no te preocupa nada más que él y hacer el ridículo en el súper, que me lo han contado, hija. ¡Qué vergüenza!

—No te sigo. ¿Intentas decirme que mi Duque está liado con la del súper?

He preferido dejarla con la palabra en la boca, le he dado al botoncillo de la silla y me he marchado a mi dormitorio para tener tranquilidad y poder pensar con claridad.

Lo más importante, antes, incluso, que aclarar con quién me pone los cuernos Antonio, era saber si Renato Da Silva había subido al autobús. No he tenido noticias de mi hijo y con lo responsable que es él, es para preocuparse.

—Nene, es la *mama*.

—*Mamááá*. —Escucharlo responderme así ha provocado que me diera un vuelco en el estómago.

—Nene. ¿Qué pasa?

—*Mamááá*.

—¡Dios, Evaristo! ¿Qué te pasa? Y no me digas «*Mamááá*».

—¡Ay, *Mamááá*! —Y dale—. El tipo este, el novio falso de la tía.

—Dónde estás, eso al menos serás capaz de decírmelo.

—Trastero.

He colgado todo lo rápido que he sido capaz. Sabía que le había sucedido algo y me he temido lo peor. He visualizado a mi chiquitín maniatado al único pilar que tenemos en nuestro trastero, aunque lo he descartado enseguida, pues de haber sido así, no creo que hubiera encontrado la forma de contestarme al teléfono. Sin embargo, sí lo he imaginado golpeado, con el labio partido y sangrando como un *cerdícola*. Tanto tiempo junto a la asquerosa de mi cuñada ha provocado una transferencia de superpoderes.

He salido dándome golpes contra las paredes del pasillo y me he llevado por delante a Sergio Torres, pero no me ha importado; mi hijo siempre ha sido lo primero.



Capítulo 19

Sigo sintiendo que mi vida no tiene sentido alguno, que estoy en este mundo como un ave de paso y que a nadie le importo. Les da igual si vivo o muero, si estoy o no. No veo el sol, ya no brilla, y no hablo de que hayamos arreglado la ventana, la que, por cierto, sigue igual, sino de que mis días son en tonos grises. Ya no hay color, lo veo todo más negro que blanco.

Cuando sucedió lo de Alfredo y me lancé hacia él para poder «cogerle» y que no cayera por la ventana, me fue imposible. Como ya dije anteriormente, mi superpoder no es el de tener una fuerza sobrehumana. Nos caímos los dos, y a causa del fatídico accidente, y de que el estado de nervios no me permitió hacer uso del poder que sí tengo, el de tener visiones de futuro, acabé con la tibia y el peroné en trozos. Bajo presión no funciono del todo bien, es algo que tengo que perfeccionar.

El encierro me está volviendo loca, pues la egoísta y mala persona de mi cuñada no me deja la silla de Moraima, dice que la necesita para desplazarse y así, no andar. Yo sabía que era vaga, pero no hasta el punto de tenerme a mí inmovilizada en el sofá, que no puedo caminar. Tengo una escayola que empieza en mis dedos del pie y acaba en la ingle, zona en la que me está haciendo rozaduras.

Estoy cansada de ver la televisión, ya no me llena igual que antes. Una cosa es verla por afición y otra muy diferente, por obligación. Los programas que antes me tenían en ascuas, ahora me son totalmente indiferentes. No es que Ana Rosa haya perdido su gracia, el problema es que me obligan a verlo y no quiero, por eso he lanzado el mando hacia el aparato, y aun siendo enorme, no le he dado y se ha colado por detrás del mueble y ahora, como estoy en reposo, me es imposible cogerlo debido a mi estado.

Yo solo quiero ir en busca de Joan. No aparece y siento que cada minuto que pasa está más lejos de mí. «¿Se habrá ido ya con Viorica a su país y por eso tengo esta sensación?». Llevo muchos días sin verle, justo desde ese en el que pasó todo el percance de la ventana.

La culpa de cada una de mis penurias es de Moraima, muy callada, muy observadora y dando la lata hasta el final. Ella no se podía ir sin dar la nota, no. Llamaron a Joan, no sé quién fue porque me encontraba en un box de Urgencias, viendo como dos enfermeras hacían una obra maestra al más puro estilo de Juan Martínez Montañés, con mi escayola. Él vino, tarde y más desastroso que nunca. Llevaba la misma ropa de la anterior vez que lo vi, ¡qué cerdo era a veces! Cualquiera podría poner en duda que fuera un hombre felizmente casado. Estaba segura de que no se había cambiado ni los calzoncillos, el muy guarro, lo peor de todo es que olía a alcohol. Mi Joan, ese hombre que solo se emborrachaba de mi amor, ese que perdía la cordura entre mis piernas, ese que no veía más allá que el suelo por el que yo pisaba.

En ese preciso momento fue cuando supe definitivamente que iba a dejarme, no me hacía falta hacer uso de mi videncia, fue él quien me dijo que estando escayolada no podríamos hacer nada y que necesitaba alejarse porque el agobio se apoderaba de su cordura. ¡Qué duro es no poder demostrar tu amor a la persona por la que bebes los vientos!

Me entró el pánico y tras esa conversación, que finalizó diciendo que tenía que hacerse la maleta porque tenía que viajar, me agarré a su pierna para que no se fuera. «¿Qué iba a ser de mi vida sin él? ¿Qué iba a ser de la suya sin mí? ¿No se daba cuenta de que no existía una mujer que lo amara más que yo?» Había dejado mi vida atrás, exclusivamente, por él. «¿Así me lo pagaba?».

Me dijo que tenía prisa, que lo estaban esperando y fue tan fuerte la manera en la que había atrapado el camal de sus pantalones entre mis brazos, que se los bajé hasta los tobillos, llorando como una descosida y dejando al descubierto una ropa interior que no conocía. Esos calzones no eran de su propiedad, estaba más que segura. Era una lapa, una extensión de su cuerpo,

pero él no reaccionaba y tiraba. Me llevó a rastras por todo el pasillo, no quería imaginarme cómo se me iba a poner la escayola de la porquería que cubría el suelo. Con los últimos acontecimientos, nadie había limpiado el piso y estaba que daba asco. Tanto era así, que mi Duque, ese gorrino desconocido para mí, pasaba desapercibido.

No hubo manera de pararlo, convertirme en lapa humana no había servido de nada y no pude impedir lo inevitable. Su partida.

Desde entonces, no hago nada más que no sea llorar abrazada al álbum de Mickey Mouse que tenemos de fotografías juntos, toda nuestra vida está ahí plasmada y duele. Duele mucho verlas, pero no he podido evitar quitar todas las imágenes para escribir tras ellas la fecha y el lugar, por si acaso, algún día, cuando Joan no sea más que un simple fantasma de mi pasado, se me olvide. Nunca se sabe qué puede pasar y desde que vi la película *El diario de Noa*, es algo que me preocupa mucho; olvidarme de mi preciosa historia de amor.

Las horas se pasan lentas, o rápidamente, ya no lo sé, he perdido la noción del tiempo y lo único que hace que no esté tan triste, es vivir de los recuerdos que tengo con esas fotografías que tengo extendidas por todo mi alrededor. He tenido que utilizar los permanentes que uso para las canitas de Pacorro, debido a que la tinta normal se corre con el mar de lágrimas que me caen por mi hinchado rostro. Soy incapaz de controlarlas y tengo miedo de que María Pacita, mi psicóloga, se dé cuenta de que voy de mal en peor. Sigo negándome a tomarme eso que me recetó.

Benidorm.

¡Qué ilusión me hizo ese viaje! Como buena francesa que soy, me moría de ganas por visitar esa zona de la costa mediterránea y mis padres me concedieron la dicha de pagarnos la estancia en un hostel de lujo, en quinta línea de playa. Tenía una estrella de categoría, no hablo de uno cualquiera, y cada noche, tras pasear por la calle del Coño, nos fotografiábamos debajo de ella. Yo le decía a Joan que al igual que esa estrella alumbraba la fachada del hotel, él alumbraba mi vida.

Fueron cinco días maravillosos, en los que mi pobre esposo, debido a mis náuseas del embarazo, —ya no estaba en estado de buena esperanza, pero estas no se habían ido—, no podía consumir el matrimonio y tenía que salir

por las mañanas a conocer él solo los alrededores. Volvía muy relajado, tranquilo y sudoroso, menudas caminatas se debió pegar el pobre mío.

Jumilla.

El viaje hasta allí no fue planificado. Un día, supongo que por nuestro quinto aniversario de bodas, ya que fue tan disimulado para sorprenderme, que hizo como que no se había acordado. Llegó a casa una noche diciéndome que hiciera las maletas, que nos íbamos y que metiera todo lo que pudiera por si acaso no volvía. Yo estaba segura de que iba a llevarme a un lugar especial, que me iba a gustar tanto, que me haría tener dudas existenciales sobre si tenía que volver a nuestro piso mugroso compartido.

Fue una sorpresa que, al llegar, estuvieran mis padres esperándonos. En esas fotos se ve a mi padre en todas con el ceño fruncido, supongo que tenía una especie de resquemorcillo al saber que Joan era el hombre de mi vida y no él. A mi madre, en cambio, se le veía tirando de mí en todas, no entendían que tenía que salir abrazada al cuello de mi marido, el que por cierto, en algunas salía un poco moradillo, creo que por la presión psicológica de estar ante sus suegros.

En una de las salidas de Joan, esas que hacía para explorar la zona y sus alrededores, mis padres insistieron en que tenía que irme con ellos, que el hombre que estaba a mi lado tenía un problema que tenía que solucionar y que podía contagiarme cualquier cosa. A día de hoy, no sé a qué se referían. Sin embargo, sigo pensando que la distancia que nos separaba, les dolía mucho y que por eso querían apartarme de mi príncipe azul.

Calpe.

¡Qué increíble fue! En esa ocasión, dormimos en un chalet abandonado, a las afueras. Quisimos ir de aventureros por la vida y nos fue imposible encontrar nada, justo eran las fiestas patronales y estaba todo hasta arriba de ocupación.

Joan, que es muy listo desde siempre, decidió que en el lugar más abandonado, pasaríamos totalmente desapercibidos y además, nos saldría gratis. Supongo que, para no levantar sospechas, él no se acercó al pueblo a hacer eso que tanto le gustaba, explorar, y fueron seis días llenos de amor. No salíamos de la cama para nada, bueno, cama..., más bien, era un cartón extendido en el suelo, que en su día fue manta, hasta que la lluvia que se

colaba por las goteras la había acartonado. Creo que ese viaje fue el más romántico de todos. Volvimos los dos con neumonía porque no habíamos sido previsores de buscar una casa con el techo en condiciones, sin embargo, mereció la pena ver la cara de Carmen cuando se lo conté. Le corroía la envidia y aunque disimuló, escuché como le recriminaba a Antonio que ellos nunca salían.

El Puig.

El último de todos. ¡Ay, qué pena! ¡Qué dolor me causa ver estas instantáneas! No puedo, soy incapaz, me parte el alma en trozos del tamaño de los granos de arena de la playa por la que paseábamos cada atardecer para ir a la feria a comer manzanas caramelizadas. ¡Parecíamos Adán y Eva en el paraíso comiendo del fruto prohibido!

Solo pudimos estar tres días, porque Antonio requería de la presencia de Joan. No quería contarme el motivo, pero algo muy importante debía ser para dejar una noche de más pagada en el hostel en el que nos alojábamos, y salir corriendo de allí, sin darme tiempo a llevarme las toallas.



Capítulo 20

Todavía no me he recuperado. Qué mal lo pasé.

Resulta que, mi querido y adorado Evaristo, el que más dinero me ha reportado en toda mi vida laboral, tuvo que presenciar, con lo sensible que es, la bajada de azúcar del inspector.

Él era el encargado de acompañarlo a la estación de autobuses, debía enviarlo a Kazajistán, pero no tuvo tiempo de reacción.

Cuando entré, me encontré a Mario Renato Da Conde Silvárez, que ya no sabía ni cómo se llamaba el hombre, tumbado sobre el suelo con los ojos en blanco, la boca abierta de par en par y los brazos alargados hacia el techo. Evaristo, en cambio, estaba escondidito en un rincón, acurrucado en sí mismo, sentado sobre un charco de pis. Era suyo, no es que nadie hubiera entrado allí para vaciar la vejiga. El miedo se le convirtió en fluido.

Según me narró, los tristes hechos sucedieron en el siguiente orden: cuando ya se marchaban, Mario empezó a interrogar al niño. Este, que está bien aleccionado, le respondía con magistrales evasivas, y el inspector, que aunque no tuviera la memoria en sus cabales, se olía algo, pretendía darle esquinazo. En un intento fallido de fuga, le dio un empujón a la famosa alfombra de Túnez para entorpecer el paso a mi niño, y así poder salir a toda prisa sin mirar atrás. Digo yo, porque el señor no se ha pronunciado.

Al estirar de los flecos, se desenrolló en un nanosegundo, mostrando a mamá en toda su plenitud. Bueno, no, imposible que se encontrara en todo su

majestuoso esplendor, pues llevaba muerta el tiempo suficiente para que su organismo hubiera reabsorbido sus carnes. Mamá era como yo, la típica mujerona mediterránea de grandes curvas y con un atractivo innato que dejaba huella allá donde pisara. «Pobreta, mira que la echo de menos». Que la tuviera envuelta en la alfombra no significa que no la quisiera. Yo amaba a mi madre, pero si alguien se tomaba bien en serio su trabajo, esos fueron mis progenitores. Mamá sabía que una vez muerta, no había retorno. En fin, que este tema ya lo aclaré en su momento, pero pretendo dejar claro que no lo hice por desapego ni por ser mala persona.

A lo que voy. Mamá se abalanzó sobre Mario. Mario gritó a pleno pulmón, hasta que dejó de hacerlo porque comenzó a faltarle el aire. Evaristo chilló al escuchar cómo lo hacía el inspector, pero sobre todo, al comprobar que la abuela aparecía de la nada —él la hacía en Marsella con el padre de Virginie, viviendo una segunda juventud—. Le impactó lo bien desmejorada que estaba, supongo que el niño había idolatrado su recuerdo. Porque aunque la hubiera embalsamado como si me dedicara a ello, era evidente que, para quién no esperara que se apareciera así, de la nada, por su cuenta y riesgo, pues debía ser un susto tremendo.

El niño se me quedó en *shock*. Aún tiene pesadillas por la noche, y no puedo llevarlo a ningún especialista debido al motivo por el que se encuentra así. Nadie en su sano juicio intentaría que su hijo recobrarla la conciencia, si con ello se viera obligado a desvelar un secreto de esa magnitud y de esta forma comprometiera a todo el clan familiar. Ya se irá recuperando poco a poco con la terapia que le puedo ofrecer, que no es otra que llevarle donuts de Pantera Rosa y dejarle que coma a su antojo.

Y a Mario lo dejamos cerca de su casa, tras comprobar que no recordaba nada de su vida anterior ni de la siguiente. Fue sencillo, miramos la calle en su carné de identidad con lo cual fue un acierto trasladarlo en la furgó del panadero, se la tuve que coger «prestada», y obligué a Pacorro a que nos dejara cerca de su casa. No le dije el sitio exacto, pues tampoco quería que supiera que viajábamos con su presunto suegro. Digo presunto y no afirmo que fuera su suegro, porque me da que Conchita es un tanto ligerita, y lo mismo cuando se entregó en cuerpo y alma al chaval, ya venía con sorpresa. Yo estas cosas las detecto a la primera. Esa tenía de virgen lo que yo de honrada...

La cuestión es que después de dar más vueltas que un tonto, y comprobar que no había nadie cerca, me ayudó a bajarlo, lo dejamos tal cual lo habíamos sacado del trastero en una esquina de su barrio de alto *standing* y como

Pacorro sufre de déficit de atención, no supo ubicarse. Una vez nos dejó en tierra, le pedí que se marchara y que jamás le contara a nadie lo que allí acababa de suceder, aunque le fuera la vida en ello. Le prometí un paquete de tabaco de liar por su silencio.

—Señor, señor. —Le abofeteaba con todas mis ganas, intentando cerrarle la boca, no en plan de que no hablara, si no para que dejara de parecerse a un muñeco de cera, pues su aspecto impertérrito impactaba y yo no podía concentrarme—. Caballero, ¿qué le ha sucedido?

Fingí un encuentro muy casual. Mario no reaccionaba, así que decidí salir corriendo, pero en ese instante, escuché un susurro. Tuve que volverme, no tenía mucho sentido dejarlo abandonado allí, si ya me había visto. Mi temor era que pudiera reconocerme.

—*Ayuuu* —decía con los ojos del revés.

—Amigo, ha debido de desmayarse. —Me hice la sorprendida, abriendo la boca de par en par, dejando ver mis amígdalas y mis caries.

Tras asegurarme de que no me recordaba, le pedí que me dijera dónde vivía, yo lo sabía, como era evidente. Jugaba con ventaja, al comprobar que Mario no conocía ni su nombre. Le mentí diciéndole que no se moviera de ahí, que iría a pedir ayuda. Lo arrastré un poco para dejarlo a la vista de cualquiera que pasara por allí, yo tenía pensado irme para nunca más volver. Lo que jamás hubiera imaginado es a quién me encontraría.

—¿Carmela?

—¿Antonio?

—¿Quién es ese tipo? —me preguntaba dirigiendo su mirada hacia las piernas que sobresalían por detrás de mi silueta, a mi espalda.

—¿Qué haces aquí, pendejo?

—Nada, ¿y tú?

—Pasaba por aquí.

—A veinte kilómetros de casa y con el tobillo dislocado y, sobre todo, sin la silla. ¿Pretendes que te crea?

—No me cambies de tema, ingrato. Dime, ¿qué te traes entre manos? —alegué indignada colocando los brazos en jarra.

—¿Me estás espiando?

—¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Ocultas algo? —Ignoró mis preguntas, pues su atención estaba en otra parte.

—No me digas que este tipo es el inspector que anda buscando media España. —Se colocó las manos en la cabeza, sin dejar de apretar los labios.

—Pues no, supongo que no se trata de él. ¿Cómo quieres que sepa quién es? Si acabo de encontrármelo mientras daba un paseo. Había pensado que si conseguimos un dinerillo extra, podríamos cambiar de casa y esta zona es muy *chic*.

—Carmen, guapa, que son muchos años juntos. Me estás mintiendo y los dos lo sabemos —me aseguró a la vez que señalaba a la valla, que estaba forrada de arriba abajo con la foto de Mario.

—Antonio, que para mí son los mismos que para ti y también sé que me mientes, los dos lo sabemos.

Nada, ninguno daba su brazo a torcer, y ahí, en mitad de la acera, permanecía inmóvil Mario, abandonado como un perrito, tapado por un banco de piedra rústica de diseño para barrio de ricos. Nos miraba muy atento sin perder detalle de nuestra acalorada discusión.

—Toni, venga, que se nos echa la noche encima. —Salió una mala pécora por la puerta de una valla, debía de tratarse de la mujer del inspector. Iba como Jane Fonda, enfundada en un *mallot* de licra rosita chicle de fresa ácida y unos calentadores de color naranja que no pegaban para nada con su *look* deportivo desenfadado.

—Carmen, esto no es lo que parece —me dijo sin que hiciera falta que le pidiera cuentas.

—¿Toni? Pero esta, ¿qué se ha creído? —Me lancé a su cabeza, le arranqué la cinta esa que parece una toalla de baño finita. Recuerdo que estaba esponjosa. En cuanto se la arrebaté, me la guardé en el canalillo, no tenía intención de devolvérsela, al igual que los mechones que le iba desprendiendo de su cola impecable de caballo. Ella daba manotazos al aire, ninguno me acertó.

—¡Ay! ¡Ay! Toni, quítamela de encima. ¡Juanín! —Paré en seco.

El tonto a las tres de mi hermano sacó la cabeza por la ventana de un primer piso en la fachada que daba a la puerta por la que había aparecido la zorra deportista.

—¿Joan? Tenía razón Virginie. ¡Vamos a acabar contigo, Vitorica! No te bastaba solo con uno, nooo. ¿Pá qué? ¡Venga, que no me vale con destrozar un matrimonio! ¡Ale, que me cargo dos por el precio de uno! ¡Zorra!

Ninguno entendía nada, pero Antonio actuó raudo y veloz levantándome en volandas, dejando a la vista de la loca del *mallot* a Mario Conde.

—¡Amor! —dijo Vitorica, Vicorica o como narices se llamara la rumana de las visiones de mi cuñada Virginie, lanzándose a sus brazos.

—¿Amor? Serás golfa, *putángana*. Ni caso, te la está pegando con mi marido y con mi hermano —le explicaba al pobre inspector que estaría deseando sufrir una embolia mortal para despedirse por la puerta grande de este mundo sin sentido.

—¿De qué hablas? Carmen, cálmate —me pedía Antonio.

Mi futuro exmarido se despidió muy amablemente de todos. Sospechaba, con acierto, que yo tenía algo que ver con el secuestro y ahora, con la repentina y mágica aparición del señor Conde. Se excusó diciendo que yo había llegado allí con la única intención de dejarla calva, pues intuía que él me engañaba. Y que los dos, a la vez, vimos cómo una máquina excavadora, cargada hasta arriba de albañiles mugrientos, depositaba a su marido ahí, ante nuestras atentas y desconcertadas miradas.

Me enganchó de la mano, me cargó, de nuevo, en su hombro, como si me hubiera convertido en un saco de cemento, digo eso y no de patatas por seguir la línea de la construcción.

La cuestión es que no se me ha quitado el susto del cuerpo. Según mis informadores, entiéndase por Conchita y mi marido, el señor inspector sigue sin recordar nada de nada.

Y me he visto en la obligación de contarle todo a mi cuñada Virginie. Eso que dicen «el roce hace el cariño», en mi caso, lo que ha hecho es que pueda respirar a su lado más de tres minutos seguidos sin querer saltar por la ventana, y de ahí que me sintiera en la obligación de confirmarle que sí, que tiene superpoderes, que no está loca y por supuesto, no debe de ingerir la medicación que le recetaron, pues, casi seguro, perdería su don de la videncia, transformándose en un humano de los mundanos.



Capítulo 21

«¿Qué sentido tiene seguir viviendo cuando has sido traicionada por el amor de tu vida?». Ahora, más que nunca, quiero morirme. Me da igual el cómo y el dónde, pero no el cuándo. Quiero hacerlo ya.

Después de que mi cuñada, con la que en estos momentos comparto crisis matrimonial, en mi caso sin matrimonio de por medio, que es peor, hemos llegado a un punto de entendimiento. Ya no nos gritamos y menos aún nos insultamos, somos compañeras de cornamenta y eso, queramos o no, nos ha unido mucho.

Llevo un par de días intentando suicidarme, llegados a esta situación, ya no me importa nada. Ni siquiera el estado de Conchita. Voy a ser abuela, pero me da igual, no quiero que mi nieta, porque es una niña, que lo he visto en una de mis visiones, crezca en una familia desestructurada. Sé que hay muchas criaturas que crecen con su entorno separado, sin embargo, yo estoy un poco chapada a la antigua y no concibo que los domingos, en la paella familiar, tengamos que fingir delante de ella. «¿Cómo va a superarlo Joan en una situación así?». Como es evidente, Viorica tendrá la entrada vetada a casa, está muy bien eso de la interculturalidad, pero me niego por completo a respirar el mismo aire que semejante mamarracha. Mi cuñada me apoya, dice que ya somos muchos y que no hay espacio para más. Es un amor, cuando

quiere, eso sí. Me ha dicho que cuando la separación sea definitiva, puedo quedarme a vivir con ellos, que en el fondo me ha cogido cariño y no se imagina la vida sin mí.

La ansiedad no me permite dormir todo lo que me gustaría, por lo que he anotado en una libreta de Evaristo varias opciones de suicidio. A veces, la primera no funciona y hay que tener siempre planes alternativos, prefiero eso que seguir viendo fotos. Estoy harta de verlas, me sé de memoria hasta el color de la ropa que llevan las personas desconocidas que salen de fondo chupando cámara.

Primer intento de mi suicidio: luchar por llegar a la ventana estropeada para lanzarme.

Estaba segura de que si me tiraba de cabeza, me desnucaría y moriría sin dolor, pero me fue imposible. Carmen, sabiendo mi estado de confusión, la ha tapiado. Yo pensaba que el cemento tardaba menos en secar e hice fuerza para derribar los bloques. No pude, seguro que lo compró en el chino de Chin Lu y por eso mis manos quedaron atrapadas en él, provocando que me diera de bruces en la frente, haciéndome un chichón del tamaño de un níspero. Se nota que no entiende mucho de albañilería, en mi vida había visto juntas de diez centímetros de ancho. Pude sacarlas, aunque el destino seguía en mi contra, me negaba la opción de ser una esposa feliz. Mi anillo de matrimonio se había quedado incrustado y me daba miedo escarbar para buscarlo, no fuera a ser que, de pronto, el cemento secara de golpe y me quedara atrapada para siempre.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó mi cuñada. A ver cómo explicaba que mis huellas estuvieran ahí plasmadas.

Segundo intento: Quise ahorcarme con la manguera de la alcachofa de la ducha.

Así no levantaría sospechas, ya que todos estaban muy pendientes de mí y así era muy difícil irse de este mundo. Imposible, también.

Alfredo, al ser tan grande, hizo una pequeña reforma y había puesto la sujeción casi rozando el techo. Yo ya lo sabía, pero pensaba que subiéndome al borde de la bañera llegaría a cogerlo. Después de varias horas intentando colocarme, tuve que dar la operación por fallida. Había cola para entrar en el baño y así no me podía suicidar tranquila; no había quién se concentrara.

A todo esto, Joan no se había dignado a aparecer por casa. Su teléfono salía apagado en las trescientas cincuenta y nueve veces que lo había llamado.

Sí, llevaba la cuenta apuntada en la libreta de Evaristo, por si acaso en algún momento se le ocurría decir que no había intentado ponerme en contacto con él. A veces la memoria me falla.

Tercer intento y definitivo: cortarme las venas de manera discreta.

—Carmen, ¿tú sabes dónde hay una cuchilla de afeitar? —le pregunté a mi cuñada mientras esta se decoloraba el bigote en el cuarto de baño.

—Mira a ver ahí, en el segundo cajón del armario —me contestó con la zona de la cara donde tenía la crema puesta algo irritada.

—Esas están usadas, no me sirven. —Tenía que ser precavida, a ver si me iba a coger una enfermedad contagiosa o algo.

—¿Para qué quieres una nueva? Coge una de esas que cortan poco, que luego te haces jirones de piel en las piernas hasta con las más desgastadas. — Eso pretendía, pero tenía que disimular.

—No, que no me corto, ya lo verás.

—¿Y por qué no te decoloras los pelos? Si total, tienes cuatro. Ven, que te lo hago yo.

—No hace falta, de verdad. —Necesitaba una cuchilla y empezaba a estar nerviosa.

—Que sí, mujer, ven que te voy a dejar estupenda. —No tenía otro día para hacer de esteticista sin título.

—Déjalo, si total, para quien va a verme, ¿qué más da?

—Virginie, estás muy desanimada, ¿no será este otro de tus estúpidos intentos de suicidio?

—¿Qué dices? Anda, anda, menudas cosas se te ocurren.

—No, guapa, las que se te ocurren a ti. Por cierto, he confiscado cualquier objeto cortante de la casa y todos los medicamentos. —¡Qué lista era cuando quería!

—Carmen, no sé qué hacer con mi vida —le dije estallando en sollozos.

—¡Ay, Virginie! No te preocupes. Saldremos de esta, ya lo verás.

Tenía que pensar en nuevas formas de quitarme la vida y abandonar este mundo cruel. Estaba tan deprimida que no se me ocurría ninguna eficaz. Una opción era elegir el camino que había escogido mi suegro, pero para eso tendría que esperar, ya que con la pierna así me era imposible ir a ningún sitio por mí misma, y claro, no iba a pedir ayuda a nadie. Ya había intentado partir la escayola dándole patadas a la pata de la cama, lo que había provocado que se partiera. La pata, por supuesto, no la escultura blanca que rodeaba mi pierna. Se ve que las enfermeras habían hecho su trabajo a la perfección. Seguía igual, ya no solo era yo la coja, sino la cama también.

No quería cargar a mi entorno con la cosilla de que me habían echado un cable en quitarme la vida. Tenía que esperar, era cuestión de tiempo, solo me faltaba encontrar el modo de hacerlo, o bien, esperar a que me quitaran la escayola.

Además, había tenido una visión; una calle abarrotada de gente bailando con música de fondo, Carmen a mi lado en la silla de ruedas de Moraima y yo con collarín sobre un taburete de pie. «¿Sería esa la manera? ¿Tendría que salir a las calles de la ciudad a buscar esa escena?».



Capítulo 22

No me puedo creer todavía que el sinvergüenza de Antonio me estuviera engañando. A mí, a su fiel y adorada esposa, que en innumerables ocasiones me he jugado la vida por él. Que siempre hemos trabajado codo con codo, aunque los lleváramos escayolados, eso no era impedimento para querernos y cuidarnos.

Atrás quedaron las promesas, arriba del Altar cuando nos jurábamos amor eterno. Mira que me reí cuando el cura dijo: «En la salud y en la enfermedad... Y hasta que la muerte os separe». Pensé: «Si el cura supiera la de momentos de convalecencia que nos espera en esta vida en común...», pero yo lo amaba y lo hacía feliz. Vuelvo a insistir en que los dos éramos uno.

Y ahora, en estos trágicos momentos, tengo que competir con una jovencita de barrio de gente pudiente, casada con un marido que es funcionario y tiene ingresos fijos y asegurados de por vida. Esa mujer no tiene que preocuparse por cómo llegar a fin de mes para darle a su familia lo que de verdad se merece. No tiene que pedirle a sus sobrinos, que desconozco que los tenga y me importa bien poco, que se encaramen en todo lo alto del poste de la luz para pincharla, con los riesgos que ello conlleva, ya no de multa si nos pillaran, sino de salud, y así, poder alumbrarse en las duras tardes de invierno, o poder dar corriente a la Play Station Pro para jugar *online* con el wifi pirateado del centro social. No, esa mujer vive en su mundo de luz y color —que por cierto, no sabe combinar—, feliz.

¡Qué tiene el pelo de un solo color!, y de manera natural, bueno, el que le dejé, que le arranqué un buen número de mechones. Pero con su juventud, estoy segura de que eso se regenera o, si no sucediera, tiene dinero de sobra para ir a Grecia y que le hagan implantes, que yo tengo a mi Antonio calvo como el chocho de la Nancy y no me quejo.

«¿Haría ella todo lo que he hecho yo por mi marido? ¿Le echaría cremita solar en su amplia y extensa frente? ¿Le curaría los puntos de sutura tras los accidentes?».

Todavía recuerdo el día que decidimos ser padres. Después de haber hablado y hacerlo público, para que en el caso de ir a juicio tuviéramos testigos, dijimos que yo no podía ser madre. La tonta inepta de mi cuñada sigue convencida de que soy de óvulo vago y mi hombre de espermatozoide cojo.

Bueno, pues cuando tomamos la acertada decisión de engendrar a Evaristo, las ansias me podían y tuve que esperar como una campeona, retrasando mi reloj biológico hasta que le dieran cita en la Seguridad Social para hacerle la vasectomía.

Supongo que no estaréis entendiendo nada, pero yo sí. Intentaré explicarlo lo mejor que me sea posible con la poca cultura que mis abnegados padres pudieron ofrecerme, porque nunca dispusimos de grandes lujos y porque, básicamente, nunca fui una buena estudiante; me encantaba quedarme enganchada en la valla metálica que separaba el instituto del descampado donde me daba revolcones con uno que vendía ajos en el mercado, y así, reclamarle al director el importe de la camiseta de turno que me desgarraba durante mi fuga.

Sin desviarme. Aunque a Antonio le daba miedo someterse a aquella pequeña intervención, que solo consistía en cauterizarle los conductos esos que van desde sus huevillos al pito. Nunca entendí cómo funciona el aparato reproductor masculino, hablo del interior, que el mecanismo del miembro y el darle uso es una de mis grandes habilidades, que dudo mucho que esa joven y guapa amante que tiene hoy en día, sepa hacerlo. Es lo único que me mantiene con la esperanza de volver a recuperarlo.

Acudimos a la cita con el urólogo, lo pusieron en lista de espera. Me acuerdo a la perfección de que le dijimos, pues no entendía que una pareja joven y esplendorosa como nosotros no quisiera tener descendencia. Le aclaramos que nos habíamos decantado por la adopción, ya que la familia de Antonio tenía una extraña enfermedad que se transmitía de generación en generación, saltando una. Había que confirmarle al doctor que mi marido no

la padecía, pues hubiera llamado a las autoridades. La ficticia enfermedad consistía en que cuando nacía un nuevo miembro, que por orden cronológico le tocaría a mi Evaristo, como le sucedió al padre de mi marido, nacería algo así como el Anticristo; traeríamos al mundo a un asesino en serie. Recalcamos que Antonio era portador sano. Para hacerlo más creíble, le confesamos que todos vivían en América y que muchos de ellos fueron protagonistas en el programa ese que dan de madrugada en un canal raro, donde explican los crímenes más salvajes y sangrientos.

La cuestión es que ya teníamos convencido al urólogo. Y bien, cuando llegó el temido momento, reconozco que para los dos tuve que actuar como solo yo sé hacerlo. Me infiltré en el equipo médico del hospital general, me lo conocía como la palma de mi mano; han sido muchos años allí como paciente en la planta de traumatología, pero siempre conoces gente de otros servicios.

Me la jugué, aunque lo hice por amor. Cambié la pegatina que aparece en la carpeta esa gigante de color marrón, que meten en el interior el historial del paciente, y que te colocan en los pies de la cama en el momento de dejarte a las puertas del quirófano. Busqué a otro paciente, cuya operación fuera menor; tampoco me apetecía que me dejaran lisiado a mi esposo. Además, tenía que actuar con rapidez, pues no quería que castraran a un inocente.

A Antonio le vino genial el cambio. Le hicieron una reducción de estómago y me lo dejaron hecho un pincel, aunque tuvimos que ir de compras, pues no soy hábil con el hilo y la aguja y no sabía adaptarle su talla cincuenta y ocho a la cuarenta y cuatro que lucía meses después.

A lo que voy, que siempre me disperso.

Volví a cambiar los historiales, en el suyo aparecía que a mi marido le habían vasectomizado, su informe rezaba que la operación había sido todo un éxito. Tuvimos que ir un par de veces para llevar en un tarrito su *semencillo*; necesitaban cerciorarse de que era aespermático, vamos, que estaba libre de bichos. No me fue difícil encontrar un donante, por dos cartones de tabaco que traía Lucifer, de Gibraltar, le pedí a uno de la liguilla de fútbol de veteranos que me diera su semen.

Al tiempo, llegó una carta del hospital diciendo que mi marido era estéril, fue ahí donde nos pusimos a cohabitar como auténticos enfermos. Todo el día dale que te pego para encargarme a nuestro bebé.

El día que vi mi positivo, lloré como María Magdalena el día que crucificaron a Jesucristo. Obligué a Antonio a denunciarme por adúltera, en su declaración decía que era imposible y adjuntó su informe médico. Bordamos el papel, yo enganchada a su bolsillo trasero del pantalón vaquero

casual lavado a la piedra, pidiendo a gritos que no me denunciara, que no le había puesto los cuernos. La policía tuvo que hacerme una tila.

Solicitamos un abogado de oficio para ir en contra de la Seguridad Social, y bueno, el resumen fue que, tras varios estudios del esperma de Antonio y pedirle que acudiera a diferentes Congresos de reproducción y él negarse, pues no era un trabajo remunerado, descubrieron que jamás lo habían cauterizado, sino que había sido una negligencia médica a la que no encontraban explicación.

Todo esto lo aporreo para que me entienda la gente lo que adoro a mi esposo, la de cosas que hice por él y qué habría hecho si no se hubiera inmiscuido en mitad de nuestra relación la de los *leggings* rosita chicle de fresa ácida.

No puedo parar de llorar, pero lo he hablado con Virginie, y como ella no está casada, no tiene que hacerlo, pero yo voy a interponer una demanda de divorcio. Mi vida junto a Antonio ha muerto para siempre. Y la custodia de Evaristo me la pido yo.



Capítulo 23

Por fin he encontrado la solución a todos nuestros problemas. Ya veo la luz al final del túnel, mis días están despejados de nubes tormentosas y de cielos encapotados. Estoy orgullosa. No sé cómo no se me ha ocurrido antes, si está claro que yo iba para consejera del Gobierno. Con mis ideas no habría ni crisis de Estado ni tanto desempleo.

Estoy tan emocionada que no soy capaz de planificarme para que todo salga a la perfección, el más mínimo error puede ser desastroso y truncar todos nuestros sueños de futuro. Además de visiones, tengo sueños, por supuesto.

He descubierto que soy una gran organizadora, no de bodas, sino de muertes.

Carmen y yo vamos a morirnos. Vamos a fingir que nos hemos muerto para ver si nuestros maridos, bueno, el mío no, que es de mentira, vamos, Antonio y Joan, que así queda más claro, son capaces de llorar por nosotras. Queremos saber si les importamos, si nos quieren y, de esta manera, conseguir que dejen a un lado su vida de locura y desenfreno sexual extramarital.

La idea se me ocurrió anoche mientras buscaba en Internet conjuntitos de ropa para mi nieta, «¡he visto cada monería!». Me muero de ganas por verla, y

me pongo nerviosa solo de pensar en las coletitas que le voy a poner. He comprado un *pack* de cincuenta y cinco gomitas, de diferentes colores, en varias tonalidades y las he pedido ya por si acaso tardan mucho y la niña nace antes de tiempo. Hay que ser previsora que esas cosas vienen de China y una nunca sabe.

Carmen está tan perdida en la vida como yo, creo que también ha intentado suicidarse, pero es tan orgullosa que no quiere reconocerlo.

El caso es que la desperté para contárselo a las tres de la madrugada. Ella llevaba horas durmiendo, pero yo, últimamente, me he vuelto adicta a los cafés esos fríos que venden en los supermercados y se ve que la cafeína no me deja dormir. Por tres euros, la Jessy me trajo una caja llena de esos que están a punto de caducar y puedo asegurar que caducados no sientan mal ni dan cagalera, que ese era uno de mis temores.

—Carmen, Carmen, despierta.

—Déjame dormir, no marees.

—Cuñi, despierta, por favor. Tengo la solución a nuestros problemas.

—¿Qué problemas?

—¡Pues nuestra cornamenta! Vamos a comprobar si nuestros maridos nos quieren, vamos a morirnos.

—Muérete tú y a mí déjame en paz, pesada.

—Venga, levanta, que te regalo uno de mis cafés para que te espabiles.

Así empezamos con el *planning*. Lo primero de todo era elegir el destino vacacional al que iríamos mientras duraba nuestra muerte: Jaén.

Era una ciudad que no conocíamos y queríamos comprobar si era cierto que tenía cuevas infernales, y estaba segura de que allí no nos buscaría nadie. Para no levantar sospechas y pasar por cualquier oriundo de la zona, debíamos evitar decir la palabra «olivas». No sabíamos si la ciudad sería grande o pequeña, pero no teníamos tiempo de ponernos a buscar en Wikipedia, por lo tanto, decidimos que cuando llegáramos, si veíamos que ahí podrían encontrarnos, nos iríamos a algún pueblo pequeño de los alrededores.

He estado hablando con los del seguro, es una de las tareas más importantes para saber qué nos cubre la póliza, por el tema del tanatorio y el entierro, en mi caso incineración, que me da cosilla que me coman los bichos en el nicho. No tiene mucho sentido porque no vamos a morirnos realmente, pero tenemos que meternos bien en el papel para que todo salga a la perfección. Ya ha quedado todo en orden, no nos han tratado de locas ni nada por el estilo, pero eso ha sido gracias a Carmen que ha explicado que tenemos un virus mortal y que es cuestión de días el inevitable desenlace. Para esto sí

hemos investigado un poco y no dábamos con uno que no activara una gran alarma social, tenemos que seguir buscando. Carmen ha sabido salir del paso cuando le ha preguntado la chica que nos ha atendido. Ella ha contestado que no le importaba, que no era de su incumbencia y que se metiera en sus asuntos. La pobre no ha sabido ni qué decir. En el tanatorio pondrán los ataúdes tapados, sonarán bandas sonoras de películas dentro del escaparate ese con ventilación donde se pone a las personas fallecidas y dirán que la música era una de nuestras últimas voluntades.

La misa la hará el cura del barrio, Don Avelino. A él no podemos mentirle, por el tema de ser uno de los Diez Mandamientos. No queremos irnos de esta vida cometiendo pecados, que luego nos mandan al Infierno y a ver cómo salimos de allí. Hemos supuesto que se encargará nuestro entorno de organizar todo. Esperamos no equivocarnos, que a veces ante las crisis familiares, si no estamos nosotras, no saben cómo actuar.

La esquela llevo horas escribiéndola y me está costando mucho. He gastado ya media libreta de las que regalaban hace unos meses con Avecrem, porque claro, si Joan y Antonio no están en casa y no los pueden localizar, que siguen con los teléfonos apagados, no se van a enterar, pero hay algo que no falla. Ellos leen el periódico cada mañana mientras desayunan su carajillo en el bar de turno. El problema es que leen el Marca, para estar al día de la actualidad deportiva, ya que no tenemos contratado canal de pago para ver el fútbol; sale muy caro al mes y es la única manera de que sepan qué pasa en los partidos, las motos y la Fórmula 1. Hemos llamado a un número que sale y tras ponernos musiquita durante diez minutos, nos han dicho que no pueden poner esquelas, que busquemos otro periódico destinado a esos fines. Yo, que por mis venas corre una increíble sangre dramática, les he explicado que somos forofas del Real Madrid, que no nos perdemos ningún partido, que hemos acompañado al equipo hasta en sus más vergonzosas derrotas, que nuestros números de pases son de los primeros que se emitieron, que tengo superpoderes de visiones de futuro y he visto que vamos a morir durante un partido y que, por favor, se cumplan nuestras últimas voluntades. No podemos irnos al más allá sin dejar constancia en el mundo deportivo. Se ve que les he dado pena o me han tomado por una chiflada, pero ha colado, no sé cómo, la verdad, pero lo hemos conseguido.

Ya tengo la esquela: «Doña Virginie Levallois y Doña Carmen Navarrete fallecieron en su domicilio en Alicante el 6 de Octubre de 2017. Vuestra familia y seguros no os olvidan. P.D.1: Antonio, yo te quería hasta que la de

los *leggings* rosita apareció en nuestra vida. P.D.2: Joan, mi gran amor, no me sustituyas nunca por Viorica». Yo creo que ha quedado bastante creíble.

En una bolsa de deporte, que había en el contenedor *autoservice* de enfrente en el descampado de siempre, hemos metido algunos de nuestros enseres para salir del paso nuestros primeros días como muertas. Poca cosa, ya que si nos llevamos todo parecerá un poco raro si nos morimos, claro, así que tendremos que empezar de cero y volver a levantar un imperio de la nada.

Bueno, pues ya está todo atado, solo nos queda reunir un poco de dinero para no coger de la cuenta familiar, que Alfredo es muy listo y sería capaz de notificar el asunto a las autoridades. Por eso, hemos puesto varios artículos a la venta en Wallapop. La silla de ruedas de Moraima, la alfombra de Túnez, mi última caja de rotuladores permanentes, una colección de nudos marineros que nos regalaron, las muletas algo desgastadas de la recuperación de los accidentes familiares, la discografía completa de Camela —que eso a Carmen le ha dolido mucho— y mi álbum de fotos con Joan, para hacerle compañía en el dolor a mi cuñada.

Pretendemos reunir alrededor de dos mil euros; en cuanto los tengamos, nos morimos.



Capítulo 24

Parece que nos marchamos de viaje a Jaén. Hiperventilo de pensarlo.

Mi cuñada Virginie, que iba de cabeza, cuesta abajo y sin frenos, directa a una profunda depresión sin retorno, intentó suicidarse en tres ocasiones. Sin éxito, claro está, ya me encargué yo de que no lo lograra, no podía permitirlo, y menos ahora, que somos uña y carne, mugre y caca, castaña e higo. Nos hemos convertido en más que hermanas.

Cuando retiré todos los objetos punzantes y los que pensé que pudiera usar para acabar con su vida y dejarme todo el sofá para mí, me iluminé. No me avergüenzo en confesar que yo también lo intenté, estaba tan destrozada que todo me daba igual, y tenía tantas cosas para poder ejecutar de manera magistral el plan de mi cuñada en mis propias carnes, que me vine arriba. Me envolvió el espíritu del suicida y le di alas a mi imaginación.

No podía fallar. De hecho, no quería. Estaba tan entristecida y apagada que pensé que lo mejor sería un suicidio en la red eléctrica del barrio. Solemos alumbrarnos, como ya dije en una ocasión, enganchándonos al tendido eléctrico comunitario, ese que está en lo alto de un poste frente a casa. En ese no podía poner fin a mis días, no hubiera sido justo para mi familia, en la que excluyo, con todo el dolor de mi corazón, a Joan y al traidor de mi futuro exmarido.

En dos ocasiones hice una batida por el barrio, pero no me llamó la atención nada que estuviera en mal estado. Tampoco encontré ninguna

instalación sospechosa, y la central eléctrica me quedaba bien lejos. Quise comprobar si las casetas de telefonía móvil daban calambres, y en esta ocasión tuve la misma mala suerte, por lo que regresé a casa. Caminaba convencida de que no valía la pena morir y, al llegar, Virginie me transmitió su plan.

Yo dormía, ella me despertó diciéndome que tenía la solución a todos nuestros males, de pasta de moniato me dejó. Sin paños calientes ni anestesia, me soltó que había que morir. De buenas a primeras, me chocó. Si había luchado para que no acabara con su vida y yo había desechado mi plan, ahora, a santo de qué iba a hacerle caso.

Tras estudiar su propuesta, acepté, pues era lo mejor, no morir de verdad, pero sí comunicar al mundo entero que las dos mujeres del clan Navarrete habían expirado para siempre.

Nos marcharíamos a Jaén y allí comenzaríamos de cero, a nuestros años. Sería una nueva vida alejada de los nuestros y, por supuesto, diríamos adiós, también, a nuestra vida laboral; digamos que se trataría de una jubilación anticipada y merecida. Más mía que de la vaga de mi cuñada, aunque ahora le tenga aprecio. Sé reconocer las cosas, y esta de trabajar, bien poco.

Los nervios me podían, nunca antes había muerto, que no lo íbamos a hacer, pero soy de las que me meto en el papel que me toca interpretar, de siempre, desde pequeñita, mis padres siempre me felicitaban por ello.

Estaba muerta de miedo, nunca mejor dicho, sería la primera vez que fingiría mi muerte.

—De acuerdo, acepto el reto —le confesé a mi cuñada.

—Sabía que no me fallarías, zorra mía —me respondió con una amplia sonrisa mostrando su incisivo solitario.

—Pero antes, debemos hacer algo. —No me dejó continuar.

—Lo tengo todo controlado, por eso no sufras. Hay que hacer inventario de todas las cosas útiles que hay por la casa y también en el trastero. Tenemos que abrirnos una cuenta nueva en Wallapop.

—No hablo de eso. Antes de marcharnos, necesito darle sepultura a mamá y también a Moraimita. Creo que se lo debemos —le transmití mis intenciones, afligida.

—¿Te has planteado que eso va a costarnos una pasta?

—Lo he pensado y ya sé cómo hacerlo. Antes de hacer público nuestro fallecimiento, tenemos que llevarlas al cementerio. María Pacita, tu terapeuta, en una ocasión le escuché hablar de un panteón familiar y le robé la llave —confesé, un tanto emocionada, a la vez que le mostraba el manojito que brillaba

con luz propia al acercarlo al flexo, que acababa de decidir incluir en el inventario de venta de Wallapop.

—¿No hablarás en serio?

—Y tanto...

Esperamos a que todos durmieran. Guardé las llaves del panteón familiar de María Pacita en mi riñonera, en la mano llevaba las de la furgó del panadero; me había hecho con ellas esa misma tarde cuando vino a traer una coca de pan de kilo de pueblo, como cada jueves. Para todo el mundo, Moraima seguía con vida y solo se alimentaba de la miga que encontraba en su interior mientras lo mojaba en la leche de quinoa —habíamos descubierto que la metabolizaba mejor que la de vaca recién ordeñada—. Cogimos nuestras chaquetas y, con mucho cuidado y todo el sigilo que supimos aplicar, sacamos de las bisagras la puerta del baño. Nos serviría de camilla, como las que llevan en la nieve a la hora de rescatar a los accidentados, se lo vi hacer en una ocasión a McGiver. Ya no hacen series como esa; una pena.

Bajamos al trastero con bastante dificultad, pues la puerta era más larga que las esquinas de la escalera; en el capítulo parecía más sencillo.

—Nena, lleva cuidado. Sube de tu izquierda —le iba dando indicaciones, pero ella no se ubicaba—. ¿Desde cuándo esa es la izquierda? ¡Por Dios, Virginie!

—Nena, que soy *diflxlésica* de esas...

Cuatro horas después y dieciocho rasguños, aparecimos en el trastero. Dejamos la puerta junto a la alfombra de Túnez. Cogimos con mucho mimo a mi madre, el embalsamamiento era magistral, pero los años hacen mella en todos los organismos, y ella no iba a ser diferente. Pretendía enterrarla sin desmembrar. La colocamos en el centro de la puerta, pero su cuerpo estaba tan deteriorado que, aunque llevábamos mucho cuidado, comenzó a despegarse.

—¡Quieta! ¡No te muevas! —le grité.

—Pero, ¿cómo no me voy a mover? Si me estás echando todo el peso a mí.

La miré con cara de pocos amigos, no solo ignoró mi petición, sino que también empezó a saltar. Me estaba poniendo de los nervios. Respiré hondo para no matarla.

—Virginie, ¿serías tan amable de pasarme la mano de mi madre? Esa, la que no dejas de chafar con los saltos tan desacompañados que das. —Señalé a sus zapatos.

—¡Qué dices! ¡Ay! No me asustes —me dijo gimoteando.

—Aparta.

Tuve que agacharme a recogerla yo.

Cuando ya la habíamos colocado en la parte trasera de la furgó, nos dirigimos al Centro Cívico; había que rescatar del congelador a Moraima. Como su muerte era más reciente, no tuve más remedio que embalsamarla y, después, liarla con papel film transparente de ese que venden para envolver los bocatas del almuerzo. Lo hice en la trastienda del Centro, una tarde de domingo, cuando todos veían el fútbol. Después, volví para meterla dentro, a la espera de encontrarle el hogar eterno. Del nerviosismo, me sudaban las palmas de la mano y como mi cuñada es una inútil asustadiza, la iba dejando caer todo el tiempo.

A las siete de la mañana conseguimos arrancar la furgoneta. Se nos había ido un poquito el santo al cielo con esto del traslado.

Al llegar al cementerio, se me ocurrió una buena forma para ir llevándolas al panteón. Coloqué la silla de ruedas y en el asiento, un extremo de la puerta del baño. Obligué a Virginie a sujetar del otro lado. Encima, pusimos a mamá y la tapé con las alfombrillas que están en el suelo, debajo de los asientos de la furgó, para no llamar mucho la atención, aunque no había nadie.

—Esto es súper incómodo de llevar —se quejaba ella.

—Te quejas de vicio, hija mía.

—Mira la marquesa, que solo tiene que colocar las manitas en los manillares de la silla. Así cualquiera...

Mi madre se fue al suelo cuatro veces. Me da mucha pena recordar cómo quedó. Mirara donde mirase, había cuerpo de mamá.

El primer cadáver entró a la perfección en el panteón familiar de María Pacita, más que nada porque podíamos ir dejando a mi madre por los huecos que encontrábamos. Con Moraimita iba a ser más complicado.

El segundo trayecto fue más cómodo, pues mi cuñada, la muerta, conservaba su postura *sillil* y se me ocurrió situarla sobre la silla de ruedas, aquello fue coser y cantar.

—Pues ya hemos acabado —dije sacudiéndome las palmas de las manos sobre mis pantalones de fitness.

Terminamos la faena y nos fuimos todo lo rápido que pudimos a casa. Dejamos abandonada la furgó de Perico Gordillo, el panadero, en el descampado.

—¿De dónde venís? —Antes de cerrar la puerta de casa, ya teníamos a mi sobrino y a mi niño del alma en mitad del pasillo, pidiéndonos explicaciones. Por un segundo me sentí joven, recordando cuando mi padre me sometía al

tercer grado, sin éxito, los días que regresaba de fiesta, habiendo dicho que iba a casa de Mari Asun a estudiar.

—Estábamos limpiando el trastero. ¿Algún problema? —respondí mirando a mi cuñada y rogándole mentalmente que no se viniera abajo y confesara la verdad.

—Sí, limpiando. Estábamos limpiando el trastero. ¿Algún problema? —repitió lo mismo que yo.

—Entonces... ¿habréis visto a papá y al tío? —preguntó Evaristo, que, como es tan avisado, no se había tragado nuestra versión.

—¿Antonio? ¿Joan?

—¿Mi Duque?

Era evidente que sabían que mentíamos, pero no insistieron en averiguar la verdad. Virginie, de manera sublime, desvió la atención y la sed de saber de los chicos, cuando entró en cólera golpeándose la cabeza de un lado a otro con las paredes del pasillo gritando algo así como: «*Mondie, mondie. Se paaaa posiiibl*». Mi francés siempre ha sido muy básico y no tenía ni idea de qué decía.

Parece ser que habían venido a casa a buscarnos. Sentí un vacío en el estómago, como cuando llevo dos horas sin comer nada, la vista comenzó a nublárseme y creí quedarme ciega.

Siete cafés después, un tanto más calmada, logré que me explicaran por qué se habían presentado, pues eso de que hubieran venido a por nosotras me preocupó un tanto. «¿En qué andarían metidos para tener que huir?».

—A ver, entraron, y a voces os llamaban. El tío no paraba de decir «Oeh, oeh, oeh» —explicaba mi hijo.

—Encima, después de tanto tiempo, se presentan borrachos —me quejé.

—No, no, a alcohol no olían, solo a sudor —aclaró Jonhy.

—No lo defiendas. Infiel, mal hijo —gritaba Virginie sujetándolo del cuello pico de su camiseta de baloncesto del año ochenta y nueve.

—Qué no cunda el pánico. Entraron, gritaron vuestros nombres. Abrieron las habitaciones, bajaron al trastero, subieron de nuevo y dijeron que cuando regresarais de dónde quisiera que estuviérais, os dijéramos que mañana a las ocho de la tarde estuviéramos atentos a la tele. Cuando tuvieran oportunidad, llamarían, pues habían tenido que vender los móviles, pero eso era otra historia que ya nos contarían en otro momento.

—Así, sin más, ¿no? Y por qué no me llamaste, ¿quieres más a tu padre? Dime, no te quedés callado. ¡Ay! Si hubieras sido una niña... —Abofeteé a mi hijo y estiré del brazo de Virginie.

No entendí nada, no se me ocurría nada que me aclarara el comportamiento de estos dos descerebrados.

—¿Dónde está mi Pacorro? —decía a gritos la pobre desconsolada y cornuda cuñada mía, la única que me quedaba con vida.

—¡Ah! Se nos olvidó —añadió Evaristo—, vinieron con Conchita y el niño se fue con ellos.

Se me heló la sangre al escuchar su nombre. En lugar de visualizar a la niña preñada, solo tenía en mi retina clavada la imagen de «Vicocorita», la madre zumbadora de la niña, iba con los *leggings* esos rosa chicle de fresa ácida y la cinta esponjosa en la frente.

Entré en cólera, lo reconozco, y no fui capaz de atender a mi cuñada. Su comportamiento irracional no había quién lo entendiera. Se aporreaba en la cabeza con los puños cerrados gritando a pleno pulmón el nombre de la amante de nuestros maridos.

Jonhy y Evaristo se miraban sin decir ni hacer nada. Si hubiera estado en su pellejo hubiese actuado igual que ellos. Si me estaba dando miedo a mí misma y ya ni hablar de Virginie.

Yo gritaba, no podía parar de hacerlo. En eso, Alfredo apareció como mi difunta y recientemente sepultada madre lo trajo al mundo.

—No hay forma de conciliar el sueño en esta casa. ¿Qué pasó? —Cómo odiaba que hablase usando mal los tiempos verbales.

—El capullo de tu hermano y mi exmarido han muerto. Esto es lo que sucede.

—¿El niño ha fallecido? —sabía perfectamente que no se trataba de eso, pero le divertía hacerse más tonto de lo que realmente era, porque le encantaba el drama.

—Vale, Alfredito, vale. Todavía no ha sucedido, pero ten presente que estas dos —dije señalando a Virginie, que continuaba dándose golpes y a mí—, que aquí están presentes, acabarán con esos dos sinvergüenzas que no están, pero que tarde o temprano daremos con ellos. Y hazme el favor de ponerte unos pantalones, hombre, que por muy hermano mío que seas no tienes ningún derecho a enseñarme la pilila. ¡Qué ganas tengo de morirme y vivir en Jaén!

—Mamá, ¿te encuentras bien? —me preguntó muy preocupado Evaristo, cosa lógica, porque mi frase no tenía mucho sentido para ellos, que digamos.

Me encerré en mi cuarto, estuve allí más de dos minutos.

Me enfundé en mis pantalones floreados vaporosos que me había comprado en las segundas rebajas en el puesto del payo Claudio, me atusé el

pelo y me dirigí al supermercado. Tenía una cuenta pendiente con el encargado.

Os pongo en antecedentes.

Cuando todavía compartía amor con mi Antonio y nos dedicábamos en cuerpo y alma a esto del estafe, conseguí que la fila de carros pasara rozando a mi marido, así a bote pronto habría perfectamente unos cincuenta carros de la compra. Puede parecer que exagero, pero no, era la hora punta y estaban trasladando carritos del *parking* subterráneo al aparcamiento exterior.

De buenas a primeras me iluminé, lo vi claro cuando fui a mirar si había algún eurillo por el suelo, de vez en cuando tengo suerte. Y justo, agachada entre las ruedas cochambrosas, lo vi.

De lo primero que me ocupé fue de redireccionar la cámara de seguridad que apuntaba a los carros, no quería delatarme. Después, esperé unos minutos, los justos para que no me relacionaran, me quité el vestido de leopardo que me había puesto para ir de compras —que no salga de fiesta no quiere decir que no dedique mi tiempo al cuidado de mi belleza—, pues bajo, llevaba atado un pareo de seda salvaje monísimo de la muerte con palmeritas con sus cocos colgando, me solté el pelo, me atusé el flequillo, y saqué unas gafas de sol que llevaba en la bolsa de plástico que siempre uso a modo bolsito de mano. Me había transformado en otra clienta.

Avisé a Antonio, que continuaba guardando la compra en el Vespino de Evelio, en la cestilla esa que va enganchada al faro delantero. Sabía que haría caso a mi silbido, no quise adelantarle mis intenciones, pues siempre el factor sorpresa es un gran aliado en esto de lesionarse. No quería fallar, y no lo hice.

Mi marido estaba en mitad del *parking*, en cuanto vio cómo se le aproximaba la fila de carros, el miedo lo dejó paralizado, parecía un conejillo en mitad del bosque asustado al ver cómo un camión había chafado a su madre ante sus indefensos ojos. Intentó moverse, pero seguía sin poder, aunque la buena suerte quiso que lo lograra justo en el instante en que venía el camión de repartos del súper. Fue un visto y no visto, mis carros ni le rozaron, en cambio, el retrovisor le asestó un golpe nuczal no mortal, afortunadamente, en aquella época. Si hubiera sucedido esta mañana, habría llorado por ver cómo se movía y retorció enganchado, hubiera deseado verlo muerto. Puede sonar a desalmada, pero la infidelidad es uno de los mayores pecados.

Antonio desapareció junto con el camión. Al entrar en el *parking* subterráneo, recibió el segundo golpe contra el cacharrito ese que te da el *ticket* para que, acto seguido, se eleve la barrera que impide que la gente con

cara se cuele para aparcar los día de playa; el aparcamiento en esa zona es pésimo.

Salí corriendo todo lo rápido que mis varices me lo permitían, vi que se daba con el cacharro, con la barrera. Yo le gritaba al repartidor, él me miraba por el espejo retrovisor, veía sus ojos, su sonrisa resplandeciente. Incluso me echó un besito, el muy fresco.

—¡Mi marido! ¡Ay! ¡Antoooniooo! —chillaba desesperada. Este trabajo se me había ido de las manos.

Al escuchar mis gritos, comenzaron a salir clientes y empleados del interior. Nada ni nadie era capaz de detener al camión. Bajaron corriendo la cuesta, yo caí rodando, me disloqué el dedo meñique del pie y no me lo cubrió el seguro. Y eso que estuve recurriendo la sentencia del juez hasta que el desgraciado se retiró, pero nada, no hubo manera de que entendiera que no había sido a propósito, sino a consecuencia del terrible atropello *retrovisil*.

Y sin alargarme, diré que Antonio con aquel trabajo sorpresa quedó bastante perjudicado. Perdió bastante pelo, aún le quedan calvas laterales. Se le salió el hombro izquierdo, el que iba golpeando con todos los aparatos que el súper tenía colocados estratégicamente; la máquina esa motorizada que limpia el suelo, una *fenwuich* vieja, el carrito de limpieza y una saca de cartón para reciclar de quinientos kilos.

Lo peor vino cuando el conductor, alertado por la gente que veía cómo se agolpaba al culo del camión, como si fuera uno de ayuda humanitaria y llevaran meses sin comer, paró en seco. Aquel gesto elevó a mi marido, y al abrir la puerta lo lanzó sobre un torito de esos que usan para trasladar los palés. Al estar al aire, y elevado del suelo, se le clavaron las dos palas, a la vez, en las espinillas A mi fiel esposo en aquel entonces, porque ahora soy un alce y él un infiel que debe morir. Tardaron un par de horas en desatascarlo.



Capítulo 25

Llevo unos días muy estresantes, no tengo tiempo ni de mirar en el espejo mi lunarillo, no sé ni si sus pelillos han crecido, o lo mismo han desaparecido, «¿quién sabe?». Los de mis piernas están larguísimos, casi me puedo hacer rastas con ellos. No exagero, lo juro. Es más, sé que crearía tendencia con esa moda entre esas chicas jóvenes que ahora se reivindican dejándose las piernas peludas. El caso es que he tenido que vender en Wallapop las cuchillas de afeitarse, las nuevas y las usadas, ¡anda que no me ha costado dejarlas bien! Cuando los pelos se enganchan no hay manera de sacarlos y he tenido que hacerlo con unas pinzas de las cejas, pelo por pelo. Eso ha hecho que haya pasado alguna que otra hora quitándome los míos para descansar. No es algo que recomiende, duele, duele mucho. Y para colmo, tengo las piernas a rodales, el motivo no es otro que haberme quedado sin pinzas.

La peluquera del barrio vio la ganga que puse de treinta y ocho euros por ellas. Claro, en el anuncio puse en mayúsculas que eran *vintage*, y me las compró. Una pena, ya que era uno de los últimos recuerdos que me traje de mi patria querida.

Es muy duro esto de vender cosas por Internet, yo pensaba que sería como en los anuncios de la tele, pero no. Eso es publicidad engañosa total, desprenderse de los recuerdos es muy doloroso.

Nadie ha querido comprar mi álbum de fotos, y eso que puse entre muchos signos de exclamación que era una oferta. No ha habido forma.

La alfombra de Túnez sí que la he vendido por un buen pico, doscientos cuarenta y nueve euros. Lo de los casi cincuenta euros de más es porque añadí lo que nos gastamos en productos para limpiar tapicerías. Evidentemente, no íbamos a pagar nosotras eso, ya pusimos la mano de obra.

Hace dos o tres días pasé por el escaparate de una tienda de muebles de segunda mano y entré para ver qué había y qué podía venderles, de esa forma me libraba de vivir pegada al móvil con el Wallapop abierto, que es un chupa batería. Le enseñé fotos a la dependienta y le encantó, de hecho, me la compró para su casa, no para el escaparate. Cuando se la llevé seguía apestando, pero bueno, que saqué algo de dinero por ella.

De la silla de ruedas me ha costado un poco más deshacerme y eso ha sido porque el asiento estaba desgastado, lógico, ¿quién en su sano juicio puede pensar que una silla con tanto trote puede estar como nueva? En el anuncio había remarcado muy bien que estaba algo desgastada por el uso. Ya le dije a Carmen que era mejor tapizarla, pero no, ella decía que no estábamos para perder el tiempo y yo sabía que tenía razón. Aun así podríamos haberle sacado cincuenta eurillos más.

Esta mañana, mientras actualizaba el perfil, el que por cierto es nuevo, no iba a ser tan tonta de utilizar el oficial de la familia Navarrete, he recibido un mensaje un tanto extraño. Al leerlo no sabía qué responder, me he quedado tan bloqueada que he tenido que ir a despertar a la imbécil de mi cuñada. ¡Qué bonito es organizar una muerte falsa desde la cama! La tiparraca se ha levantado de malas pulgas, ni que solo ella estuviera enferma de este desamor que nos está matando, nunca mejor dicho. Es un poco egoísta, pero vamos, que eso no le viene de ahora. Tampoco su aliento mañanero, que bien podría confundirse con un zombi: olía a muerto de una manera sobrecogedora.

—¡Eh, tú! Despierta ya.

—¿Qué quieres, fea?

—Anda, habló la guapa. Te recuerdo que tu marido te la está pegando con una mujer que te da mil vueltas.

—Pues a ti te da tres mil, ¿qué quieres? —me ha preguntado bostezando.

—Anda, ve a ducharte, hueles fatal —le he reconocido.

—La culpa es tuya. ¿Te has dado cuenta de que estás vendiendo nuestros enseres de higiene personal? Vamos a tener que gastarnos más dinero del que ganas, payasa.

—Le faltaban bastantes cerdas al foco ese de bacterias que utilizabas para lavarte los dientes, me lo han comprado en un laboratorio. ¡A saber qué sacan de ahí!

—Te he preguntado qué quieres, no me des la tabarra ya de buena mañana.

—Son las doce y media, o se cree «su majestad» que no ha amanecido. Hemos recibido una oferta en Wallapop.

—¿Y qué? —me ha preguntado mientras se levantaba semidesnuda.

—¡Qué asco! Tápate.

—Lo haría si no me estuvieras molestando.

—Bueno, que nos ofrecen dinero por nuestras bragas.

—¿Has puesto bragas a la venta? Estás fatal. Ya lo sabía yo cuando el imbécil de mi hermano te trajo a casa.

—A mí no me hables así que me muero yo sola, ¿eh?

—*I mí ni mi hiblis isí qi mi miiri yi sili.*

—Deja de imitarme, cuatro pelos. Nos ofrecen dinero por vender nuestras bragas usadas, no las he puesto yo en venta.

—Te han vacilado, ¿no te das cuenta? No pienso vender mi ropa interior.

—Vete a la ducha. Te espero en el comedor.

—No vendas mis bragas que te mato, ¿eh?

—Que no, pesada —le he respondido mientras salía de su cuadra, escondiéndome una de sus bragas gigantes que estaban olvidadas debajo de la cama.

—No te pongas a ver el Ana Rosa, ¿eh? Que se nos echa el tiempo encima.

—Que te den, gorrina.

Evidentemente, no le he hecho caso. He abierto el chat con Huele-Huele, el usuario cuya foto eran unos pies de hombre con zapato de mujer. Le he preguntado qué tipo de bragas estaba buscando y parecía que estaba esperando mi respuesta. No habían pasado ni diez segundos y ha aparecido su mensaje. «Braguitas usadas, cuanto más desgastadas, más pago». Hay que ver la de personas raras que te puedes encontrar, no sabía que hubiera coleccionistas de este tipo de prendas. He querido saber cuánto me daba por un par y por lo visto, dependía del estado. Lo he tenido claro, me he sacado las bragas que hacía un rato le había tomado prestadas a la cochina de Carmen, pero cuál ha sido mi sorpresa, que aquello era una servilleta de tela, por lo que le he dicho que se esperara un momento y que enseguida volvía.

Así es como he iniciado mi plan: A la caza interior. No se me ha ocurrido una mejor forma de llamarlo. Me he descalzado para no hacer ruido y con mucho cuidado me he dirigido hacia el cuarto de baño. Desde el pasillo podía percibir los alaridos de mi cuñada cantando Camela, con más gallos que una granja de pollos, que ya sé que ahí predominan las hembras, pero digo yo que para procrear tendrán machos. Iba tan despacito que me ha dado por pensar en qué fue antes, si el huevo o la gallina. Pensar en cosas sinsentido hacen más fácil y llevaderas las situaciones de riesgo. El pestillo de la puerta estaba echado, se ve que Carmen todavía no sabe que lo truqué cuando a Pacorro le dio por encerrarse; no me fiaba mucho de que pudiera cometer alguna locura. ¡Casi me olvido de cubrir mi rostro! Vaya ladrona de pacotilla. He vuelto a mi habitación y he rebuscado entre los pares de medias de calcetín desaparejadas una de color negro, pero nada, no tenía. He tenido que coger una media tobillera y al ponérmela, le he hecho alguna que otra carrera de tirar hacia abajo, era demasiado pequeña y solo me llegaba hasta la altura del puente de la nariz. Me hecho un *selfie* para poder verme y me he dado cuenta de que se me reconocía a kilómetros, dichoso lunarillo. He abierto el cajón de nuevo y ahí he visto mis complementos de invierno. Perfecto. Me he puesto uno de mis gorros, el de pingüino con un pompón rojo en la parte de arriba, lleva ojitos y todo, pero no lo he estrenado porque me lo compré de liquidación en unos grandes almacenes en verano y no era plan de salir a la calle con él. He aprovechado para colocarme en las manos los guantes a juego. Son muy graciosos, van cortados por los nudillos, lo que facilita la movilidad de los dedos en caso de necesitarlo, y llevan un pingüino que si lo pones sobre los dedos se convierten en manoplas. Ahora ya estoy lista para atacar.

Vuelvo sobre mis pasos y me encuentro de nuevo ante la puerta del cuarto de baño, Carmen sigue berreando, luego dirá que gastamos mucha agua y que por eso nos llegan facturas impagables, siempre estamos debiendo el recibo del agua por su culpa. Eso sí, como yo soy bastante más aseada que ella, me compré por Internet una ducha portátil que calienta el agua con la luz solar. Cogí la de quince litros porque me negaba a compartirla con esta familia de locos con la que convivo.

Con todo el cuidado del mundo he abierto sin hacer ningún tipo de ruido, aunque los alaridos de «Sueño contigo que me has dado, sin tu cariño no me habría enamorado» son tan fuertes, que un elefante en una cacharrería hubiera pasado desapercibido. Con mucha dificultad por la ola de vapor que ha golpeado mi cara, he buscado mi objetivo. Encontrado. Necesitaba algo con lo que coger eso, una a veces es escrupulosa y le es imposible coger unas

bragas del suelo, que a saber cuánto tiempo llevan sin pasar por la lavadora. A pesar del humillo vaporoso, se veía perfectamente que tenían algún tipo de mancha asquerosa en la parte trasera. Primero he pensado en cogerlas con un peine, pero Carmen es idiota y utiliza los de todo el mundo. He descartado la idea rápido pues lo mismo algún pelo multicolor suyo se incrustaba y claro, como ya no tengo las pinzas, no iba a poder quitarlo. No le he preguntado al hombre raro si las quería con pelos o sin pelos. Fallo mío.

Al final, dado que no encontraba nada, he usado la escobilla del váter. Estaba un tanto amarillenta, pero no se iba anotar si las bragas se manchaban más. Llegar al comedor con ellas enganchadas ha sido toda una odisea y más teniendo que correr, ya estaba haciendo esperar mucho al comprador y no quería que mi misión fracasara. Les he hecho una fotografía sabiendo que la escobilla no daba muy buena imagen, pero no iba a dejar el trozo ese de tela sucia en el suelo. La he enviado y me he sentado a esperar viendo Ana Rosa con el móvil en una mano y el mango de la escobilla en la otra. Ha empezado a picarme la frente, no pensé en que lo mismo la lana del gorro no le iba muy bien a mi piel atópica. Para ocasiones futuras tendré que darme un par de vueltas a la cabeza con papel transparente de cocina antes de usarlo.

Huele-Huele no ha dado señales de vida, pero no me preocupaba porque el mensaje aparecía como no leído. Por supuesto, he guardado las bragas cagadas de mi cuñada debajo del sofá, estoy segura de que algún adicto a ese tipo de parafilias pueden darme una gran fortuna por ellas. Acababa de descubrir todo un mundo desconocido para mí.

He conseguido vender durante todo el día unos tacones de Alfredo, la prueba de embarazo de mi nuera y la dentadura de Moraimita. Ha sido un día bastante productivo, la verdad.

A las cuatro de la madrugada me desperté sobresaltada por una notificación del móvil. Huele-Huele me contestó. Será cabrón, ¿pues no me decía que ya no las necesitaba, que con la foto le había servido para satisfacerse? Lo cierto es que no tiene una afición muy normal, no debería actuar así. Cualquiera podría rastrear su dirección IP y ponerle nombre y apellido para delatarlo en las redes sociales, que está muy de moda publicar los perfiles de los degenerados. No descarto hacerlo en un futuro. Actualmente estoy demasiado atareada, pero esta me la guardo, que soy muy rencorosa.

Me dio tanta rabia y sentí tanta impotencia que no fui capaz de conciliar el sueño de nuevo, así que me puse a añadir un nuevo anuncio en mi perfil de esa aplicación que permite fraudes: «Vendo bragas usadas varios días con

restos fecales. Interesado puede enviarme cheques de Amazon por valor de trescientos euros a la dirección de correo electrónico lunarcitosexi@gmail.com. Total discreción y máxima seriedad».

He pasado muy mala noche, desde que me desperté no he dejado de dar vueltas en la cama, el colchón permanece hundido en el lado izquierdo, lo que hace que me recuerde que mi amor no está. Echo de menos dormir abrazada a mi Duque y es tanto lo que sufro, que no me importaría nada levantarme impregnada en su sudor. Eso significaría que no se habría ido con una fulana cualquiera.

Hoy es el gran día, mi cuñada y yo emprenderemos el viaje que cambiará nuestras vidas. Después de meter las bragas junto a la escobilla en varias bolsas del chino y sellarlas al vacío con un rollo y medio de precinto, recojo las pocas pertenencias que me quedan. Con lágrimas en los ojos y el corazón encogido por dejar abandonados a mis adorados hijos, que tanto me necesitan, parto hacia mi próximo destino, la sucursal bancaria de Moraimita. Estoy harta de las ideas de Carmen, a mí eso de saquear las cuentas de personas fallecidas no me va.



Capítulo 26

Pues ya está hecho. Vamos rumbo a nuestro lugar de descanso eterno. Hemos tenido que agenciarnos un coche, pues la primera opción era viajar en tren, pero la desechamos cuando vimos los precios. Era inviable.

Al final, vendimos muy poca cosa y me tocó retirar algo de dinero de la cuenta de Moraimita. Acababan de ingresarle la pensión y como Evelio todavía no había comunicado a las autoridades su fallecimiento, no nos quedó otra.

Nuevamente, le tocó a Virginie convertirse en la vieja centenaria. Como siempre, a la primera se negó, pero terminó cediendo.

—Cuñadita, tenemos un problema, no tenemos suficiente dinero... —le dije poniendo cara de preocupada.

—Carmelucha, suéltalo. Esa cara me dice que ya tienes planeado algo. Ve al grano y no te andes con rodeos. —Cuánto daño hacían los años de convivencia.

—Vale, lo tengo. Pero no te vuelvas loca. Tienes que hacerte pasar por la vieja —le confesé. Era estúpido andarme con excusas.

—¡Sí, claro! Tú estás fatal. Me niego —me respondió ella masticando patatas fritas.

—Virginie, escúchame, te lo pido de cornuda a cornuda. En menos de cuatro horas nos moriremos, el banco está a punto de cerrar y el tiempo corre en nuestra contra.

Como bien sabía, terminó aceptando. Le coloqué la peluca que suele usar Alfredo en su espectáculo, la que se pone cuando se convierte en Elsa y Lucifer la Bien Dotada se coloca las trenzas de Anna y hacen el *show* de Frozen. Cuando la tenía bien encajada, le hice una cola y le enrollé todo el pelo a modo moño mal hecho, pues no podíamos olvidarnos de que Moraima era una anciana centenaria y el porrón de años que le acompañaban solían dificultar que elevara muy arriba los brazos y los dedos no le daban para mucho, por lo que los moños altos no eran lo suyo. Busqué unas gafas de sol en el cajón de los objetos perdidos que nos trajimos a casa del Centro Cívico. Lo había clavado. Solo necesité ponerle la toquilla de la difunta y espolvorearla un poco con azúcar glass, pues no nos quedaban polvos de talco.

Nos dirigimos al banco. Dejé aparcada la silla que había vendido, y tuve que pedir prestada, mirando hacia el ventanal para que no se le viera bien del todo. Aunque la caracterización era digna de admiración, no quería arriesgarme mucho. Como la empleada de la ventanilla me conocía de visitas anteriores, procedí del mismo modo que siempre. Cogí el monedero de mi cuñada y me fui alejando mientras sacaba su DNI.

—¡¡Moraimita, voy un segundo a caja!! No te muevas de ahí, no vayamos a tener un disgusto —dije gritando para que todos me escucharan correctamente.

Virginie movió la cabeza, que mantenía inclinada hacia su estómago, porque ella es de pecho plano y, una vez tuve el dinero, me despedí de los allí presentes empujando la silla.

Cargamos el coche que le habíamos tomado prestado al del cuarto derecha y, con lágrimas en los ojos, tras lograr hacer el puente y escuchar cómo se encendía el motor, comenzamos nuestro camino.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Virginie melena al viento, ya que llevábamos bajadas las cuatro ventanillas del coche y, aunque no soy de meterle caña al coche, íbamos por una recta y a cuarenta por hora había corriente en el interior.

—Sencillo. Lo primero que haré será decirle a Evelio que ya puede comunicar el fallecimiento de su esposa en Francia y va camino del entierro.

—¿Y luego? —volvió a preguntar, esta vez con los ojos cerrados pues acabábamos de atravesar un campo de tierra y nos había invadido un nube de polvo.

—Cuando caiga la noche no habrá marcha atrás y seremos nosotras las que dejaremos el mundo de los vivos para convertirnos en dos muertas muy

vivas preparadas para comenzar de cero en tierras jienenses —declaré un tanto nostálgica. Me venían tantos recuerdos de mi vida junto a Antonio, que no pude evitar emocionarme.

—¡Qué pena más grande, Carmela! Que tengamos que palmarla porque nos han puesto los cuernos...

—¡Mierda! ¡Mierda! —Acababa de caer en algo tremendamente grave y si no detenía el coche para solucionarlo, nos tendríamos que morir de verdad o íbamos a tener un problemón.

—¿Qué te pasa? ¿Has atropellado a alguien? —preguntaba histérica mi cuñada.

—¡Mierda! ¡Mierda! La hemos cagado. Marca el teléfono de Evelio. No puede decir que Moraima murió en Francia. Si acabamos de sacar dinero del banco, es inverosímil. ¿Cómo no me he dado cuenta? Es que llevo tantas cosas en la cabeza... Esto de haber muerto me está matando.

Sin apenas aliento, logré contactar con mi hermano.

—Evelio, dime que no has ido a comunicar tu cambio de estado civil. Dime que no, por favor. Evelio, hermano mío, confírmame que has hecho como siempre y has pasado de mi cara. Evelio, júrame por tu madre que no has ido.

—Eh... —Demasiada pausa para darme una respuesta afirmativa. Bueno, en realidad igual se le olvidó y pensaba mentirme y al escucharme se ha quedado en blanco, que muchas luces no tiene el muchacho.

—¡Evelio! —fui tajante para hacerlo reaccionar.

—Eh... A punto de entrar estaba.

Perfecto, se le había olvidado por completo ir a dar parte del fallecimiento de Moraima.

Me medio relajé, todo lo que la situación me lo permitía, y le expliqué el nuevo plan. Mañana, a media mañana, debería de contactar con Pascual, el médico forense al que toda la familia lo considera uno más de nosotros, pues tantas visitas a su despacho lo único que han conseguido es que hagamos un lazo de unión muy *apretao*. Me debía un par de favores y nosotros solo necesitábamos que plantara su rúbrica en el parte de defunción.

Recuerdo la vez que irrumpí en su despacho y me lo encontré con los pantalones por los tobillos haciendo un reconocimiento médico a una «accidentada»; a mí jamás me inspeccionó de aquel modo tan exhaustivo y menos mal, porque yo soy de arcada fácil. Fui discreta y, sin mediar palabra, abandoné la consulta, esperé sentada en el suelo del pasillo como si estuviera en el metro pidiendo limosna, pensando cómo debía actuar cuando fuera mi

turno. Ensimismada en mis pensamientos, llegó una muchacha muy aparatosa. Preguntaba por su esposo. Me puse en pie todo lo rápido que el collarín me lo permitió y comencé a gritar. Quería alertar al forense.

—Disculpe. —Alargué el brazo para que me ayudara a ponerme a su altura. Yo todavía estaba a medio camino del suelo y de su cara—. ¿¿Dice que es la mujer del Forense!? ¿Es eso? ¡¿Ha venido en busca de su esposo que se supone, ahora mismo, está en el interior de esta sala?!

—Eso es —me respondía ella muy sorprendida.

—Pues póngase a la cola. No me importa la relación que les une, pero aquí hay que respetar los turnos.

Puso su mano en el pomo de la puerta y con una sonrisita retadora, la muy osada, decidió ignorar mis berridos. En cuanto vi que lo giraba, me asusté y empecé a gritar de nuevo.

—¡¿Intenta decirme que su marido es el señor Forense?! —La esposa pensaría que era una puñetera loca, porque yo, cada vez, gritaba más alto con la única esperanza de que Pascual me escuchara y obrara el milagro. Solo necesitaba que mis chillidos le alcanzaran el tímpano. Tenía que reaccionar, aunque para ello la sangre acumulada en su miembro viril debería regresar a la parte alta de su organismo. Si seguía por los bajos fondos tenía claro que su cerebro, sin recibir el riego necesario, sería incapaz de enviar la orden.

—Aparte o me veré obligada a llamar a seguridad —la señora cornuda me amenazó apartándome de un muñecazo y abriendo con una efusividad pasmosa la puerta del despacho de su señor marido.

Pues aquella vez fue la primera que le salvé el culo y lo de delante. Me escuchó a tiempo y pudo recomponerse evitando que los pillaran con las manos en la masa o con la cosa oculta donde no debía.

Solucionado el tema de Moraima, continué por la carretera. Virginie encendió la radio y la canción que sonaba en aquel momento era tan pegadiza, que comenzamos a cantarla y lo hacíamos con tanta elegancia que me iluminé, deberíamos ir al programa de la tele ese que van talentos desperdiciados y allí los descubren para más tarde ganar una pasta firmando contratos millonarios con una discográfica.

—Niña, ¿qué te parece si ensayamos esta canción? —Dejé de cantar justo en un trocito que sonaba música.

—A ver si ahora que nos hemos muerto te va a dar por hacer cosas como estas. Que yo tengo muchas virtudes, pero la de cantar no es una de ellas —me respondió sin dejar de llevar el ritmo con su cabeza.

—Pero qué dices, ¿no has visto el momentazo que acabamos de vivir? Hay un programa en la televisión que ven los niños y la gente va allí. La mayoría hace el ridículo, pero luego se hacen famosos, y nosotras, con un par de ensayos, lo bordaríamos. Si es que yo esto del arte lo llevo en la sangre. Tú, si no te ves preparada, pues podrías hacerme los coros.

—No, yo también quiero ser cantante. No me apartes, Carmen, no me dejes de lado, hoy en día eres lo único que me queda en esta vida. —Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, parecía una fuente—. Lo veo, de cuando era menos joven que ahora, me encantaban las Grecas...

—Bueno, yo soy más de Azúcar Moreno, y antes de que abras la boca, me pido la guapa.

Habíamos decidido encaminar nuestra nueva vida hacia una carrera artística. Con un par de retoques, nadie intuiría que estábamos vivas. Qué ganas tenía de llegar al hotel y ponerme a ver videos en YouTube.

En cuanto vimos un bar, aparcamos el coche en un descampado, justo en el otro lado de la carretera. Cogimos nuestros bolsos y bajamos decididas, eran casi las ocho de la tarde y el hambre apremiaba.



Capítulo 27

Costaba tanto morir sin levantar sospechas, que las horas habían ido pasando y nosotras llevábamos desde la mañana anterior sin comer nada. Bueno, las patatas fritas que me comí no cuentan.

Paramos en un bar de carretera de dudosa reputación. Carmen me decía que las luces tan luminosas se debían a que para poder verlo yendo por la autovía tenía que ser muy visible.

—Carmen, esto es un bar de señoritas —le dije habiendo recalcado la última palabra.

—Pero, ¿qué dices? No sabes de lo que hablas. Digo yo que habrá señoritas, señoritos y algo más —me respondió desabrochándose el cinturón dispuesta a bajarse del coche.

—¿No ves las luces del cartel?

—Estoy cansada de repetirte que para que se vea el establecimiento en mitad de la nada tiene que tener un cartel luminoso. Baja, que tengo hambre.

—Yo ahí no entro. —Me negaba a poner un pie en ese antro de mala muerte.

—¡Vaya cruz esto de morirme contigo! —dijo en alto haciéndose la mártir. Siempre le ha gustado demasiado llamar la atención.

—Carmen, pone «CLUB». ¿Qué más necesitas para darte cuenta de que es un prostíbulo?

—Digo yo que las *pilinguis* también comen, ¿no?

—En serio, vayamos a otro sitio.

—No. Este es perfecto. Nadie nos reconocerá. Baja si no quieres que te saque de los pelos.

—Te he dicho que no.

—O bajas o te bajo. Te cuento tres. *Uuuno, dooos, dos y meedio...*

—Vale, vale. Ya bajo, si te encuentras un pelo extraño en tu comida, luego no me echas a mí la culpa.

—¡Dios míos! ¿Qué he hecho yo para merecer esto? —preguntó a la nada con los brazos alzados hacia el cielo.

—Dios no te va a contestar, imbécil.

Entramos en el Club y todo estaba muy oscuro. Costaba mucho encontrar la barra para poder pedir la carta. Apenas se apreciaba la distribución del interior. Encima, tenía decoración de Halloween, eso no hubiera sido raro si estuviéramos en octubre. No sé si eran más rápidos que los del Mercadona vendiendo los turrónes de Navidad o más lentos que el grupo encargado de quitar las luces navideñas de nuestro barrio, esas que estaban permanentes durante todo el año iluminando las calles. Iba tan sumida en mis pensamientos, que tropecé con varias mesas haciéndome polvo el dedo meñique de mi pie izquierdo. ¡Menos mal que soy diestra! Estaba segura de que se me iba a hinchar.

Carmen, muy altanera ella, llegó a una puerta en la que ponía «Cocina» con luces de *led* muy brillantes. Sonaban los Chichos con un volumen muy superior al permitido por la ley y para que se le escuchara, gritó preguntando quién atendía mientras aporreaba la puerta. Si cuando yo digo que no está muy bien de la cabeza... ¿Qué necesidad había del aporreamiento? Un señor bajito, rechoncho y con una calva brillante, abrió, golpeando de nuevo mi dedo, pero no dolió, ya no lo sentía. Iba a tener que ir a Urgencias y a ver cómo se lo decía a Carmen.

El hombre, Manolo Gutiérrez, que así es como se llamaba, nos atendió muy amablemente. No iba mucha gente por aquel lugar y aunque en un principio se pensó que buscábamos trabajo, corrimos un tupido velo cuando a modo de disculpa nos ofreció cenar gratis. ¡Menos mal!, porque menudos precios marcaba la carta. ¿Quién en su sano juicio pagaría cincuenta y ocho euros por un perrito caliente? Yo no, desde luego, y menos con los ahorros de Moraimita.

—Pues oye, estos canelones congelados, los apañas un poco y dan el pego. Parecen caseros.

—Seguro que llevan lactosa, esta bechamel tiene toda la pinta de ser de bote. Tengo intolerancia, solo te digo eso —informé a Carmen por si se había olvidado de mis males congénitos.

—No puedes ir a Urgencias, así que deja de comer, insensata.

—De eso mismo quería yo hablarte... Creo que me he roto el dedo meñique del pie izquierdo, necesito que un médico lo vea.

—Eso es imposible. Los muertos no van al médico.

—No estoy muerta, Carmen. Y tú tampoco. No te metas tanto en el papel de difunta, que luego los psicólogos valen una pasta.

—Pero mira que eres inútil. No puedes ir porque quedaría constancia de que estás vivita y coleando.

—¿Y qué hacemos? Ya me duele hasta la altura de la rodilla.

—Luego te pongo una tirita y se te cura. No me seas negativa, ¿eh?

—¿Una tirita? ¿Tú crees que eso servirá?

—Estás hablando con la reina de los huesos rotos, la duda ofende. ¿Te acuerdas de cuando los del Río vinieron al barrio a cantar la Macarena? He pensado que nosotras podríamos ser la versión femenina y componer una canción. Ya tengo el título: Camarero. También tengo ya un verso, mira, mira: Dale a mi cuerpo sandía, Camarero, que mi cuerpo es para darle sandía al camionero...

—Tú no estás bien de la cabeza. ¡Ay, cómo echo de menos a mi novio francés!

—Pero si ese era de la acera de enfrente.

—¿Y tú qué sabrás? —Ya estaba la lista que lo sabía todo.

—No me cortes, que lo que te estaba contando es más importante. Verás, organizaremos una gira nacional y viajaremos por toda España cantando nuestra canción del verano. Los del Río a nuestro lado serán simples aficionados.

—Carmen, necesito que un médico vea mi pie.

—¿Qué no has entendido de que estamos muertas y no podemos levantar sospechas?

—Ir al médico no, pero, ¿cantar tu mierda de canción plagiada por los pueblos, sí? Más sospechoso que eso, no creo que haya nada.

—Ya he pensado en eso también, a ver si te crees que soy tan cortita como tú. Saldremos con pelucas de rastas. Nuestra gira será alternativa, no

llenaremos estadios ni plazas de toros, sino naves industriales abandonadas. Seremos las artistas más cotizadas de las *Reifs* más importantes del país.

—Vale, Carmen. Lo que tú digas.

—¿Me estás dando la razón como a los tontos? Mira que yo no soy uno de tus hijos.

—¡Ay, mis hijos! Los he dejado huérfanos. —La presión pudo conmigo y estallé en unos de los llantos más profundos de mi vida.

—Pues oye, estas croquetas caseras se parecen mucho a las que yo compro en el súper. ¿Habrá copiado la receta Manolo?

—Son congeladas, ¿no has notado lo duras y frías que están? Ha sido mala idea embarcarme en esta locura contigo. Yo me vuelvo a casa.

—No digas tonterías y deja de llorar, que así no vas a solucionar nada. He pensado que podríamos comprarnos ropa de los colores que llevan los hippies, roja, amarilla y verde, porque así...

No sé cómo lo hice, pero conseguí desconectar mi atención de las insensateces que estaba diciendo Carmen. Estaba muy deprimida y si no hubiera sido porque sentía que el corazón me latía en el dedo meñique, pensaría que se habría parado de pena. ¿Un corazón puede morir y seguir latiendo?

Necesitaba mirar mi cuenta de Amazon para saber si alguien había comprado las bragas cagadas de mi cuñada y con lo avispada que suele ser para lo que quiere, seguro que ponía el ojo. A veces es muy cotilla, tenía que disimular. Me levanté y le informé de que iba a ir al baño a sonarme los mocos. Cogí mi bolso y, cojeando, me dirigí hacia una puerta en la que no conseguía ver qué ponía, debido a que las luces *led* estaban fundidas. La abrí y se me cayó el bolso al suelo; Manolo estaba de rodillas desnudo, llevaba una especie de pelota de goma en la boca y un artilugio extrañísimo que aprisionaba su pene. Eso no debía ser muy cómodo, digo yo. Había dos mujeres rodeándole enfundadas en trajes de cuero. Llevaban unas botas que, sin exagerar, tenían más de veinte centímetros de tacón y con ellas pateaban las partes nobles de Manolo. Él se dejaba. Es más, en su cara se podían apreciar gestos de placer. Lo que más me sorprendió fueron unos arneses que portaban los penes de goma más grandes que he visto en mi vida, tampoco es que haya visto muchos, pero es que eran casi igual de largos que mi brazo. Le golpeaban con ellos en las mejillas y él, juro que ponía cara de gustirrinín. ¡Madre mía! Le iban a sacar un ojo y él estaba ahí disfrutando. Ver para creer... Silenciosamente y en estado de *shock*, cerré con la poca habilidad que me permitía el bloqueo que tenía. Estoy segura de que me vieron, pero

siguieron con sus jueguitos como si nada. Con la mirada busqué el aseo. La escena que había visto me tenía tan impactada que mis lágrimas se cortaron de golpe, era incapaz de soltar una minúscula gota de agua salada por mis ojos. Al fondo a la derecha, vi que con algunos de los *leds* fundidos ponía «WC» y hacia allí cogí el rumbo, con la cara totalmente desencajada. No voy a poder olvidar lo que viví allí, nunca. Hubiera preferido ver cómo lo descuartizaban en mitad de una misa satánica.

Cuando llegué, con la pierna izquierda entumecida, entré en uno de los cubículos y me senté sobre la taza del váter. Limpio, lo que se dice limpio, no es que estuviera. Me daba un poco de asquito, no lo voy a negar. Claro, era mejor recibir *pollazos* de mujeres en la cara que asear el antro mugroso ese. Saqué el móvil, entré en la página de mi usuario y empecé a hiperventilar.



Capítulo 28

Habíamos cenado de maravilla, incluso, tratándose de un local de esos de lucecitas, el tal Manolo resultó ser muy campechano, cualquiera diría que regenta un burdel. Para que luego digan...

Mientras me tragaba un par de cachos de pan, rebañados por el plato de mi cuñada, que se había ausentado unos minutos, fui pidiendo unos cafés y la cuenta a un muchacho que estaba detrás de la barra. Aunque el simpático del propietario nos dijo al llegar que estábamos invitadas, no quise que creyera que éramos unas aprovechadas.

Virginie llegó arrastrándose, fingiendo estar lesionada, siempre inventando para escaquearse de hacer cosas, porque si estás coja lo estás, pero ella se desplazaba a una velocidad alarmante. Lo que me mosqueó era que me intentaba decir algo moviendo sus labios lineales. Yo no comprendía, pero su cara era un verdadero poema. Era un cruce entre el Grito de Munch y el *Mirachalar*.

Yo pretendía continuar soñando con nuestra nueva vida de artistas, la de galas que nos salieron en un momento... Es que hasta era capaz de escuchar los aplausos y la ovación de mi público.

Virginie parecía empeñada en hacerse un «sinpa». Yo me negaba, y ella no dejaba de estirarme del codo y de susurrar algo que yo, con la música de los Chichos de fondo, era incapaz de descifrar. Le insistía en que no estaba bien pirarnos, sin al menos decirle adiós y darle las gracias a Manolo. Aunque

dijo que estábamos invitadas, no me parecía lógico huir como dos sinvergüenzas. Jamás antes había estafado a un obrero, eso no entraba en nuestro código deontológico familiar. La comida estaba pagada, pero los cafés y la tarta al *whisky* que se ha merendado la fresca de mi cuñada, eso no estaba incluido.

—Tira. —Conseguí escucharla.

—Virginie, te lo digo en serio. Aunque nos dijera que estábamos invitadas, al menos deberíamos decirle que nos marchamos.

—Tira —ella solo decía eso, o yo solo escuchaba esa palabra.

Elevé mi bracito de carnicera. Quería disimular, pensé que haciendo el gesto de despedirnos, si había que saldar cuentas me pegaría un grito, pero cuál fue mi sorpresa que la que lo dio fui yo.

El *Dame Veneno* de los Chichos no me dejaba escuchar lo que mis ojos veían en la pantalla plana que colgaba de la pared que tenía justo en frente de mi careto. Parpadeé, incluso pensé que la cena me había sentado mal o, yendo más allá, que me habían echado setas de esas alucinógenas. No podía ser cierto, lo que mis ojillos veían tenía que ser un sueño o, más bien, una pesadilla de esas que no puedes despertar. Alguien subió el volumen del televisor.

—Carmela, ¿qué te pasa? Te estás poniendo azul —me preguntó mi cuñada, que desde su posición no podía entender mi drama.

—Aaah. —Era lo único que emanaba por mi boca.

—No me asustes, que lo de morirnos no iba en serio. —Comenzó a zarandearme, seguí sin reaccionar, pero la música que salía de aquella tele del Infierno hizo que ella también se quedara petrificada y su piel atópica imitara el tono azulado de mi rostro y su cara pasillo, de apenas unos segundos atrás, se estiró mucho más, convirtiéndose en un colgajo.

A las dos se nos acababa de cerrar la glotis.

—Y llegó el momento en el que este dúo de cuñados nos deleitará con su actuación. Vienen desde Alicante, aseguran que es la primera vez que cantan y bailan en público. Os pondremos su video de presentación para que les conozcamos un poco mejor.

—Antonio, cuéntanos. ¿Qué ha hecho que os animarais a participar en el programa? —Una voz en *off* le preguntaba a mi marido.

Sí, mi Antonio, mi futuro exmarido, ocupaba toda la pantalla del televisor. Estaba irreconocible, pero yo sabía que era él. Llevaba una peluca como la del Pelochó, ese que se hizo famoso por un anuncio, y al lado, a su vera, se intuía el cuerpecito desarrapado de mi hermano, el no ex de mi cuñada. Los dos iban

vestidos con ropa de licra fosforita. Antonio debió de elegir unas cuatro tallas menos, porque su camiseta, más bien, parecía un *top*, no dejaba nada a la imaginación. Su barrigón peludo lucía en todo su esplendor en la gran pantalla, y mi hermano, sin palabras, porque tenía claro que a él no le gustaba vestirse de mujer, como Alfredo. Si mi madre levantara la cabeza, lo rebautizaba por María de la O.

—*Na*, que este. —Señaló a su izquierda—. Que este y yo queríamos darles una sorpresa a nuestras mujeres. Ellas lo son todo para nosotros. Sin ellas, hoy en día no seríamos lo que somos.

—Carmela, es lo que creo que es. Me pinchan y no sangro —me dijo Virginie.

—Calla, que no oigo bien.

—¡Qué bonitas palabras le dedica Antonio a su mujer! Y tú, Joan, ¿secundas las palabras de tu cuñado? —Le arrimó el micro en toda la cara a mi hermano.

—Sí, sí, secundo, secundo. ¡*Virgi, yetem, mona murr!* —fue decir aquello y se detuvo para limpiarse una lagrimilla que descendía por su rostro de mal nacido engaña cuñadas.

—Esto tiene que estar grabado de hace tiempo. Cómo nos van a querer si se trincan a la Viorica esa, mientras el señor Inspector les aplaude...

—Yo a Joan lo mato, te juro que este no sale vivo de esta.

Virginie no había terminado de acabar su amenaza, cuando los dos imbéciles, porque no tenían otro calificativo, se colocaron una camiseta con la cara del inspector. Yo es que de verdad, me quería morir, pero una muerte rápida, esto no podía estar sucediendo, es que debíamos de haber muerto de verdad camino de Jaén y como sucede en las películas, nosotras éramos las últimas que lo descubriríamos.

—Bueno, desde aquí hacemos un llamamiento a la sociedad española. Mi cuñado y yo nos hemos colocado estas camisetas, se llama Mario y ha desaparecido, nadie sabe de él, la última vez que lo vieron fue al salir de su trabajo.

—Eso, que el Mario es buen tipo y su mujer está desesperada. Ya no es la que era desde que ya no viven juntos.

Virginie y yo nos habíamos convertido en dos Saras, esa que se convirtió en estatuilla de sal.

—Lo dicho, quedaros con esta cara y si alguien sabe algo, que llame al teléfono del programa.

—Bien, pues después de escuchar a estos dos caballeros en su video de presentación y poder comprobar lo enamorados que están de sus esposas, antes de dar paso a su actuación, diremos que su amigo, Mario, ya apareció. Recordamos al público que los vídeos de presentación se graban antes de venir al programa. Felicitamos a la familia por tener ya con ellos a Mario. Y ahora, sí, damos paso a la actuación y más tarde nos explicarán bien el motivo que los trajo aquí. Aparte de intentar, supongo, conseguir el premio gordo de ochenta mil euros.

Fue escuchar «premio» y «euros» y las dos recuperamos el aliento. Nos miramos sorprendidas, por inercia nos cogimos las manos para dar pasitos acompasados hacia la tele.

—¿Has oído lo mismo que yo? —le pregunté a la cornuda que me sostenía la mano.

Sin darle tiempo a responder, la música envolvió el comedor del cutre bar de carretera, los dos se miraron y al unísono, empezaron a agitar la cadera. En sus labios se podía intuir que estaban contando, y tres segundos más tarde, agarraron con las manos el micro, lo arrancaron del palo que lo sostenía y cada uno por su lado se colocaron, mientras daban saltitos acompasados, en el centro de la pista.

El bar-burdel-puticlub-antro de Manolo Gutiérrez comenzó a llenarse de clientela, que lejos de pedir polvos, bailaban, animados, deleitándose con la actuación de nuestros hombres.

Cogí por la cintura a Virginie y, sin pensármelo dos veces, fui engancho a esos clientes tan entusiasmados que estaban en la barra. Las putillas se fueron acoplando solas y mejor, porque me daba grima tocarlas, a saber por dónde se habían restregado.

Fue increíble, agitábamos el brazo derecho arriba con un juego muy majo de muñecas, y sacábamos la pierna contraria bien recta, menos la franchute, que debía de tener un esguince inguinal o algo, porque solo apoyaba el talón. Paramos de golpe, y... movimiento seco de pelvis hacia delante, culo hacia atrás.

—¡Cambio! —gritaba y todos me seguían la coreografía.

Me vine tan arriba que de un salto subí en la barra, alargué el brazo y atraje hacia mí a Virginie. En todo lo alto estábamos las dos dándolo todo, éramos como las chicas del Bar Coyote. Y justo en el instante en que intenté bajar el culo hacia los tobillos, intentando no mearme, se terminó la actuación de los dos infieles.

—Un aplauso para este dúo, que estoy segura, dará mucho que hablar —la presentadora besaba a mi Antonio y Joan se les unió a ese momento tan emotivo.

—Si me lo permite su «señoría» —dijo mi marido. Cómo se notaba que estaba acostumbrado a asistir a los juicios—, nos gustaría decir una cosa.

—Sí, claro, que *pa* eso *tamos* aquí —añadió mi hermano, claramente fatigado por el reciente esfuerzo.

—Adelante —respondió la presentadora.

—Pues nada, que aprovecho la ocasión para decirle a mi señora que quiero renovar mis votos, que la quiero con locura y que he aprendido a bailar para que no se queje cuando vamos a las fiestas del barrio y me quedo sentado como un pasmarote bebiendo tintos de verano.

—Y bueno, pues yo... A mí me gustaría pedirle matrimonio a mi Virginie. Que diréis, «pero qué dice este buen hombre», pues eso. Carmina, hermana, que tu Antonio ya me ha dicho que no llevaste los papeles y que mi jaca y yo, pues que no estamos casados de manera oficial. Y yo quiero hacer las cosas bien, que me quiero dar el sí quiero en condiciones. Y que fui con este donde la Fátima a aprender a bailar.

Mi cuñada y yo, arriba de la barra todas chorreando en cerveza, porque nos habíamos metido de lleno en el papel y nos rociamos con las jarras de algunos clientes, pues nada, llorando como magdalenas.

—¡Ay, que la Vicocoricona esa se llama Fátima y es profesora de baile y no se ha trincado a mi Joan! —gimoteaba la excornuda futura esposa y actual prometida de mi hermano.

—Nena, que mi Antonio me ha pedido matrimonio de nuevo. ¿No es precioso? Venga, que hay que resucitar.

Virginie, sin venir a cuento, se tiró en plancha contra el suelo. A continuación, bajé de la barra como buenamente pude.

Mi idea era salir del local de alterne, más felices que nada y subirnos en el coche, dirección a Alicante. Allí nos esperaban nuestros enamorados. Teníamos muchas cosas que preparar, pero claro, Virginie, que siempre quiere ser la protagonista, tuvo que dar la nota.



Capítulo 29

¿Alguien sabe esa felicidad que se siente cuando se tiene que preparar una boda? Y no una cualquiera, sino la tuya propia. Fue escuchar a mi Duque decir que se quería casar conmigo y volé. Ahí no lo hice por la buena dicha, más bien fue porque en la barra en la que habíamos bailado como si fuéramos auténticas profesionales del baile, y me vine arriba. Nos debíamos a nuestro público. Sin pensarlo, salté. Lo hice como había visto en las películas, se suponía que ellos tenían que cogermé y zarandearme en el aire, pero eso no pasó. Al salir despedida, todos se apartaron y caí de bruces contra el suelo. El dolor de mi dedo meñique desapareció para dar paso a una nariz digna de cualquier payaso de circo, incluso de esos minúsculos que van por las aldeas con trajes más que anticuados y una carpa llena de agujeros.

Me había roto la nariz. No soy médica, aunque lo cierto es que me hubiera encantado serlo, pero mi aprensión hacia la sangre y aquella locura que cometí de dejar los estudios para venir a España truncó uno de mis sueños. Ser una doctora de renombre, de esas que cuando intervienen a personas que traen a España de otros países para operarlas se convierten en *trending topic* en las redes sociales por su gran hazaña. Yo soñaba con ser alguien en la vida y ahí estaba, tirada en un sueloapestoso de un bar de lucecitas por culpa de la

cerveza con la que nos habíamos rociado y del público, que no era de ver tantas películas como yo.

—Carmen, ayúdame —llamé a mi cuñada sin levantar la cabeza.

—Levántate ya. Mira que te gusta dar la nota, guapa.

—No puedo. Resbala. —Recuerdo que intentaba ponerme en pie, pero no podía. El suelo era como una piscina de barro. En este caso, de cerveza.

—Mira cómo te estás poniendo. Vas hecha un asco. Así no subes al coche conmigo, ya te lo digo.

—Carmen, necesito ir a un médico.

—¿Estás loca? Tenemos que volver a Alicante, no podemos estar perdiendo el tiempo con tus gilipolleces.

—De verdad, creo que me he roto la nariz.

—¿Qué dices? Va, levanta, reina del drama. —Alcé la cabeza para mirarla y vi que su cara cambiaba de color—. ¿Se puede saber qué has hecho?

—Es evidente, saltar.

—¿Para qué saltas, imbécil? —Se agachó para mirarme de cerca. Carmen era peor que un grano en el culo, pero cuando quería podía llegar a ser un cielo de persona.

—Pensaba que iban a cogermé y a zarandearme en el aire. ¿Qué pasa? Me he venido arriba.

—¿Arriba? Te has venido abajo, más bien. Espera que miro una cosa en Google. —Sacó su móvil y yo empezaba a marearme de ver el charco rojo con olor a cebada que había en el suelo. Me estaba empezando a faltar el aire.

—Carmen, Carmen... —solté con un hilo de voz bizqueando. Al hacer esto vi una puntita sobresalir. En serio, todo empezó a darme vueltas y la voz de mi cuñada a cada segundo que pasaba, estaba más lejos.

—¡Por favor! Todos los presentes que me miren. En cuanto solucione esto, sigo con la firma. Sé que me debo a mis *followers*, pero esto es urgente. Aquí —dijo subiéndose a la barra con una destreza increíble—. Según el cacharro este, mi cuñada se ha fracturado la nariz, y su fractura es de tipo expuesta. ¿Hay algún médico en la sala que pueda colocársela en su sitio y darle unos puntillos?

De lo que pasó después, poco puedo contar. Me desmayé y solo tengo la versión de mi cuñada. Según ella, en el puticlub estaba el visitador médico de un pueblo cercano. Me echó un vistazo y, efectivamente, el hueso de mi nariz se había roto y allí que iba yo enseñándolo a mi público. De tal manera que había rasgado mi piel al salir. Tenía que ir a un hospital porque se necesitaba cirugía. Me inyectaron un tranquilizante, un veterinario que había en el

barecito del demonio llevaba siempre en la guantera de su furgoneta destartalada un botiquín de emergencia. Yo creo que lo que me pusieron debió ser de caballo por lo menos. Estuve más de diez horas ida por completo y cuando desperté estábamos en el coche de camino a casa.

Tenía miedo, no sabía qué iba a ver cuándo me mirara en el espejo retrovisor.

—Carmen, ¿Qué me han hecho? —pregunté con los ojos cerrados.

—Nada del otro mundo.

—Por favor, dime qué voy a ver cuándo me mire en el espejo —supliqué.

—Unos puntillos en tu napia.

—¿Cuántos?

—¡Y yo qué sé! —me gritó—. ¿Quieres que me ponga a contarlos ahora en mitad de la autovía, idiota?

—¿Dónde está el informe? —Seguro que ahí salía todo lo que me habían hecho.

—¿Qué informe? —me preguntó extrañada.

—El del hospital, ¿cuál va a ser? —Me estaba desquiciando por momentos—. Carmen, para en el arcén.

—¿Cómo voy a parar? No tengo puntos en el carnet. Si viene la Guardia Civil me llevan directa al cuartel y yo tengo que volver con mi Antonio.

—He dicho que pares.

—No. Y no te lo repito más.

—O paras o me tiro, tú verás —le dije desabrochándome el cinturón de seguridad.

—No cometas ninguna gilipollez más, vamos a treinta y cinco por hora, te aviso.

—Para ya, por favor.

—Está bien, pesada. En la siguiente salida me desvío. No sufras, loca.

Una salida, dos salidas, tres salidas... Nada, la egoísta de mi cuñada no paraba. Inventaba excusas que no se creía ni ella. Que si la primera salida estaba cortada por obras, —mentira, no había señales amarillas—, que si la segunda desviaba a un camino secundario en el que no se podía parar si no llevabas el carnet de cazador porque era un coto privado, que si la tercera tenía cristales rotos de una luna de coche y eso nos pincharía las ruedas en medio de la nada...

Total, que como sabía que iba a tener algo que decir con cada una hasta llegar a Alicante, reuní todo el valor que me fue posible y en menos de lo que

canta un gallo, cogí la manivela de la puerta, abrí y salté. Caí en una zanja por obras. Carmen tuvo que parar. Por fin.

Los puntos de mi nariz se soltaron, era evidente que el golpe lo iba a recibir en la cara. Basta que te hagas algo para que todo te pase en el mismo sitio.

No teníamos cobertura, ni siquiera podíamos llamar al 112. Mi cuñada, que siempre ha sido una gran aficionada a la serie esa de médicos Hospital Central, dijo que era capaz de coserme. Sacó de su bolso un costurero de esos que te dan en los hoteles y mientras enhebraba una aguja con hilo negro, empezó a contarme que no podía mostrarme ningún informe porque no habíamos ido al hospital, el más cercano estaba a treinta y siete kilómetros y eso nos haría perder tiempo. Entre ella y Manolo habían desinfectado una de las habitaciones con tequila y en brazos, Vanisrof, el segurata ruso, me llevó hasta la cama, de la que por supuesto, habían cambiado las sábanas. El visitador médico se descargó una aplicación en el móvil de esas que te permiten la visión con rayos X e hizo una fotografía a mi nariz. Confirmado. Mi tabique nasal se había movido del sitio. Lo agarró con cuatro dedos y de un tirón en seco, lo colocó en el centro de mi cara. Luego, llamaron a María Angustias, la mujer de Manolo y costurera. Ella obró su magia con los utensilios de Ramón, el pescador. Para acabar, Juande, el periodista deportivo sin carrera que colgaba en Facebook los resultados de los partidos, subió una encuesta en su perfil junto a una foto de la gran obra maestra que habían hecho preguntando si el resultado era bueno. A los ocho minutos, los votantes habían decidido que sí con un setenta y ocho por ciento.

Mientras me relataba la gran hazaña, según ella, que habían hecho, me echó un *chuf* de colonia barata en la nariz y empezó a unir los puntos que se habían soltado. Siguió contándome que, tras la encuesta, Vanisrof me llevó al coche mientras ella se quedaba repartiendo autógrafos a nuestros *followers*. Nos debíamos a nuestro público, me dijo.

Me quedé tan bloqueada con la historia que me había contado, que fui incapaz de reaccionar. Me monté en el coche y lo único que pude decir fue que me llevara con mi Duque.

No salía del asombro, pero eso no significaba que mi cerebro no funcionara. Mientras miraba mi cuenta de Amazon, en la que ya había ocho mil euros en cheques por la venta de las bragas cagadas de Carmen, decidí que con ese dinero iría a un cirujano plástico. Estaba segura de que cuando la hinchazón de mi cara disminuyera y los hematomas se fueran, mi cara iba a ser un poema.

El móvil empezó a sonar. Por lo visto, ya había señal y al descolgar, Evelio nos informó de algo.



Capítulo 30

Después de quince horas o de mil, porque mi sensación era de llevar toda la vida metida allí dentro, llegamos a Alicante. El viaje desde Jaén se me hizo eterno y eso que conducía yo, llega a hacerlo la inepta de mi cuñada y seguiríamos dando vueltas a aquella rotonda jienense; si es que esto de conducir es un arte y a esta no se le puede sacar de su cuchitril. No sé en qué estaría pensando cuando acepté morirme con ella.

La actuación había sido espectacular, pero cómo se nota cuando una vale y otra no. Es imposible no hacerme dos mil preguntas y tener una única respuesta para todas: «Virginie es arrítmica en todos los sentidos y una inútil».

El disgusto que me llevé cuando la tonta de mi cuñada saltó al vacío desde la barra creyéndose Marilyn Manson. Su inconsciente acto nos retrasó la vuelta. Casi lo hago en solitario, o con ella desintegrada en una urna.

En el instante en que vi que la puerta del coche se abría y ella saltaba cual croqueta de pollo congelada, sentí cómo mi castigado corazón se paralizaba en seco. Bueno, de qué otro modo se paraliza un órgano tan importante...

Cuando la tenía de vuelta y bien atada al asiento del copiloto, me vi obligada en urdir una historia lo más próxima a la realidad para que se conformara y quisiera continuar con el viaje hasta los brazos de nuestros amores.

Mentí, mira que soy enemiga de ellas, pero si eso ayudaba a que la otra persona no sufriera, me veía obligada a hacerlo como nadie.

Creo que no conté ni una verdad. Mentí en lo de Vanisrof, nunca hubo un portero ruso que la transportara a los dormitorios, eso jamás ocurrió, al igual que tampoco Manolo Gutiérrez tenía una señora esposa llamada María Angustias. De hecho, desconozco si el hombre está casado, no intimamos como para preguntarle su estado civil, pero tenía que tranquilizarla y fue lo primero que se me ocurrió tras el susto.

Si le hubiera confesado la verdad, se habría tumbado en la línea continua de la carretera hasta que un camionero le hubiera dado pasaporte y aquello se hubiera convertido en *Autopista hacia el cielo*. Preferí decirle que se le había salido el hueso ese gigante que tiene por nariz a revelar que solo tenía una pequeña contusión, pero que en su caso fue directamente proporcional al tamaño de su nupia. Habría querido pasar por una peluquería y un centro comercial a ponerse mona y como no lo iba a conseguir, sería una pérdida de tiempo. La conozco como si la hubiera parido, y como sé lo aprensiva que es, se subió aturdida al coche pidiendo llegar lo antes posible a Alicante y acudir al centro de salud del barrio. En fin, que tras este hecho insignificante, estábamos entrando ya en la ciudad cuando recibí una llamada de mi hermano Evelio. Era urgente, dijo.

Envió la ubicación de dónde teníamos que dirigirnos. Por lo visto, nos habían citado a todos.

—Dime, niño, vamos con el manos libres, que lo sepas, aviso por si quieres poner a parir a la gabacha. —Virginie resopló sin abrir la boca.

—Niña, que ha llegado una carta a casa.

—¿Qué? ¿La habéis cogido? Inútiles, es que ni morirme tranquila puedo —le respondí indignada y a la vez asustada, no podía negarlo, era evidente. Tanto, que tuve que inmovilizar el coche. Mis pies se pusieron tan nerviosos que no reconocían el acelerador del freno y se me enredaron.

—¿Por qué no íbamos a cogerla? Si quieres, la tiro.

—No digas tonterías. ¿Quién la manda?

—Un tal Eufrasio Montálvez De Rumaquia.

—Ni idea tengo.

—*Na*, que dice que hoy se procederá a la lectura del testamento de la Moraimita.

Sentí un vuelco interno. De nuevo, mi desdichado corazón se paralizaba, también comencé a notar una presión en el bajo vientre y tuve que salir corriendo hacia unos matorrales que adornaban la entrada a una iglesia

evangélica, porque me estaba deshaciendo por dentro. Me sudaban las manos. Había llegado por fin nuestra recompensa. Haber estado años soportando la presencia de aquella señora centenaria había recogido sus frutos. Bueno, todavía no, pero en breve comenzaría la cosecha. Me limpié como bien pude con unas cuantas hojas que había por el suelo, y no digo de papel, sino de los árboles que me rodeaban. Al acabar, o al menos intentarlo, regresé junto a la falsa lesionada.

—¿Dónde vamos? No me mantengas al margen porque me vuelvo a lanzar a la calzada, ya te lo aviso, ¿eh? —me amenazó Virginie.

—No digas tonterías, el coche está parado, por mí puedes hacer lo que gustes, más para repartir —le respondí con una sonrisa.

Mientras arrancaba, fui contándole la situación y, antes de terminar, ya estábamos en la puerta del notario. Dejé el coche sobre la acera. Total, qué más daba si se lo llevaba la grúa, íbamos a ser ricos.

Entramos cogidas de la mano. Supongo que se habría difundido nuestro fallecimiento, pues la golfa de recepción se asustó al vernos y llamó a seguridad. Hasta que nos dejaron identificarnos pasamos unos momentos de tensión complicados.

Una secretaria nos pasó a una sala con una mesa gigante ovalada, brillaba tanto que me deslumbró, Tomamos asiento y quedamos a la espera de la llegada del resto de nuestra familia.

—Ya lo estoy viendo. Cuando mi Duque y yo nos demos el sí quiero en la masía del Penedés, de los de Casa Tarradellas, rodeado de vacas lilas, quiero muchas vaquitas lilas. ¿Crees que se dejarán pintar?

—Creo que el golpe te ha dejado el cerebro temblando, porque no dices más que tonterías, más de lo normal.

—Déjame soñar, recuerda que mi primera boda fue un desastre y gracias al odio que me tenías, no fue ni boda ni nada. Por tu culpa mis hijos son hijos bastardos de mi Duquecito.

La miré de reojo, y mi experiencia en estos temas me hizo guardar silencio. Me mordí tanto la lengua que exhalé un gritito de dolor, pero si le llego a confesar que no solo eran bastardos, sino que tampoco existían como tales, no sé qué habría sido de nosotras y estaba claro que teníamos que salir con el cheque por la puerta, y un espectáculo de las dimensiones que hubiéramos organizado, estaba claro que algún problema nos habría traído.

—Pues yo lo primero que voy a hacer es comprar una urbanización de *chaletes*, uno para cada uno de la familia, seguiremos viviendo juntos, pero no revueltos —le confesé, intentando darle a entender que en el fondo los quería.

—Yo...

No pudo terminar la frase, pues la puerta se abrió de par en par haciendo acto de presencia un señor muy mayor, tendría que tratarse de un familiar de Moraima. Me estremecí, ya venían a quitarnos lo que era nuestro de pleno derecho. Cómo odio a las familias grandes.

—¡Buenos días! Si queremos avanzar, por favor, facilítenme sus *déneis* y vamos adelantando faena. —Entendí que se trataba de un empleado de la notaría.

—Pues eso, que yo...

De nuevo, no pudo terminar su frase porque aparecieron los niños por la puerta. Los recibimos con una sonrisa de madres orgullosas. Después de todo lo que habíamos pasado, ver a nuestra descendencia venir a la lectura del testamento de su tía la fallecida, me confirmaba el gran trabajo que habíamos realizado con ellos, sobre todo con mi Evaristo.

—¡Ey, *mas!* —nos saludaron mis sobrinos desarrapados y mi niño lo hizo con su manita.

—¡Ay, mis *garsones!* —decía llorando mi cuñada—. Pues yo...

Volvió a intentarlo, pero la puerta, que parecía el metro en hora punta, se abrió otra vez, dando paso, en esta ocasión, al viudo.

—¡Ay, mi Evelio! Te acompaño en el sentimiento. Si es que no somos nadie, pero nadie, nadie. ¡Ay, con lo que yo la quería! ¡Bueno, todos! ¡Ay, ay, ay! —le comenté a voz en grito para que todos los que estaban en la salita de espera me escucharan y supieran que sentíamos mucho la pérdida de mi cuñada. No se pensaran que íbamos a por lo que íbamos.

—¡Joder!, ¿me vais a dejar decir ya qué haría yo con el dinero de la herencia de la vieja? —escupió, fastidiando mi plan, Virginie. Ya había quedado claro que veníamos a por la pasta.

Pero en esta ocasión tampoco pudo, porque entró de nuevo el señor anciano, al que habíamos confundido con un pariente cobra herencia y no era otro que el señor notario.

—Esperamos unos minutos y cuando estemos todos, procederemos a la lectura del testamento.

—¿Todos? Pues si ya estamos, le presento al difunto marido de Moraima. Perdón, los nervios, quería decir, al viudo de mi difunta... —Virginie me interrumpió, pero yo le tapé la boca.

Veía cómo se iba azulando, sus ojos se llenaron de lágrimas, creo que le presioné la narizota herida.

—Ma, ¿qué te has puesto en la nariz? Estás espantosa, y ese maquillaje tan gótico que llevas, con la edad que tienes, no te favorece nada de nada —se quejó Pacorro.

El notario no dejaba de mirar el reloj que colgaba de la pared de la sala, estaba mono, pero cuando me comprara mi chalet, me pondría uno de esos que son como un armario y llegan hasta el suelo y te quedas hipnotizado viendo cómo se mueve el péndulo y te dejas llevar por sus tics, tacs.

—Necesito salir para hacer una llamadita —dije con la mano en alto—. Nena, que voy a avisar al Antonio, creo que seguirán pensando que estamos muertas.

Y era cierto, y aquello me cabreó, porque, si les había llegado la noticia y no habían intentado ponerse en contacto con nosotras, de qué iban estos dos.

Toda digna, coloqué la mano en el pomo de la puerta. Un segundo, tal vez dos. Giré, abrí, salí, sufrí, temblé, aluciné, casi me meo al ver a dos personas que no deberían de estar ahí fuera. Hasta me permití sufrir un corte de digestión. Abrí los ojos de un modo tan extraño que me dolían como nunca antes me había dolido ninguna de las cientos de fracturas que llevaba a mis espaldas en los huesos; mis córneas se cortocircuitaron; la boca se me abrió sola y se quedó encajada.

La visión la perdí, así que, ciega, muda, pero no sorda, porque me habría convertido en Shakira, e indigestada, pude hacer uso de mi velocidad mental, en eso tenía un don envidiable. Alargué la mano y sujeté una silla, la coloqué detrás de la puerta y me senté allí. Ninguno de la sala me quitaba ojo, pero yo tenía la mirada perdida, pretendía enviarle señales cerebrales a mi cuñada —cómo me hubiera gustado poseer *telekinesia* de esa—. Me fue imposible.

—Puede leer ya, no va a venir nadie más, lo sé de buena tinta —les informé.

—Relájese, el testamento es cortito, no sufra. Aún faltan convocados.

Al escucharlo, comprobé que, junto a las cortinas, había una puerta. Me puse en pie, subiendo por encima de la mesa, como cuando me alcé en la barra del bar, pisoteando el testamento de Moraima, al sentir que mi dique de contención en la puerta de entrada había sido abatido por los últimos asistentes.

—¡Virginie, corre! ¡Hay que huir!

Me abalancé contra aquella otra puerta, rebotando y cayendo de bruces al suelo. Perdí el conocimiento.



Capítulo 31

A veces pienso que soy la más inteligente de la familia, no porque mi coeficiente intelectual sea muy elevado, que bajo tampoco es, sino, porque, ¿a quién en sus plenas facultades se le ocurre abalanzarse contra una puerta cerrada?

El temita del baile en la barra del barecito le había subido el pavo a mi cuñada, de hecho, se podían sumar un gallo, dos caballos y la granja entera sin exagerar. Estaba rarísima y era normal, la fama deja a los famosos muy trastocados de la cabeza, pero en este caso había dos diferencias: Ni Carmen era famosa, ni tenía fama. El caso es que debió pensarse que era Harry Potter cruzando el andén nueve y tres cuartos y no puedo describir el choque frontal que tuvo contra la madera. Fue como a cámara lenta, saltó pisoteando los papeles que teníamos que firmar si estábamos de acuerdo con la herencia, se lanzó al vacío y se estampó, tal cual, contra una puerta. Permaneció unos segundos como si fuera un vinilo de esos que hacen parecer los muebles *vintage* más modernos y cayó al suelo haciendo que su cabezazo nos dejara a todos petrificados. En realidad, sí parecía que estábamos rodando la peli de esa saga y que a nosotros nos habían hecho el hechizo ese del *petrificus totalus*.

El caso es que yo fui la primera en romper esa magia extraña y la movilidad volvió a mi cuerpo. Me acerqué hacia Carmen, me agaché y con dos dedos, tomé el pulso en la zona de la yugular. No notaba nada, pero claro, en las series de Telecinco no explican muy bien cómo ver si una persona se ha muerto. De pensar en eso, empecé a hiperventilar. La odiaba, sí, pero la loca de mi cuñada no podía dejarme ahora que, por fin, iba a casarme de nuevo. Empecé a sacudir su cuerpo, gritando que no me dejara, que nos quedaban muchas cosas por hacer juntas, que lo había pensado y quería que ella fuera la madrina de mi boda real. El señor notario me detuvo arrancando mis manos de sus brazos. Por lo visto, después de un accidente, no hay que mover el cuerpo y yo lo había hecho. Me pidió que me calmara y que saliera a la calle a que me diera un poco el aire. Tras su sentencia, de notario y no de juez, llamó a su secretaria para dos cosas: que llamara a una ambulancia y que llevara gasas del botiquín para limpiar la sangre de los arañazos que yo, en mi estado de *shock*, le había causado.

A todos se les había ido el hechizo y rodeaban el cuerpo inerte de mi queridísima cuñada. Mis hijos lloraban, el suyo se le abrazaba llenando de mocos y lágrimas el vestido cutre que llevaba; no se podía morir bien vestida, no. El pobre Evelio se había colocado de rodillas a modo almohada para sostener la cabeza de Carmen. Un drama todo.

A la media hora o así, se abrieron paso a través de la puerta asesina los del SAMU. Por el color de su ropa supe que había dos enfermeros, una auxiliar y un doctor. Normalmente en la tele también sale algún que otro celador, supongo que eso será por hacer un poco más de bullo.

El médico, el doctor Casa, muy profesional, nos dio la gran noticia, la noticia más grande de todas y, tras sus palabras, pusieron a Carmen en una camilla y se la llevaron. Al salir a despedirme, de la ambulancia, no de ella, que las puertas traseras ya las habían cerrado, vi a Antonio fumando y a mi Duque haciéndole compañía. Mi cuñado, al ver mi cara, hecha un cuadro por el golpe de la nariz y por el berrinche que tenía, al decirle que ahí dentro se llevaban a su mujer, echó a correr, digno de protagonizar la segunda parte de la película en versión española de Forrest Gump y se subió al parachoques de la ambulancia para estar cerca de su amada esposa.

—Has vuelto —susurró Duque cuando perdimos la ambulancia de vista.

—Sí. Aquí estoy —le dije limpiándome las lágrimas como podía para no hacerme daño.

—Virginie, mi amor, te he echado de menos.

—No metas el dedo en la herida, me has tenido muy abandonada — respondí con un gran dolor en el pecho.

—No sé si lo has visto, pero Antonio y yo...

—Lo sé. No digas nada —le interrumpí.

—Mi vida, no sé en qué he estado pensando todos estos años, pero al saber que te habías muerto, vi todo claro. Tengo un problema.

—¿Qué problema, Joan? —A pesar de estar ya organizando nuestra boda en mi cabeza, seguía reacia a entregarle mi corazón en bandeja.

—Soy adicto al sexo. Pero si te casas conmigo, te juro que dejaré de ir a buscar fuera lo que tú con este cuerpecito puedes darme —me dijo abrazando mis caderas y restregándose contra mí.

—Joan, por favor, para. No es el sitio ni el momento para tus guarrerías.

—¿Te apetece que volvamos a nuestro hotel, nena? —En la parte baja de mi vientre notaba cómo se había animado la cosa, y no me refiero a su cosa masculina, sino a la situación.

—¿Qué hotel, Joan? —le pregunté haciéndome la dura, sabía de sobra a dónde quería ir.

—Al que nos prometimos amor eterno —me respondió lamiendo el lóbulo de mi oreja.

—Joan, para. Vamos a ver cómo está el tema del testamento y nos fugamos juntos. Vayamos a nuestro templo del placer, pero ya te aviso de que tenemos una boda que organizar. *Mon amour*, quiero vacas lilas. ¿Tú crees que si pagamos a algún ganadero nos dejará pintarlas?

—Pero, ¿qué dices?

—Nada, nada... Tengo que mirar mi cuenta de Amazon.

—¿Qué cuenta, nena? A ver si se te ha infectado la nariz y se te ha ido la pus al cerebro, me estás preocupando.

—De camino te lo contaré, no sufras.

Entré al notario para preguntar qué hacíamos. Le expliqué a su secretaria que era especialista en copiar las firmas de mi familia y que si tenían la agenda muy apretada, así lo resolvíamos rápido. La pobre chica pálida, por su color natural de piel y no por lo que yo le decía, me dijo que no me preocupara, que ellos llevaban la legalidad a rajatabla. Agradeció mi amabilidad y nos citó para otro día.

De camino a Gandía, le conté a mi amado futuro esposo real todo lo que se había perdido durante su abandono. Entre nosotros nunca teníamos secretos y a quince kilómetros de nuestro destino, tuvo que parar en un área de servicio. Me estaba dando un parraque, no sé qué se sentía al tener un infarto,

pero rozaba los síntomas, estaba segura. Resulta que me habían intentado *hackear* la cuenta de Amazon, pero como yo siempre he sido muy lista, no tenía activada la compra con un *clic* y me saltó una notificación. El caso es que tras llamar a los de atención al cliente, supe que no podía enviar el dinero a mi cuenta bancaria. Puse una reclamación, por supuesto.

¿Cómo no iba a darme un *telele* teniendo más de quince mil euros que solo podía gastar comprando cosas de su página? Llegué a la conclusión de que los botes de pintura lila, los detallitos para los invitados, los trajes, y todo, absolutamente todo, tendría que comprarlo ahí. Claro, eso complicaba las cosas por las fechas de entrega, ya que yo no tengo el *Prime* ese, pero igual podría seleccionar el mes de prueba gratuito y luego, ya, darme de baja.

Joan y yo pasamos un día en nuestra habitación del amor. En nuestros ratos libres, los pocos que teníamos debido a que nos esperaban en Alicante, íbamos organizando todo. Él estaba feliz porque estaba dándose un homenaje final antes de asistir a terapia y yo iba a tener la boda de mis sueños. ¿Podía haber algo mejor en la vida? Yo creo que no, o sí, no sé en qué respuesta añadir que gracias a que el video de Joan y Antonio acumulaba visualizaciones, una empresa muy conocida nos obsequiaba con un paseo en catamarán. Ya lo tenía claro. Ahí me iba a casar, tendríamos que pedir uno grande para meter las vacas, pero daba igual. Cambiaba la masía que le había comentado a Carmen, la de los de los fuets, por el barco, eso era más de ricos. Además, estaba segura de que la difunta de Moraima nos había dejado bastante para repartir.

Ay, Carmen. Pobrecita mi cuñada. Ella ahí, a punto de estirar la pata, si no la había estirado ya, y yo pensando en bodas. En ese momento caí en la cuenta de algo, instantes antes de su estampamiento, me dijo que huyera. ¿Por qué?

Nuestro viaje exprés llegó a su fin unas horas antes de lo previsto. Teníamos que volver, había cambios en el estado de nuestra querida convaleciente. Eso sí, Joan no había tenido su gran homenaje final y paramos dos veces en el trayecto para hacer nuestras cosas premaritales, estaba claro que virgen al enlace no llegaba.



Capítulo 32

Me desperté en una sala de observación en alguna parte. A mi lado, permanecía roncando mi Antonio, me recordó al día en el que nos conocimos, cuando llevaba al cuello enredados los cables de sonido; en esta ocasión, se había enredados los míos, esos que me conectaban a una máquina por la que salían pitiditos. «¡Madre mía, qué tristeza! ¿Me estarían manteniendo con vida enchufada a ese cacharro?».

—¡Nooo, nooo! ¡No quiero moriiir! ¡Todavía, nooo! —grité elevando el tronco de mi cuerpo hacia los pies de la cama.

—¡Carmencilla, amor!

—¡El testamento! ¿Dónde está la franchute? —me referí a ella de este modo y no de otro, pues era como la llamábamos en la intimidad mi esposo y yo—. ¿Voy vestida con el mono naranja de reo condenado a la silla eléctrica? Júrame que no estoy en la enfermería de una prisión de alta seguridad. ¿Está detenida ella?

—Cálmate. Te diste un golpe y te han traído aquí. Estás en observación, en cuanto pase el médico y le digas que estás bien, nos vamos —Antonio, sin éxito, pretendía tranquilizarme con sus palabras.

—¡Que se ha ido todo al carajo! Que hay que sacar del módulo de mujeres a la gabacha, que... ¡Ay, desgraciado!, y tú ¿por qué no me llamaste cuando te dijeron que estaba muerta?

—Carmen, no dices más que tonterías. Si te ve en este estado el doctor, te encierra, pero en la planta de psiquiatría.

—No, no, eres tú el que no te enteras de la gravedad. ¿Dónde están Virginie y mi hermano? ¿Sabe que estamos vivas? ¿Desde cuándo conoces que respiro? Pero no te quedes ahí como un pasmarote, ayúdame a quitarme todos estos cables. Y ve contestando mientras me visto. ¿Qué día es hoy? Dime el año, por favor. ¿Hay ya urbanizaciones en la Luna?

No me dio tiempo a vestirme, al escuchar a una enfermera que hablaba en el box de al lado del mío con alguien, tuvimos que huir con el camisón ese semitransparente que te ponen en los hospitales, cosa que no entendí, pues si estaba en observación, ¿para qué narices me lo habían colocado?

—Carmen, la ropa.

—Calla y huye. No mires atrás, Antonio, que estamos muertos.

—¿Qué te está sucediendo? Me das miedo. Quédate y que te hagan un escáner o algo. Tú no estás bien. Igual, hasta te paga el seguro del notario.

Él seguía insistiendo en que mi mente me estaba jugando una mala pasada, pero no era el momento ni el lugar de confesarle todas las perrerías que habíamos conspirado mi cuñada y yo. Primero, necesitaba saber dónde estaba ella, porque si la estaban interrogando, tenía claro que con su mierda de fuerza de voluntad, a estas alturas nos habría delatado.

Corríamos por la calle y todo aquel con el que nos cruzábamos se iba apartando y los que no, me hacían un repaso que me cabreaba mucho, pero no tenía tiempo para insultarlos. Necesitaba todo el aire que entraba en mis pulmones para mantenerme con vida y seguir corriendo.

Antonio seguía gritando que necesitaba un reconocimiento médico, que volviéramos al hospital. Yo le decía que el tema era muy grave, cuando me estiró de la muñeca, lo que provocó que me sacara el hombro del sitio; ¡qué dolor más grande! El muy cabrón pretendía lesionarme para hacerme volver al hospital, pero eso no entraba en mis planes. Continué con mi huida con el brazo colgando y sudando la gota gorda, llegó un momento en que no podía respirar, el aire había dejado de entrarme por mi nariz, pero me quedaba poco para llegar a casa, allí podría reparar la situación.

—¡Loca, Carmen! ¡Te quiero! Pero reconoce que se te ha ido la *cabeeza*.

Fue lo último que escuché. Enfilé las escaleras de mi domicilio y al abrir la puerta de casa, allí, en mitad del salón, se encontraban reunidos mis sobrinos, mi hijo, la Jessy, Conchita...

Miraba a un lado, a otro, ellos me miraban de arriba abajo. También estaba Virginie encima de Joan y...

—¡No estás presa! —Me lancé a sus brazos tirando al suelo a mi hermano y con el brazo que me seguía colgando, lancé una carpeta, dejando al descubierto el rostro del señor notario.

Esto estaba siendo una pesadilla, allá donde fuera estaba este señor.

—¡Mamá! —gritó mi niño.

—¡Carmencita! —Entró Antonio.

—¡Esto no puede estar sucediendo! —clamé al techo con el brazo bueno elevado.

—Nada, ha sido imposible retenerla más tiempo en el hospital. Está como una puta cabra. Ha corrido por toda la avenida enseñando el culo, hasta se ha sacado el hombro del sitio al intentar huir de mí. Está convencida que todos estamos muertos. Pobrecilla mía. Jamás imaginé que terminaría sus días en el Infanta Cristina.

Me importó bien poco que todos estuvieran reunidos en mi salón. ¡Qué narices hacía el Eufrasio ese de Rumanía en mi finca!, pero yo tenía que hacer la maleta. Bueno, caí en la cuenta de que mi maleta continuaba en el maletero del coche. A ver si Antonio iba a tener razón y me estaba volviendo loca, tanto correr para nada, si tenía el coche allí encima de la acera. Ah, calla, que yo me escapé del hospital y no del notario.

—¡Buenas tardes! Hemos creído conveniente que era mejor que se hiciera la lectura del testamento en su domicilio, ya me comunicaron que estaría convaleciente. No se preocupe, en unos minutos doy comienzo.

Me estaba poniendo de los nervios el señor notario, no sé qué le impedía leerlo ya.

Fui a acomodarme cuando el timbre de la puerta sonó, mi Evaristo se adelantó y fue a abrir.

—Perdonad el retraso, en la notaría me dijeron que teníamos que venir aquí.

—¿Esa voz? —Escuché a la perfección a mi cuñada la muerta y a la voz.

Nos pusimos las dos en pie, miramos hacia el pasillo, nos quedamos petrificadas al ver de quiénes se trataban. Sin titubear, lo tuvimos claro. Saltamos por encima del sofá, y juntas, de nuevo, a lo Thelma and Louis, nos precipitamos por el ventanal en el que Moraimita encontró la muerte, y alguien había derribado, con total acierto, para ese momento, el precioso y seguro muro de contención que construí hacía unas semanas cuando comenzó la oleada de intentos de suicidios de Virginie.

—¿Estáis idiotas? —Todos nuestros familiares asomaban por el hueco de la ventana y miraban hacia abajo.

—Corre, no la mires a los ojos —me pedía Virgine y yo ya no sabía a quién de los dos evitaba mirar.

Con el miedo agarrado al cuerpo, el hombro fuera del sitio, con un triste camión hospitalario y todas mis vergüenzas al aire, con las piernas ensangrentadas por el roce de los rastrojos, con la mano buena, arrastraba a mi cuñada, la viva, la que se había vuelto a fracturar la nariz en la caída.

—Tía, qué está pasando. No es posible que las dos nos hayamos vuelto locas a la vez y veamos las mismas alucinaciones. ¡¡Ha vuelto a por nosotras!!

La piel de gallina y no por las ramas ni por una reacción alérgica, sin aliento, intentaba darle luz al caso paranormal en el que nos vimos envueltas. Habría que contactar con el «Kike Fernández» ese que invita a los muertos a su programa.

—¡No huyáis! Todo tiene una explicación —gritaba Evelio a través de aquella ventana maldita.

Conseguimos dar la vuelta a la manzana, y allí, en mitad de la calle, junto al trastero, también maldito, nos esperaba el señor notario con el señor inspector, con nuestra difunta cuñada Moraimita, con Lucifer la bien Dotada y toda nuestra familia.

—A ver si podemos empezar con la lectura del testamento de una puñetera vez. Estese quieta ya, no más huidas. Esto es surrealista. Cuarenta años trabajando y en mi vida había vivido algo similar.

—Carmen, me he meado —me confesó Virginie.

—Me alegre, eso quiere decir que no estás muerta. Tengo miedo y no me atrevo a decirlo en alto, por lo que te preguntaré susurrando. ¿Esa vieja de ahí, es Moraima? Dime que no. No, no me digas nada, bueno, sí. Dime si entiendes qué está sucediendo, porque yo no entiendo nada y el no comprender me crea ansiedad y así no puedo pensar y si necesitamos huir, no veo el modo.

—Es, es. Son, son —solo decía eso.

—Procedo a leer la carta de su familiar doña Moraima:

«Yo, Moraima Narvárez Morcillo, en plenas facultades mentales, me encuentro ante el notario Eufrasio Montálvez De Rumaquia, a cinco de abril de dos mil diecisiete, a los ciento dos años de edad.

El día que fallezca, me gustaría dejarle a mi abnegado esposo, don Evelio Navarrete, un octavo de la casa de la playa Poniente de Benidorm.

A mi cuñada Carmen Navarrete, aunque sé que no me quiere, pero el sentimiento es mutuo, le dejo, en herencia, mi silla de ruedas. Sé que es la que más partido le sacaré de todos lo del clan.

A la otra, a la que no sabe hablar bien el español, le concedo el honor de llevar mis batas de estar por casa. Entiendo que le hará muchísima ilusión, ya que siempre me las roba.

A mis tres sobrinos del clan Navarrete, he decidido no dejarles nada, puesto que ya se cobraron en vida mi herencia. Y no les perdono que nunca me hayan dejado participar en ninguna de las timbas clandestinas de póker que organizaban en casa, a espaldas de sus padres, los martes a las dos de la madrugada.

A Lucifer la bien Dotada le dejo toda mi lencería fina, sé que no es mucho, pero siempre nos quedará el recuerdo de esas tardes de sexo desenfrenado, cuando Alfredo salía a buscarme las torrijas y Evelio estaba haciendo entrega en su Vespino de los pintauñas. Lo siento, cariño, una no es de piedra y a mi edad, ya nada me importa.

Y ahora, viene lo importante.

Quería pedirles disculpas a mis nietas, a esas dos niñas que no tienen culpa de nada y se les ha privado de la compañía de su abuela. A ti, Conchita, te dejo todas mis alhajas. A Jessy le cedo mi discografía de la Piquer, sé que siempre quisiste dedicarte a la copla y lo llevas en la sangre. Esas tardes cuando venías a visitarme a espaldas de todos, con la intención de sacarme información de la familia, y juntas nos marcábamos «Esos ojos verdes», gracias por esos momentos, me dabas la vida que tus tías lejanas me quitaban.

A mi hijo, Mario Conde Narváez, le dejo mi apellido, es lo único que me queda. Nunca le perdonaré a la perra de mi hermana gemela que me lo arrebatara el día de su nacimiento. Si me acostaba con su marido era porque él me quería a mí y no a ella. Espero que el día de la lectura de esta carta, la perra de Satán esté criando malvas.

Soy madre, una madre frustrada. Tengo una hermana gemela, Sulamita, a la que odio, porque ella es la que tiene

propiedades, gracias a su marido, con el que yo mantenía una relación secreta, porque era el amor de mi vida y porque siempre conseguía lo que quería, y ella se hizo pasar por mí y se casó con él.

Tantos años en soledad me llevaron a visitar los antros de striptease, donde conocí al que hoy es mi marido. Tuve que casarme con ese desarrapado para esconderme y que mi hermana no me asesinara; su marido pertenece a la mafia siciliana. Son los propietarios de la empresa «Mortadelini tutto morten».

Bueno, familia, si estáis leyendo esto es porque estoy en el más allá. También quiero confesar que la Carmen desde hace muchos años mantiene a la madre envuelta en la alfombra de Túnez.

Que me tiraba a vuestro padre, porque el hombre estaba de muy buen ver y porque una necesitaba mucha actividad sexual, es lo que tiene estar todo el día sentada en la silla de ruedas.

Que el hijo de la del tercero es también del clan, que es el hijo de vuestro padre, me refiero al padre de mi marido y de sus hermanos. Que los de la franchute, son unos sin papeles. Y que hay más Navarretes desperdigados por el barrio.

Ah, también quiero explicar por qué sé que Jessie es mi nieta. Mario ha salido a mí y de vez en cuando echaba canitas al aire y, no hace muchos años, la chica vino a visitarme y decidió trabajar para mí. Nunca me dijo que era mi nieta ni yo le aclaré que era su abuela, pero tiene un gran talento para esto del estafe y me gustaría que formara parte de la familia.

Y sin más, me despido.

Pd. Os preguntaréis dónde está el resto del apartamento de la playa de Poniente, el resto se lo cedo a las Ursulinas de Etiopía, no tengo ninguna razón, pero fue el primer lugar que se me ocurrió cuando vine a hacer el testamento.

Ah, y por Dios, que alguien llame al perro en condiciones, Fernando Torres o Sergio Ramos. Panda de analfabetos.

Que os den a todos.

Firmado: Moraimita»

El señor notario no había terminado y ya estábamos todos pegándonos e insultándonos. La vieja sabía todo, cómo era posible que no se le hubiera

escapado ni una.

Resuelto el enigma del fantasma de mi cuñada, y por qué narices había aparecido de nuevo el inspector de Hacienda en nuestras vidas, decidimos dejar de pegarnos, echar unas firmas en el acta notarial y volver a la realidad. El notario salió corriendo lanzando los papeles de la herencia sin esperar a que nos despidiéramos en condiciones.

No íbamos a ser millonarios, por lo que la boda de mis sueños y la de mi cuñada, de nuevo, tendría reducido el presupuesto. Ya veía que las vacas iban a ser las vecinas cotillas a las que había incluido en la lista de invitados, cuando pensó que éramos las Briatores del barrio.

—Carmen, anda, moza, ven que te presentemos al hijastro de Evelio. ¡Qué fuerte!

—Espera, anda, que tengo que resolver unos asuntillos de la boda con Virginie —me excusé como pude, no podía dejar que Mario nos reconociera.

—No, no, que vais a alucinar cuando os cuente.

«La madre que lo parió, como siga insistiendo el que va a alucinar será él». Mi hermano Joan nunca fue muy espabilado, pero es que se estaba cubriendo de gloria bendita.

Intenté escabullirme. Sin embargo, no hubo forma humana y tampoco inhumana, respiré hondo, casi al borde del llanto, porque sabía la que se nos venía encima, me acerqué con las puntas de los pies hacia arriba, pues me empujaba por detrás mi marido.

—Carmen, te presento a Mario, hicimos juntos la mili. —Puse cara de muerta, en plan cabeza ladeada, la lengua colgando y los ojos semiabiertos mostrando las bolas de los ojos blancas—. Bueno, hasta que deserté, pero vamos, que fuimos colegas.

—Encantado. —Me alargó la mano y como no quería ser descortés, pues cogí mi brazo muerto con el vivo y le ofrecí mi mano zurda, más fría que un cubito de hielo, y elevé las cejas—. Ya decía que me sonaba tu cara de algo, alguna foto me enseñaría tu hermano cuando compartíamos trincheras.

Menos mal que el inspector también era del grupo de los rezagados mentales, a saber cómo consiguió aprobar la oposición. Mi único temor era que de repente toda la información vivida durante el secuestro, que habitaba en su interior, se agitara y recobrarla la memoria.

—Nena, no me seas rancia, anda, dale un abrazo, que encima ahora resulta que es de la familia. Que Mario ahora es nuestro sobrino. ¡Qué fuerte me parece!

Joan seguía flipando por el descubrimiento familiar y yo seguía sufriendo por si la mente de Mario decidía despertarse ante mí. Solo esperaba que no lo metiera en el trastero, porque igual, como dicen en las películas, algún olor o alguna cosa consigue reactivar los recuerdos que están ocultos por debajo de la materia negruzca, que he escuchado en alguna ocasión, en los documentales que veía la difunta Moraimita, madre del ex secuestrado.

—Lo dicho, un encanto. Nada, me marcho que mi cuñada y yo tenemos dos bodas que preparar.



Capítulo 33

No podía negar que el tema de la boda me tenía de los nervios, había tantas cosas por organizar que no sabía si me iba a dar tiempo. Encima, mi cuñada había decidido robarme el protagonismo delante de todos, diciendo que se iba porque había dos bodas por preparar. En esos momentos la odié como nunca hasta la fecha había hecho. Ya me había estropeado el primer enlace; — enlace que no fue válido—, y estaba segura de que ella querría un casamiento por todo lo alto.

Era necesario trazar un plan alternativo, no iba a serme difícil ir contándole ciertos detalles y yo ir preparando otros. Para que no hubiera lugar a confusión, bajé al chino, a mi amigo, a comprar un par de libretas, dos bolígrafos de esos baratos y un paquete de adhesivos blancos. Vamos, etiquetas de esas blancas de toda la vida.

En cuanto subí a casa, bueno, al cuchitril de siempre, me encerré en mi habitación. Joan estaba con el niño mirando clínicas de desintoxicación *sexil*. Me había prometido que después de la boda se internaría para tratar su problemilla. En realidad estaba tan emocionada, que me daba igual lo que me iba diciendo.

—Niña, que esto vale un ojo de la cara y parte del otro —me interrumpió en mi concentración de recortar recta la pegatina.

—¡Duque, de verdad! Ya me has hecho estropear una tira. ¿Cuánto vale? A ver, sorpréndeme.

—Pone que tres mil euros la semana, pero claro, depende del grado de dependencia que se tenga. ¿Tú cuál crees que es el mío? —me preguntó delante del niño.

—Por favor, cariño, esto no son cosas para tratar delante de este — respondí haciendo referencia al niño que estaba con la extensión de su brazo en funcionamiento. El móvil, claro.

—*Maaa*, a ver si te piensas que soy tonto. —Se puso en pie y empezó a hacer vaivenes con las caderas hacia delante y hacia detrás desacompasadamente.

—Niño, déjanos solos. —Nuestro retoño salió por la puerta para darnos la intimidad necesaria para tratar el tema.

—Es un *folleti*. Ha salido a mí, ¿eh?

—Deja de decir tonterías. A veces te piensas que es un adulto y que se puede tratar cualquier asunto delante de él. Si «solo» tiene veintiocho años. No sé quién de los dos es peor.

—Tú, que no asumes que ha crecido —me respondió mirándome por encima del hombro.

—Pero vamos a ver, las dos opciones de las que hablaba erais vosotros dos, en ningún momento me incluía a mí, por supuesto.

—Es que mi prometida es muy madura ella, ¿verdad? —me preguntó acercándose a mí con las intenciones claras.

—Duque, íbamos a hablar, no a hacer eso que se refleja en tu mirada de vicioso.

—¡Ahh! Es cierto, ¿qué sería de mí sin ti, bella flor?

—Te has vuelto demasiado romántico, no te reconozco. A ver, pongámonos serios, que tengo muchas cosas por hacer.

—Eso, que vale una pasta, nena.

—Tú búscalo por Amazon, no preguntes por qué. Te quiero mucho, pero de momento no puedo contártelo.

—¿Amazon? ¿Qué es eso?

—De verdad, mira que eres anticuado a veces. Es una página de Internet en la que se pueden comprar muchas cosas. Busca ahí y déjame, que la boda no se organiza sola.

—¿Echamos uno rapidito? —me preguntó bajándose los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos dejando su *cimbrelillo* al aire colgando.

—No puede ser contigo —le respondí desabrochando mi falda, bajándola y echando a un lado la tira de mi braga faja—. Rápido, ¿eh?

—¿Le das mimitos de esos tuyos?

—No te pases, yo no soy una cualquiera.

—Pero, ¿estás cachondilla como yo ahora mismo? —Notaba su cosa restregándose en mí, pero no me concentraba.

—¿Ahora? Si tú siempre lo estás, hijo mío. No digas mentiras —le respondí mientras notaba que ya estaba dentro. Mentalmente, empecé a elaborar la lista de personas que no invitaría.

Al acabar, un par de minutos después, me dijo que se iba con Antonio a mirar unos asuntos suyos, que más tarde seguiría con la búsqueda de terapias, y aunque me quedé con la mosca detrás de la oreja, me vino bien para seguir con lo que estaba haciendo antes de la interrupción. Escribí en las pegatinas «Boda versión Carmen» y «Boda de mis sueños» y las pegué en sus respectivas libretas.

En la mía, la de mis sueños, empecé a anotar un listado de todo lo que quería: un vestido de princesa, un menú de lo más *gourmet*, al estilo de los ricos que salen en las series de Telecinco. Zapatillas de estar por casa para que las invitadas pudieran estar cómodas. Vacas, mis vacas lilas no podían faltar. Un barco para poder hacer la celebración, eso era muy de la jet set; comer en un mega catamarán, claro, tenía que ser grande. No solo iba a invitar a la familia, sino a todo el barrio. Alquilaría limusinas para todos, y para nosotros, los recién casados, una carroza con corceles blancos.

Tenía tiempo suficiente de ir ahorrando dinero hasta la fecha, ya que mi anuncio de Wallapop era una especie de máquina de hacer dinero. No sabía yo que vender bragas diera tanto, la verdad. Lo puse en un arrebato de rabia, pero no descartaba en el futuro, cuando ya fuera una mujer casada, crear una empresa especializada en la compraventa de ropa interior utilizada. Es más, ya empezaba a buscar un nombre discreto y todo.

Dejé la libreta especial a un lado para seguir con la otra, la que enseñaría a Carmen. Si no lo hacía, levantaría sospechas. Ella era conocedora de que me moría de ganas por ser una mujer casada, y le resultaría de lo más extraño no verme organizar nada. En esa, no me compliqué demasiado: un vestido de AliExpress, unos veinte invitados a ojo, dejando aparte de la familia fuera, que eran muchos. El menú que escribí era sencillito, de comida precocinada para no gastar en salones, croquetas y patatas fritas de entrante, marca blanca,

por supuesto. De plato principal una lasañita de la misma marca, para no perder el tiempo en ir a diferentes supermercados, que así parecía más real. También añadí las vacas lilas, eso lo quería sí o sí. Puse que me gustaría dar el Sí, quiero en una canoa del Decathlon, pero una de las de exposición, que esas tenían pinta de ser más baratas y la llevaríamos en el autobús público hasta el mar Mediterráneo, esto último era porque había añadido dos cajas de veinticuatro cervezas de las más baratas, de marca desconocida.

Me quedaba mucho trabajo por delante, en la guay, que si detallitos, que si *disjockey*, música jazz en directo, una animadora para los niños de las vecinas, un paseador de perros para las mascotas... ¡El tiempo se me echaba encima!

La organización falsa me parecía tan real que casi me la creía hasta yo y no podía contenerme por contarle a Carmen mis novedades, bueno, de eso y de saber cuál era el tono de su cara. En los últimos días pasaba por diferentes colores, como los anillos que venden en los mercados medievales que al ponértelos cambian de color dependiendo del estado de ánimo. Mi cuñada era un anillo de esos humano.

En realidad, no era de extrañar, habíamos vividos demasiadas circunstancias muy fuertes como para no vernos afectadas. Yo disimulaba mejor que ella, claro, que alguna vez las monjas del colegio ya me dijeron que yo iba para actriz, pero de las que reciben un montón de galardones.

Pensar en las monjas me recordó que tenía que empezar a mirar vuelos para toda mi familia en primera clase de la compañía más cara. Ya había llegado el momento de que vieran qué bien me iban las cosas en la vida.



Capítulo 34

Después de la lectura del testamento de Moraima, tras un par de tortazos, todo volvió a la normalidad. Mario Conde no nos reconoció y nadie me denunció por lo de la abuela.

Los primeros días las dos estuvimos muy nerviosas, pero justificábamos nuestro comportamiento por todo lo que había sucedido y no porque estábamos cagadas por si a Mario se le ocurría decir que lo habíamos tenido secuestrado. También seguíamos con la duda de cuándo vendría el fisco a por nosotras, bueno, a por la loca de mi cuñada, porque eso nunca se aclaró. En el maletín jamás se encontró su expediente. La carpeta que me agenció durante el accidente con las bicicletas del ayuntamiento no era el de mi cuñada. De hecho, ni ponía su nombre, dije que era el suyo por el momento de estrés que estábamos sufriendo. Una vez en casa, pude comprobar que se trataba de unas partituras para tocar el cumpleaños feliz con acordeón.

Por todo ello, vivíamos en permanente estado de angustia, esperando a que llegara una nueva carta y al abrirla nos explotara en la cara, volatilizandó nuestra incipiente felicidad marital.

—Carmencilla, te noto extraña. Cada vez que invitamos a Mario y a Fátima a casa te pones violeta —me decía muy preocupado Antonio.

—*Na*, no te preocupes, es por la boda. De todas formas, es que cuando dijiste que venían a cenar, me puse así porque temí que Virginie quisiera matarla. Ya sabes... Pensó que el Joan se la pegaba. —Omití la parte en la

que yo también lo creía, pero con el agravante de que mi Antonio participaba en el folleto.

—Son muy majos. Además, tener a alguien infiltrado en Hacienda, pues hace que uno viva más tranquilo.

—¿Hacienda? Anda, no me fastidies, nunca lo hubiera imaginado. —Disimulé todo lo que pude, hasta puse cara *Scrim*, ese que lleva la careta blanca con cara de susto para darle credibilidad a mi expresión, me coloqué las palmas de las manos cubriendo las orejas y gesticulé mucho.

—Sí, inspector, que se dice pronto, y la parienta es profesora de baile, de ahí que fuéramos a clases particulares. Yo creo que no ganamos porque la mujer estaba preocupadísima con la repentina desaparición del marido. Incluso íbamos bailando como una banda callejera, pegando carteles por las farolas. Cuando te vi con él en aquella acera, presentí lo peor, pero no tenía sentido.

—Pues claro que no lo tenía. De hecho, el otro día cuando me lo presentasteis no lo había reconocido. Nada, venga, que tienes que ir a probarte el traje de huertano. Y deja de comer olivas, anda, que te va a reventar el fajín —le dije a la vez que le daba un manotazo mientras con la otra mano me terminaba el último buñuelo con crema que fui a comprar al churrero.

Sí, Antonio iría de huertano, traje típico de Alicante y yo..., el secreto mejor guardado en una boda es el traje de la novia, por lo que a nadie le dije cómo iría vestida, es que ni Virginie lo sabía, porque cuando esta tiene un subidón de aceite de palma de las patatas fritas canta por soleares y pasaba de matarla ahora que nos llevábamos tan bien.

—Virginie, ¿tienes un momento? —Toqué a la puerta de mi excuarto.

—Pasa, estaba enviando unos *mails* —me respondió ocultando algo bajo la almohada—. En cinco minutos me voy a la prueba del traje. ¡Qué pena más grande tengo!

—¿Y eso? —Logró hacerme olvidar para qué había ido a su dormitorio.

—Yo quería vaquitas lilas, pensé que la vieja era rica. Me he llevado el chasco más gordo de mi vida, bueno..., el primero fue cuando el sinvergüenza de tu hermano me hizo creer que mi primera boda sería en un castillo medieval con cortesanas y trompeteros reales. —No quise preguntar a qué se estaba refiriendo, porque una cosa era soportarla, pero otra muy distinta era tener que escuchar las películas que se montaba en su cabeza, la muy loca.

—Calla, que ya me iba sin decirte lo que vine a contarte. Si tu marido te pregunta si sabes a qué se dedica Mario, no digas nada. No preguntes, cuanto

menos sepas, mejor.

—Vale, vale. Oye, que tengo que terminar unas cosillas. —De manera descarada la muy perra me tiró de su cuarto.

No sé qué narices estaría haciendo, pero tenía todo el suelo y la colcha llenos de papeles de esos marroncitos que llevan pegados etiquetas. A saber qué había inventado.

Y llegó el gran día.

Estaba que no entraba en mí. Por los nervios que una segunda boda para renovar los votos tenía en sí y porque los nervios me crean ansiedad, de siempre, desde pequeña, y con los años no he mejorado, pues la ansiedad me da hambre. Cómo envidio a esa gente que se queja porque se les cierra el estómago, porque a mí es como si se me abriera en canal el día de la matanza del cochino. Ni con vaselina pude meterme el corsé que me había empeñado en lucir para la ocasión. Era precioso, se lo compré a Rubén, el diseñador que les hace el traje de alicantina a las *belleas*. Me había empeñado en ir vestida de gollesca con mi banda y todo, y de hecho, fui, pero una un tanto descocada.

Nos quedaba menos de media hora para renovar nuestros votos matrimoniales. Estaba emocionadísima, más si cabe que en mi primera boda.

Virginie estuvo un tanto deprimida, pero cuando comprendió que lo importante era con quién se casa una y no el entorno y aceptó que no íbamos a secuestrar vacas para pintarlas de lila, comenzó a disfrutar de los preparativos.

Hicimos como cuando queríamos llevar ropa de marca y no nos llegaba el *money* y acudíamos al payo Claudio. Pues aquí, igual. Todo es como lo habíamos soñado, pero a menor escala.

Al querer casarse en alta mar, en el yate de Briatore, y ser inviable lograrlo, primero *porque* nadie lo conocía, segundo *porque* no sé de dónde narices se podría sacar el dinero suficiente para hacer frente al pago y tercero *porque* no tenía claro si el señor ese seguía con vida. Para resolverlo, medió Joan, que en el fondo es buena persona. Intentó negociar en el puerto de Alicante con los del barco que va a Tabarca. Al ser tantos invitados, no venderían *tickets* a nadie de fuera. No queríamos gorriones, que ese evento familiar estaba teniendo mucha repercusión en el barrio.

El convite no sería en una masía del Penedés, y tampoco en la de los Tarradellas, esa tan bonita que sale en la tele cuando la madre va robando el

fuet. Decidimos que regresaríamos al puerto, y, una vez en tierra, nos acercáramos al *burguer* de la Explanada. Total, era nuestra boda, era un día especial, hasta podríamos pedir fuera de menú complementos, me encantaban las alitas y los aros de cebolla. Y el viaje de novios, en lugar de a Punta Cana, sería a Punta Umbría, que es igual de bonito, está bastante lejos de casa y en esa playa nadie nos conoce y así, podríamos hacer *topless* de esos que siempre quisimos hacer en el Postiguet, la playa de aquí, pero por vergüenza a que alguien del barrio nos reconociera e inmortalizara nuestra silueta, nunca llevamos a cabo. Y otra cosa buena, nos ahorraríamos la foto y los pasaportes, que recortando de aquí y de allí siempre se ganan unos eurillos. Tampoco habría que vacunarse, odio las agujas, que se supone que la luna de miel es para disfrutar y desconectar del día a día. No quería pensar en trabajo en ese tiempo.

BODA

A las doce en punto, mi cuñada y yo estábamos listas, no quisimos que nadie nos ayudara a vestirnos.

Salimos al pasillo, cual colegialas en su primer baile de la primavera, con la emoción lógica de perder la virginidad aquella noche en el asiento trasero de un Mustang, con el más popular del instituto. Aquello no iba a ocurrir, como era evidente. En cambio, por lo demás todo se asemejaba. Nuestros novios eran conocidos en el barrio, como los que más: aunque no por guapos, pero eso era otro cantar.

Conseguí localizar a mi cuñada dentro del traje de novia que la había absorbido. Era como un infante real el día de su bautizo; solo se podía ver encaje y tul, pues dentro, estaba ella. Yo, en cambio, resplandecía por sí sola. Mi corsé gollesco realzaba mi pecho de la talla ciento ochenta copa D, y la tela floreada color burdeos, en honor a la patria de mi cuñada, me daba un aspecto muy alicantino. No tenía sentido, pero era cierto.

—Estás... Bueno, que mucha suerte —no quise mentirle, porque llegábamos tarde.

—Tú también estás...

Nos cogimos de la mano y, a trompicones, salimos al rellano de la escalera, donde nuestros hijos, vestidos de huertanos como los dos novios, nos esperaban, ya que serían los encargados de acompañarnos en el *paseillo* hacia el altar.

Me enganché del brazo de mi Evaristo, y mis dos sobrinos cogidos al de su madre, todo orgullosos, fuimos descendiendo las escaleras, a la vez que la marcha nupcial sonaba por el móvil de última generación de Pacorro, mientras él llevaba el brazo estirado hacia el techo para grabarnos.

Mi sonrisa infinita casi tocaba la barandilla, llegaba al cuarto piso y volvía. Me costaba respirar e iba pensando cómo narices tomaría asiento en la limusina que el de los huevos nos había conseguido.

Sumergidas cada una en sus respectivos sueños, enseñando dientes postizos, escuchamos un pequeño ruido. María Pacita había forrado todos los escalones con un tapete rojo de la mesa de comedor de su casa y nadie se había asegurado de que eso estuviera bien pegado. Pues una que no acostumbra a calzarse zapatos de tacón de dos centímetros, resbalé. Intenté incorporarme, con la mala suerte que asusté a mi hijo, se soltó de mi brazo y cayó sobre su primo. Este soltó al vestido de encaje que ocultaba a su madre, que a su vez había absorbido a Pacorro, que por no soltar su teléfono móvil perdió el equilibrio y, al intentar salvarse, se sujetó a mi hijo y él, al otro lado de mi sobrino, lo que provocó que los tres cayeran por el hueco de la escalera, llevándose con ellos el velo de Virginie, que gritaba como si le hubieran arrancado el alma. Los tres se precipitaron contra el suelo, junto al portal, menos mal que vivíamos en el bajo y solo fue medio metro de altura.

Nos dejaron solas en este momento tan emotivo para nosotras.

—Pacoorro, ¿estás bien? Llegamos tarde, cariño. —Una voz que salía del interior del traje nupcial de mi cuñada, aunque ya se podía intuir que dentro vivía una señora, hablaba remangándose los bajos mientras corría hacia el exterior, seguida por mí.

—Nene, si vemos que no llegáis a tiempo, ya acompaño yo a la tía al altar y luego, ella a mí —le grité a mi hijo cuando supe que ninguno había perdido el conocimiento y que los tres respiraban.

Miré a un lado y al otro, buscando a nuestro chófer, pero comprendí que no viajaríamos en limusina al ver a Jaime, el de los huevos, al volante de una camioneta destartada de reparto, decorada con centros de flores de plástico, gentileza del chino de la esquina, amigo íntimo de mi cuñada. No es que me lo hubieran dicho, es que había un letrero que lo decía. Subimos a nuestro medio de transporte, que estaba estacionado en la misma puerta de casa.

Las vecinas que no habían sido invitadas al enlace se agolpaban en sus balcones, desde donde nos lanzaban migas de pan agitando los manteles de sus mesas.

—Venga, Carmela, que no llegamos —me decía Virginie, ya con el cinturón puesto en el asiento trasero de la camioneta que nos recogía.

—No puedo, ahí no entro, espera —dije al abrir la puerta trasera y vi que todavía quedaban jaulas donde, el de los huevos, transportaba a sus gallinas, que me acompañarían en ese emocionante viaje.

Todo el recorrido lo hice de pie. Si me hubiera sentado, el traje habría reventado. Me sujetaba como buenamente podía a la ventanuca que me mostraba el muñete de mi cuñada.

El trayecto fue precioso. Lejos de quejarme por la incomodidad de viajar en la inexistente limusina, fui saludando con mi manita al frente, con un movimiento muy pausado, a todos los curiosos que nos íbamos encontrando por las calles, hasta llegar al puerto de Alicante. Me sentí Miss Universo por veinte minutos que fue lo que duró el trayecto. La banda me quedaba niquelada.

Allí nos esperaban todos.

No quisimos esperar a que Jaime, el de los huevos, nos ayudara a descender. Yo me dejé caer y mi cuñada se lanzó como el día que regresábamos de Jaén. Abrió y saltó.

En el pantalán, a ambos lados, nuestros invitados sonreían orgullosos de vernos. Mi cuñada y yo entrelazamos nuestros dedos y comenzamos a caminar bien erguidas. Arriba, en el Kontiki, estaban nuestros enamorados.

Fuimos pasando muy despacio y disfrutando del momento; a todos les dedicábamos una sonrisa. A los hijos bastardos de mi desaparecido papá, también los invitamos al enlace. Al fin y al cabo, éramos familia y ninguno teníamos culpa de que él fuera metiendo el cimborrio en chocho ajeno. Los últimos a los que saludamos fueron a Mario y a su bailarina esposa.

Una vez todos arriba del barco, el capitán comenzó con la ceremonia mientras el barco salía por el faro hacia mar abierto.

Estábamos viendo cumplido nuestro sueño. Por una vez en la vida, íbamos a ser felices sin necesidad de estafar a nadie. Había llegado el momento de nuestra jubilación. Con nuestros niños ya mayores, no tenía sentido que continuáramos jugándonosla día sí y día también, que las recuperaciones ya no eran como antes. Hablo de mí, que Virginie jamás se rompió ni una uña en nombre de la familia. Con un bebé en camino, engendrado por padre desconocido, y habiendo admitido en el clan a la Jessy, nos aseguramos que la empresa familiar seguiría dando guerra.

Era feliz, muy feliz y mi cuñada, también.

Al ver el rostro de mi Antonio, ya nada importaba, era pura felicidad, por no hablar de mi hermano.

—Hoy es un día muy importante para esta familia —decía el capitán—. Y para mí, también, pues es la primera vez que voy a unir en matrimonio a dos parejas tan peculiares.

—¡Carmen! ¡Carmen! —gritaba Conchita con su bombo.

Todos los invitados se acercaron a babor o a estribor, que nunca he sabido distinguir la derecha de la izquierda, como para hacerlo en un barco. Pues allí todos mirando por la borda a una pequeña embarcación que iba lanzando bengalas, a la vez que gritaban agitando una banderita roja.

El Kontiki proseguía su travesía, pero empezó a cambiar el rumbo, cuando Virginie se retiró de su cara las cortinillas, que había robado de la camioneta y hacían las veces de velo, para sacar un estuche de *Ching Chan*. Interrumpió la ceremonia para ofrecerle un presente a Joan, en muestra de lo mucho que lo quería.

A mí se me paró la respiración, la poca que mi traje de gollesca me venía permitiendo desde que me conseguí abrochar el corsé en el baño de casa. No podía estar haciendo lo que veía que hacía.

Antes de que pudiera abrir la boca, por la parte trasera del barco, mi hijo y mis sobrinos lograron subir a cubierta, acompañados de los de la zodiac que lanzaba bengalas minutos antes, y Fátima, la mujer de Mario, dio la voz de alarma.

—¿De dónde has sacado ese reloj?! —gritó arrebatándoselo de las manos.

—Es mi regalo de bodas, ya te conseguiré uno para ti. Devuélvemelo —le pedía ella corriendo detrás de la otra.

—¿Qué está pasando? —preguntaba mi Antonio.

—Eso, ¿por qué intenta matarla? —preguntó mi hermano.

Y fue cuando lo vi claro. Comencé a correr, tenía que alcanzar a Fátima para salvar a mi cuñada, era en ese momento o nunca.

—¡Virginie! ¡Virginie! Lo tengo, lo tengo —grité a la vez que agitaba de un lado a otro el puñetero reloj, mientras le pisaba el pelo a Fátima, que la tenía inmovilizada a mis pies.

—¡Fuisteis vosotras! Siempre supe que había algo raro en vuestro comportamiento.

Y cogí de la mano a Antonio y mi cuñada hizo lo mismo con su Duque y con poco esfuerzo y mucha decisión, saltamos por la borda los cuatro,

sumergiéndonos en lo más hondo del mar Mediterráneo, convirtiéndonos en dos cuñadas la mar de saladas.



Epílogo Virginie

Ni mi primera boda falsa ni mi segunda boda verdadera podían salir bien. El día, bueno, el segundo día más importante de mi vida se vio truncado. Se ve que no estaba destinada a ser una mujer casada. Sigo soltera y aunque han pasado unos meses, la idea no se me ha ido de la cabeza. Hoy nadie lo va a impedir: por fin voy a ser la esposa de Joan.

Después del baño que nos dimos en el Mediterráneo, los enlaces se suspendieron, pero mi precioso vestido de novia está en perfecto estado; ciento cincuenta euros me tuve que gastar en la tintorería del barrio. No acabo de creerme eso que me dijo la dueña de que no había forma de sacar el salitre de la tela. Yo creo que no le caigo muy bien por eso de que ella cobra por limpiar la ropa y yo cobro por vender ropa interior usada. Tampoco creo que sea competencia. Son negocios totalmente diferentes.

En fin, que hoy es el gran día y por eso, y porque llevo el vestido nupcial puesto, me estoy vistiendo con un chándal de tres tallas más. Me está costando horrores no arrugarlo, no quiero parecer una novia destartalada. Nada más levantarme, he buscado en Internet vídeos sobre recogidos sencillos paso a paso y después de mirar unos treinta, he dado con el perfecto. Eso sí, he tenido que bajar al chino a comprarme pelos de esos postizos que se ponen con un ganchito. El tono es muy parecido al mío, quizás un poco más cenizo,

aunque siempre puedo crear tendencia y abrirme un canal en YouTube. Me han dicho que se puede cobrar bien si se tienen muchos seguidores y ahora que soy empresaria, necesito técnicas de *marketing*, puede que haga algún tipo de paquete de ofertas, algo así como un cinco por ciento de descuento en la compra de bragas si me siguen en YouTube. No sé, lo pensaré.

He quedado con Joan en la puerta de los juzgados para darnos el sí quiero a escondidas del resto de la familia. Sé que es un golpe bajo, pero no pienso morirme sin casarme; me niego.

Ya lo intentamos una vez, era la tercera, y cinco minutos antes de la cita con el juez, Conchita me mandó un mensaje diciéndome que no sabía qué le pasaba, que no dejaba de mearse encima. Era mi trabajadora número uno, las bragas de mujeres embarazadas estaban al alza en el mercado, pero se le estaba empezando a ir de las manos. El caso es que la llamé para ver qué le pasaba y según me contó, más que mearse, me pareció que había roto aguas. Yo no soy ginecóloga, pero muy inteligente no hay que ser para saber que si ella estaba depilada, según me confirmó Pacorro, y había pelitos en el papel higiénico, eso no era orina; era el líquido amniótico de la siguiente generación de Navarretes.

Vamos, que la boda se suspendió por una causa mayor y acabé convertida en abuela vestida de novia en la sala de Urgencias del hospital. Ese día sí había ido a la peluquería y al centro de estética a que me quitaran los pelos sobrantes del cutis y a que me maquillaran, por eso hoy he recurrido a un plan más casero.

La cuarta vez fue en un permiso que le dieron a Joan en el centro ese al que se fue voluntario para desintoxicarse del sexo, pero lo castigaron sin salir porque las cámaras lo habían grabado intentando coger al perro que tenían por mascota allí. Yo quiero pensar que fue porque le gustan mucho los animales de compañía y no porque tuviera intenciones dementes con el pobre animal. Nada, boda suspendida otra vez.

Hoy, en nuestro quinto intento, algo me dice que va a salir todo bien. Después del recogido, me ha tocado el maquillaje, pero para eso he improvisado sin buscar tutoriales porque si no, iba a llegar tarde. Total, la que es guapa, es guapa, con o sin cosméticos. Los tacones de cinco centímetros y medio no me quedan muy bien con el chándal, pero me da igual, soy feliz.

Además de la boda, hay algo que me tiene muy nerviosa y es que después de la cita en el juzgado, tengo que ir a los platós de Telecinco. ¡Van a entrevistarme en el programa de Ana Rosa! En Sálvame se han hecho eco de la noticia de mi negocio y supongo que, para pisotearles la audiencia, los de

por la mañana me han contactado a mí, a su mayor fan. Estoy que no me lo creo y ver antes de salir de casa que en letra pequeñita mientras hablaban de los temas políticos del país, ha salido el titular de que van a entrevistar a una joven promesa emprendedora en directo. Vale, sé que joven lo que se dice joven, no soy, pero bueno, emprendedora sí.

De camino al juzgado.



Epílogo Carmen

Parece mentira que ya hayan pasado cinco meses desde que terminamos en el fondo del Mediterráneo al huir de la indignada esposa de Mario Conde.

Aquel día sobrevivimos al ataque de una perturbada. La inconsciente de mi cuñada, cuando bajó a hacer inventario de los enseres, entre ellos la famosa alfombra de Túnez, que nos daría el pasaporte a la muerte, encontró el Rolex de acero y oro que el pobre señor inspector portaba en el momento de su cautiverio en nuestro trastero y que siempre pensó que los secuestradores le habían despojado de él a modo recompensa silenciosa.

Tuve miedo, mucho, porque ya todo ese tema había quedado olvidado y no sufría cagaderas cada vez que quedábamos a cenar con ellos temiendo que por arte de magia recobrarla la memoria y nos delatara y mi casa es pequeña y allí no tendríamos escapatoria, pues con el dinero que recogimos de los regalos de la boda, tapiamos el ventanal por un profesional; Antonio decía que era una llamada continua al suicidio, por lo que nos habíamos quedado sin salida de emergencia.

Parecía que habíamos conseguido salir airosas de aquel pequeño malentendido.

Cuando la patrulla de costas nos rescató, con principio de hipotermia y con mis pechos al aire, o más bien al agua, porque el corsé no soportó la caída en bomba con la que deleité a los invitados a la renovación de mis votos matrimoniales, reconocí que ese reloj se lo habíamos comprado a un

nigeriano que conocimos en nuestra aventura jienense. Les narré que se trataba de un chico desnutrido, que vivía oculto en un campo de olivos. Cuando alcanzó la costa española y logró ocultarse de la Guardia Civil, la madrugada de un cinco de enero —tenía que darle credibilidad a mi narración y que se olvidaran del reloj verdadero—, habiéndose visto obligado a abandonar a su esposa y a sus quince hijitos negritos, en su aldea, también nigeriana, en el interior de la selva, alejados de la mano de Dios y del hombre, se topó con nosotras. Nos dio tanta pena, que después de ofrecerle unas croquetas hechas por Manolo Gutiérrez, que me había guardado por si el hambre apremiaba en la vuelta, nos ofreció el cuerpo del delito, porque no quería caridad, quería vivir de su trabajo.

Como el verdadero y único peluco de toda esta rocambolesca historia era el de Mario y se quedó en el fondo del mar, ya no hubo forma humana de demostrar que mentíamos. Además, lloramos como dos condenadas e indignadas. Yo era como un géiser humano, me hice la ofendida y le juré y perjuré a mi Antonio que si mentía, me cayera allí mismo muerta, partida en dos, por la gracia de Dios convertida en rayo maligno. Menos mal que no pasó nada.

El tema de Hacienda no era otro que le comunicaban a mi querida cuñada que debía de regularizar su situación en breve, ya que estaba próxima a su jubilación y al ser de nacionalidad francesa, en el caso de que estuviera cobrando la prestación en el país galo, debía de comunicarlo a la Hacienda española. Todo el rollo del secuestro por haberse tragado la dichosa carta.

Conchita, de camino al hospital, cuando rompió aguas, nos confesó que estaba gestando gemelitos en su vientre adolescente y que como había copulado con mis dos sobrinos descerebrados, —por fin se confirmó que se benefició a los dos hijos de Virginie—, a los que nadie castigó porque supimos que todo había sido debido al gen follador del abuelo Navarrete. El mismo que había estado a punto de acabar con el no matrimonio de mi hermano, el adicto al sexo y gen que yo no poseía o debía de ser tan solo portadora, y que mi Antonio deseaba que en algún momento de mi existencia dijera «aquí estoy» y diera rienda suelta a ese gen rebelde y le diera todo el sexo que en casi cuarenta años de matrimonio le había negado. Pero es que a mí en esto del sexo, lo único que me llamaba era comer chocolate antes, durante y por supuesto, después, y el cigarrito postcoital. Por lo demás, no me atraía mucho que dijéramos. Un buen resumen sería que solo me dedicaba al chocolate y a la nicotina. Y que los niños se acostaron con Conchita por el virus ese de la familia que solo afecta a los hombres.

Pues los dos chicos decidieron darles los apellidos a esos bebés rechonchos que prometían ser la alegría de la casa, uno para cada uno porque ninguno recuerda en qué fechas realizó el acto.

Pero nada que ver con la realidad. Lloran que da gusto y no me hacen ninguna gracia. Además, yo no sé si en la familia de Conchita, por parte de Moraimita o por parte de la bailonga de Fátima la Efusiva, hay señores de color, porque a estos dos nenes de noche no se les ve. Supongo yo, que cuando les salgan los piños, ya cuando sonrían se les podrá distinguir.

Son igualitos a dos bombones de chocolate, esos que engullo yo para sustituir los polvillos de mi Antonio. También he observado que tienen un aire a Ibrahim, el que trae los chándales con los escudos de velcro.

Y como me daba miedo dejarles a ellos ir a reconocerlos al juzgado, pues se hubiera destapado que estos dos sobrinos míos son unos sin papeles, de nuevo, me he encargado yo de hacer el registro; esta vez, los bebés son hijos de mi hermano Evelio, que está muy decaído.

El muchacho se ha instalado en la casa de la playa de Poniente, en su octavo de la herencia. Dice que esta casa le trae muchos recuerdos y que así no superará la muerte de su difunta Moraima. Yo creo que es más porque quiere independencia y porque se ha enamorado de la madre superiora de la orden de las Ursulinas de Etiopía, con las que el maldito notario contactó y les comunicó que su patrimonio había aumentado. Me da que mantienen un *affair* con Sor Delfina. Aunque Virginie dice que él lo que pretende es hacerse con el resto de la herencia y completar así el puzle de su ático.

Alfredito es el que más preocupada me tenía hasta hace un par de semanas. Cuando todos descubrimos que Lucifer la Bien Dotada se beneficiaba a mi cuñada centenaria, porque lo puso la vieja en el testamento, si no, de qué alguien se hubiera imaginado aquello, si es contra natura, pues el chico dejó su trabajo en la sala de transformismo y le hemos alquilado un local al lado del *Llar del jubilat*. Ha creado una especie de ONG para chicos y chicas en su misma situación. Estoy muy orgullosa de mi hermano, ayuda a que estos chicos no se sientan diferentes y los integra en el barrio. Mañana estrenan una obra de teatro «Priscila reina del Desierto». Ahora está tonteando con uno de los monitores que trabajan de manera voluntaria allí.

Y mi Evaristo y la Jessy me han dado la alegría de mi vida, más que cuando me concedieron la invalidez permanente cuando me aplastó un camión que transportaba cerdos vietnamitas. Se hacen cargo de la empresa familiar. De momento la Jessy ya está ingresada en la planta de trauma y parece que va a ganar el juicio a los del puerto. Días antes de nuestro no

enlace, estuvo controlando la zona y dio con un puesto de luz que estaba un poco destartalado y carcomido por el salitre, pues ahí que se quedó pegada, pero tuvo la gran idea de ponerse unas botas de pescador, que cuando la vi, al llegar de la mano de mi cuñada, me sorprendió, no le pegaba con su vestidito de *Fallera Mayor*, pero una vez aclarado el motivo, lo entendí. Era para no morir por la familia.

Después del siniestro, tras dos horas en Urgencias, le escayolaron la clavícula y la pierna derecha porque la onda expansiva esa que dicen que hace la electricidad, la lanzó cuatro metros arriba y siete a la izquierda y fue a dar con la proa de un galeón que estaba atracado a modo atracción en el puerto de Alicante. Se comió toda la sirena, por lo que debe de estar ingresada un par de meses. La única secuela que parece haberle quedado es el *estufarramiento* capilar a lo Tina Turner, pero le he conseguido unos botes de keratina para solventarlo.

Y yo ya retirada de esto de las estafas, estoy feliz. Ahora veo la vida de otro modo, los yesos que siempre he llevado en las extremidades y los parches en los ojos me impedían ver más allá de un apósito y me reducían la movilidad.

Por fin se resolvió el tema del altercado en el supermercado cuando el torito se llevó por delante a mi marido. Nos pagan poco y nada, pero lo más importante para nuestro impecable currículum es que, una vez más, nos hemos salido con la nuestra.

Pero lo mejor de todo ha sido cuando esta mañana me han llamado del juzgado. Como mi cuñada y mi hermano se han marchado de luna de miel, de nuevo, no han podido localizarlos, —estarían en pleno vuelo camino de Mallorca—, necesitaban adjuntar el documento de identidad de Virginie, que conserva la nacionalidad francesa y sin eso no sería efectivo el matrimonio.

Lo sé, no tendría que haberlo hecho, pero ha sido el universo el que me lo ha puesto en bandeja.

Me presenté allí y les dije que no tenían ese documento, puesto que la interesada había decidido fugarse con uno de la comandancia de marina, que conoció el día en que el capitán no les pudo casar. Por lo que mi cuñada sigue sin serlo. Muero de ganas por darles, a su vuelta del viaje de novios, la enhorabuena de su no enlace, o igual me lo callo hasta dentro de unos años.



ALBA C. SERRANO. (Izquierda en la foto). Nacida en Salamanca, desde pequeña vive en un pueblo de Valencia, Manises. Tiene pareja y un hijo de cuatro años con él. Convive con ellos, aunque pasa muchas horas en casa de sus padres.

No tiene mascotas, a pesar de que le gustan los animales.

Le encanta leer, es su mayor afición desde que aprendió a hacerlo, también disfruta del cine y pasar tiempo con los suyos.

Un secreto, le encanta Melendi y, aunque no es de ir a conciertos, los suyos no se los pierde. Es una costumbre anual ir a verlo con su madre.

DUBLINETA EIRE. (Derecha en la foto). Alicantina de nacimiento y de pensamiento.

Madre de familia numerosa y una gran inquietud por participar y por aprender, resulta una mujer de espíritu alegre, dinámico y muy positivo.

Amante de los animales, su gato exótico, Miércoles y sus tres perras, Marta, Brandy y Chloé convierten su familia en “súper numerosa”.

Adicta a internet y muy activa en las redes sociales, le encanta hacer manualidades y pintar.

Es diseñadora gráfica, devoradora de libros y tiene una gran creatividad.

Desde siempre le ha encantado inventar y escribir.

Nació en el año en el que murió Franco y en plena crisis de los 40, después de haber plantado un árbol y tener tres hijos ha decidido publicar su primera novela.